

[DE ANIMA Y SU ORIGEN.]

ADVERTENCIA SOBRE LOS SIGUIENTES LIBROS DE LA ANIMA Y SU ORIGEN.

Estos cuatro libros fueron inspirados por Vicente Víctor, un joven nacido en la Mauritania Cesariense, quien se convirtió del grupo de los Rogatistas (una escisión de los Donatistas que ocupaba una parte de Mauritania cerca de la ciudad de Cartena) a la Iglesia católica. Se decía que Víctor admiraba tanto a Vicente, quien había liderado la facción después de Rogato, que decidió adoptar su nombre como apellido. Así, cuando Víctor encontró un escrito de Agustín en el que este admitía no saber si todas las almas se propagaban a partir del alma de Adán o si Dios daba a cada persona un alma individual, como lo hizo con Adán, sin propagación, pero afirmaba que el alma era por naturaleza espíritu, no cuerpo, Víctor se sintió igualmente descontento con ambas ideas. Le molestaba que un hombre tan grande como Agustín enseñara con vacilación sobre el origen del alma, especialmente considerando probable la propagación de las almas, y que afirmara con seguridad que el alma era incorpórea. Por lo tanto, escribió dos libros contra Agustín sobre este tema, dedicándolos al presbítero Pedro Hispano, conteniendo algunas doctrinas de los herejes pelagianos y otras aún peores.

Renato, un monje que estaba en Cesarea en ese momento, probablemente el mismo que había presentado a Agustín en esa ciudad en el otoño del año 418 la carta del obispo Optato consultando sobre el origen del alma, siendo laico pero de fe muy ortodoxa, copió cuidadosamente los mismos libros de Víctor y los envió a Hipona en el verano. Sin embargo, Agustín los recibió solo al final del otoño, en el año 419. Tan pronto como los leyó, el santo Doctor escribió el primero de los cuatro libros siguientes sin demora, dirigido al monje Renato; el segundo, en forma de carta, al presbítero Pedro; y los dos últimos a Víctor mismo, aunque algún tiempo después, como se entiende de las palabras del libro 2, n. 7, "Si el Señor quiere que escriba a ese joven, como deseo". En las Retracciones, esta obra de Agustín se enumera inmediatamente después de los opúsculos del año 419, en quinto lugar después de los Actos con Emerito, que se llevaron a cabo en Cesarea en septiembre de 418: por lo tanto, pertenece al final del año 419 o al inicio de 420, escrita después de que los pelagianos ya habían sido condenados por la autoridad de los concilios católicos y de la Sede Apostólica, pero muy recientemente, lo cual ocurrió felizmente en el año 418.

En el primer libro, escrito a Renato, demuestra que su opinión sobre la naturaleza del alma y su vacilación sobre su origen son injustamente criticadas por Víctor. Reprime la arrogancia juvenil del hombre, mostrando que al atreverse a abordar una cuestión que excede sus capacidades, ha caído en errores graves e inauditos; y muestra que los testimonios de las Escrituras que Víctor presenta para sostener que las almas no se propagan sino que son insufladas nuevas por Dios a cada nacido, son ambiguos y no suficientemente idóneos para confirmar esa opinión.

En el segundo, advierte a Pedro que no permita que se piense que ha aprobado los libros de Víctor sobre el origen del alma al elogiarlos, o que las afirmaciones temerarias de ese joven, contrarias a la fe cristiana, sean consideradas dogmas católicos. Señala y refuta brevemente varios y gravísimos errores de Víctor. Finalmente, aconseja a Pedro que lleve a Víctor a corregirlos.

En el tercero, escrito a Víctor mismo, muestra qué debe corregir en sus libros si quiere ser considerado católico: y brevemente repasa sus opiniones y paradojas, ya refutadas en los libros anteriores a Renato y a Pedro, resumiéndolas en once puntos de error.

En el cuarto libro, también dirigido a Víctor, primero demuestra que su vacilación sobre el origen de las almas es injustamente criticada, y que es comparado injustamente con animales por no atreverse a definir nada al respecto. Luego, lo que afirmó sin vacilación, que el alma es espíritu, no cuerpo, es también temerariamente rechazado por Víctor, quien intenta en vano defender que el alma es corpórea por naturaleza y que el espíritu es distinto del alma en el hombre.

S. AURELIO AGUSTÍN, OBISPO DE HIPONA, SOBRE EL ALMA Y SU ORIGEN, CUATRO LIBROS.

LIBRO PRIMERO. AL MONJE RENATO.

Habiendo recibido de Renato dos libros de Vicente Víctor, quien desaprobaba la opinión de Agustín sobre la naturaleza del alma y su vacilación sobre su origen, Agustín muestra que el joven, al tener una opinión arrogante de sí mismo para decidir sobre un asunto tan oculto, ha incurrido en errores intolerables. Luego demuestra que los testimonios de las Escrituras, que Víctor creía probar que las almas son creadas por Dios y no se propagan, sino que son insufladas nuevas a cada nacido, son ambiguos y no idóneos para confirmar esa opinión.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Tu sinceridad hacia nosotros, hermano Renato, carísimo, y tu benevolencia fraterna, así como el afecto de mutuo amor, ya lo conocíamos antes: pero ahora nos lo has demostrado aún más con tu amable diligencia, al enviarme dos libros de un hombre a quien desconocía por completo, pero que no por eso debía ser despreciado, Vicente Víctor (pues así encontré su nombre en el encabezado), el verano pasado; aunque, debido a mi ausencia, me fueron entregados al final del otoño. ¿Cómo podrías tú, mi queridísimo, no hacerme saber, cuando llegaron a tus manos las cartas de cualquier hombre, aunque escritas a otro, en las que se mencionara y leyera mi nombre, contradiciendo mis palabras publicadas en algunos opúsculos? Esto, por tanto, hiciste, lo que un amigo sincerísimo y amadísimo debía hacer.

CAPÍTULO II.

2. Pero me angustia un poco que aún no me conozcas tanto como quisiera tu Santidad: ya que pensaste que lo tomaría como si me hubieras hecho una injuria al darme a conocer lo que otro hizo. Cuán lejos está esto de mi ánimo, considera, para que ni siquiera me queje de haber sufrido una injuria de él. Pues si pensaba de manera diferente a mí, ¿acaso debía callar? Por lo cual debo agradecer que no haya guardado silencio, de modo que también podamos leerlo. Debería haber escrito más bien a mí que a otro sobre mí: pero como me era desconocido, no se atrevió a imponerse en la refutación de mis dichos. Ni pensó que debía consultarme, donde le parece que no hay duda, sino que sostiene una opinión conocida y cierta. Sin embargo, obedeció a su amigo, quien dice que lo instó a escribir. Y si en el curso de la discusión expresó algo que redundara en mi deshonra, no creo que lo haya hecho con intención de injuriar, sino por la necesidad de quien piensa diferente. Pues cuando el ánimo de una persona desconocida me es incierto, prefiero pensar lo mejor que criticar lo inexplorado. Quizás lo hizo por amor a mí, sabiendo que lo que escribió podría llegar a mí; no queriendo que yo errara en aquellas cosas en las que él no cree errar. Y por eso debo también tener en cuenta su buena voluntad, aunque me sea necesario desaprobar su opinión: y por tanto, en lo que no piensa correctamente, aún debe ser corregido con suavidad, no detestado con aspereza; especialmente porque, según oigo, se ha convertido recientemente al catolicismo, lo cual es motivo de alegría. Pues ha dejado la división y el error de los Donatistas o más bien

de los Rogatistas, que antes lo retenían: si bien entiende la verdad católica como es debido, para que realmente nos alegremos de su conversión.

CAPÍTULO III.

3. Pues tiene elocuencia para expresar lo que siente. Por lo cual, debemos tratar con él y desearle que piense correctamente, para que no haga agradables cosas que son inútiles, y que lo que diga con elocuencia, parezca haberlo dicho con verdad. Aunque también en su elocuencia tiene mucho que corregir y moderar por su excesiva abundancia. Lo cual, como hombre serio, según indican tus escritos, también te ha disgustado. Pero esto se corrige fácilmente, o es amado por las mentes ligeras sin detrimento de la fe, y tolerado por las serias. Pues ya tenemos algunos que son pomposos en el discurso, pero sanos en la fe. No se debe, por tanto, desesperar de que también esto en él (aunque sea tolerable si permanece), pueda ser purgado y moderado, y llevado o devuelto a un modo íntegro y sólido: especialmente porque se dice que es joven, para que lo que le falta de experiencia, lo supla con diligencia; y lo que la crudeza de la locuacidad eructa, la madurez de la edad lo cocine. Lo que es molesto y peligroso o pernicioso, es si al alabar la elocuencia, se persuade la insensatez, y en un vaso precioso se bebe una poción pestilente.

CAPÍTULO IV.

4. Pues para comenzar a mostrar lo que principalmente debe evitarse en su disputa: Dice que el alma fue hecha por Dios, y que no es parte ni naturaleza de Dios; lo cual es completamente cierto: pero al no querer admitir que fue hecha de la nada, y no mencionar ninguna otra criatura de la que fue hecha, y así darle a Dios como autor, de modo que ni de cosas inexistentes, es decir, de la nada, ni de alguna cosa que no sea lo que Dios es, sino que se crea de sí mismo; no sabe que se revierte a lo que cree haber evitado, a saber, que el alma no es otra cosa que la naturaleza de Dios; y así, consecuentemente, de la naturaleza de Dios se hace algo por el mismo Dios, para quien la materia de la que hace es él mismo que hace: y por tanto, la naturaleza de Dios es mutable, y cambiada a peor, la misma naturaleza de Dios es condenada por el mismo Dios. Lo cual, por tu fiel inteligencia, ves cuán lejos está de ser pensado, y cuán debe ser excluido del corazón católico, y evitado a toda costa. Pues el alma fue hecha de aliento, o el aliento de Dios fue hecho ella misma, no de él, sino creada de la nada por él. Pues no como el hombre cuando sopla, no puede hacer aliento de la nada, sino que el que toma de este aire, lo devuelve; así no debe pensarse de Dios que había algunas auras circundantes, de las cuales tomara una pequeña parte al inspirar, y al exhalar la devolviera, cuando sopló en el rostro del hombre, y así le hizo un alma. Lo cual, aunque así fuera, ni así podría ser de él, sino de alguna cosa subyacente y soplable lo que sopló. Pero lejos de nosotros negar que el Omnipotente pudo hacer de la nada el aliento de vida, por el cual el hombre se hizo un alma viviente: y ser empujados a tales estrecheces, que pensemos que ya había algo que él no era, de lo cual hiciera el aliento; o que lo que vemos hecho mutable, de sí mismo lo hiciera. Pues lo que es de él, necesariamente debe ser de la misma naturaleza que él, y por tanto también inmutable. Pero el alma, como todos admiten, es mutable. No es, por tanto, de él, porque no es inmutable como él. Si, sin embargo, no fue hecha de ninguna otra cosa, fue hecha de la nada, sin duda, pero por él.

CAPÍTULO V.

5. Pero cuando sostiene que no es espíritu, sino cuerpo; ¿qué otra cosa quiere lograr, sino que no estamos compuestos de alma y cuerpo, sino de dos o incluso tres cuerpos? Pues cuando dice que estamos compuestos de espíritu, alma y cuerpo, y afirma que todas estas tres cosas

son cuerpos; ciertamente piensa que estamos compuestos de tres cuerpos. En esta opinión, cuántas absurdidades lo siguen, creo que es más necesario demostrarle a él que a ti. Sin embargo, este es un error tolerable de un hombre que aún no ha conocido que hay algo que, aunque no sea cuerpo, puede tener cierta semejanza con el cuerpo.

CAPÍTULO VI.

6. Pero, ¿quién puede soportar que en el segundo libro, cuando intentaba resolver la cuestión difícilísima sobre el pecado original, en cuanto afecta al cuerpo y al alma, si el alma no se deriva de los padres, sino que es insuflada nueva por Dios; al intentar desenredar esta cuestión tan molesta y profunda, dice: "Con razón, dice, a través de la carne, recupera la antigua disposición, que parecía haber perdido por un momento a través de la carne, para que comience a renacer por ella, por la cual mereció ser contaminada." Ves, sin duda, que al atreverse a abordar lo que excede sus fuerzas, ha caído en un precipicio tan inmenso, que dice que el alma mereció ser contaminada por la carne; cuando de ninguna manera puede decir de dónde obtuvo este mérito antes de la carne. Pues si comienza a tener mérito de pecado por la carne, que diga si puede, de dónde antes de su pecado mereció ser contaminada por la carne. Pues este mérito por el cual fue enviada a la carne pecadora, para ser contaminada por ella, ciertamente lo tuvo o de sí misma, o, lo que es mucho más aborrecible, de Dios. Pues no pudo tener mérito de la carne antes de la carne, por el cual mereciera ser contaminada en la carne. Si, por tanto, tuvo este mérito de sí misma; ¿cómo lo tuvo, si antes de la carne no hizo nada malo? Pero si se dice que tuvo este mérito de Dios; ¿quién lo escuchará? ¿quién lo soportará? ¿quién permitirá que se diga impunemente? Pues no se pregunta aquí qué mereció para ser juzgada condenable después de la carne: sino qué mereció antes de la carne para ser condenada de tal manera que fuera enviada a la carne para ser contaminada. Que explique esto si puede, quien se atrevió a decir que el alma mereció ser contaminada por la carne.

CAPÍTULO VII.

7. También en otro lugar, cuando proponía como para resolver la misma cuestión en la que se había implicado, como si fuera desde la perspectiva de los adversarios, dice: "¿Por qué, dicen, Dios castigó al alma con una animadversión tan injusta, que quiso relegarla al cuerpo del pecado, cuando comienza a ser pecadora por la compañía de la carne, que no pudo ser pecadora?" En este escollo de la cuestión, debió ciertamente evitar el naufragio, y no comprometerse a lo que no podría resolver pasando, sino quizás regresando, es decir, arrepintiéndose. Pues intenta liberarse de la presciencia de Dios, pero en vano. Pues la presciencia de Dios conoce de antemano a los pecadores que va a sanar, no los hace. Pues si libera a las almas del pecado, que él mismo inocentes y puras implicó en el pecado, sana una herida que nos infligió, no que encontró en nosotros. Pero Dios no permita, y esté lejos de nosotros, que digamos que cuando Dios purifica las almas de los niños en el lavacro de la regeneración, entonces corrige sus males que él mismo les hizo, cuando las mezcló sin pecado alguno con la carne pecadora, para que fueran contaminadas por el pecado original. Sin embargo, este las acusa diciendo que merecieron ser contaminadas por la carne, y no puede decir de dónde merecieron tanto mal antes de la carne.

CAPÍTULO VIII.

8. Por tanto, al pensar en vano que puede resolver esta cuestión desde la presciencia de Dios, aún se enreda, y dice: "Si el alma mereció ser pecadora, que no pudo ser pecadora, sin embargo, no permaneció en el pecado, porque prefigurada en Cristo no debía estar en pecado, como no pudo estar." ¿Qué significa que dice, "no pudo ser pecadora," o "no pudo estar en

pecado," sino, creo, si no viniera en la carne? Pues no pudo ser pecadora por el pecado original, ni de ninguna manera estar en pecado original, sino por la carne, si no se deriva del padre. Vemos, por tanto, que es liberada del pecado por la gracia: pero no vemos de dónde mereció estar en pecado. ¿Qué significa, por tanto, que dice: "Si mereció ser pecadora, sin embargo, no permaneció en el pecado?" Pues si le pregunto por qué no permaneció en el pecado, responderá correctamente que la gracia de Cristo la liberó. Así como, por tanto, dice de qué fue liberada pecadora el alma del niño, así también diga de dónde mereció ser pecadora.

9. Pero, ¿qué dice aquel a quien le ha sucedido lo que ha anticipado? Pues para plantearse esta cuestión, dice: «Se nos lanzan otros reproches con murmuraciones quejosas de los que ladran, y sacudidos como por un torbellino, una y otra vez nos estrellamos entre enormes rocas.» Si yo dijera esto de él, tal vez se enojaría. Son sus palabras: con las que, habiéndolas expuesto, planteó la cuestión en la que mostraría las mismas rocas contra las que naufragó. Pues ha sido llevado a esto, y arrojado, empujado, incrustado en tan horribles peñascos, que no puede liberarse a menos que enmiende lo que dijo; no pudiendo mostrar con qué mérito el alma se ha hecho pecadora, cuando no temió decir que antes de todo su pecado mereció ser pecadora. ¿Quién merece un castigo tan inmenso sin pecado, para que concebido en la iniquidad ajena, antes de salir del vientre de la madre, ya no esté sin pecado? Pero de esta pena de las almas de los pequeños, que son regenerados en Cristo, la gracia gratuita los libera sin méritos precedentes: de lo contrario, la gracia ya no sería gracia (Rom. XI, 6). Por tanto, este hombre muy inteligente, a quien le desagrade nuestra cautela en una profundidad tan grande, aunque no docta, pero sí prudente, diga si puede, por qué mérito el alma ha llegado a esta pena, de la cual la gracia la libera sin mérito. Que lo diga, para que lo que dijo, si puede, lo defienda con alguna razón. Pues no exigiría esto, si él mismo no hubiera dicho que el alma mereció ser pecadora. Que diga su mérito, si fue bueno o malo. Si bueno, ¿con qué buen mérito llegó al mal? Si malo, ¿de dónde algún mal mérito antes de todo pecado? Nuevamente digo: Si bueno, entonces no la libera la gracia gratuitamente, sino según la deuda, cuyo buen mérito precedió; y así la gracia ya no será gracia. Pero si malo, pregunto cuál es: si es que vino a la carne, a la que no habría venido, a menos que aquel en quien no hay iniquidad, la hubiera enviado. Nunca, por tanto, a menos que precipitándose en peores cosas, intentará sostener esta su sentencia, en la que dijo que el alma mereció ser pecadora. Y de estos pequeños, cuyo pecado original se lava en el Bautismo, encontró de alguna manera qué decir, ya que la presciencia de Dios no podría haber perjudicado a los predestinados a la vida eterna, adherirse por un tiempo al pecado ajeno. Lo cual se diría tolerablemente, si no estuviera implicado en sus propias palabras, diciendo que el alma mereció ser pecadora; de lo cual no se libera en absoluto, a menos que se arrepienta de haberlo dicho.

CAPÍTULO IX.

10. Pero sobre aquellos pequeños que son prevenidos por la muerte antes de ser bautizados en Cristo, cuando quiso responder, se atrevió a prometerles no solo el paraíso, sino también el reino de los cielos: no encontrando cómo salir, para no verse obligado a decir que Dios condena a las almas inocentes a muerte eterna, a las cuales, sin ningún mérito precedente de pecado, las inserta en carne pecadora. Pero de alguna manera sintiendo el mal que dijo, sin ninguna gracia de Cristo, que las almas de los pequeños son redimidas para la vida eterna y el reino de los cielos, y que en ellos puede ser resuelto el pecado original sin el Bautismo de Cristo, en el cual se realiza la remisión de los pecados: viendo, por tanto, en qué profundidad de un abismo naufragante se ha arrojado, dice: «Ciertamente, por ellos considero que deben ofrecerse continuamente ofrendas y sacrificios de los sacerdotes santos.» He aquí otra cosa de

la que nunca saldrá, a menos que se arrepienta de haberlo dicho. Pues, ¿quién ofrece el cuerpo de Cristo, sino por aquellos que son miembros de Cristo? Desde que fue dicho por él, «A menos que uno nazca del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios» (Juan III, 5); y en otro lugar, «El que pierda su vida por mí, la encontrará» (Mateo X, 39): nadie se convierte en miembro de Cristo, sino por el Bautismo en Cristo, o por la muerte por Cristo.

11. Por lo cual también aquel ladrón, no seguidor antes de la cruz del Señor, sino confesor en la cruz, de quien a veces se toma o se intenta tomar un precedente contra el sacramento del Bautismo, es contado por el santo Cipriano entre los mártires (Cipriano, Epístola a Jubaiano), quienes son bautizados con su propia sangre, lo cual sucedió a muchos no bautizados en la ferviente persecución. Pues tanto peso tuvo, y tanto valió ante aquel que sabe pesar estas cosas, que confesó al Señor crucificado, como si hubiera sido crucificado por el Señor. Entonces su fe floreció en el madero, cuando la de los discípulos se marchitó; a menos que, por el terror de su muerte, se marchitara, y por su resurrección reviviera. Pues ellos desesperaron del que moría, él esperó en el que moría con él: ellos huyeron del autor de la vida; él rogó al compañero de su pena: ellos lamentaron la muerte como de un hombre, él creyó que reinaría después de la muerte: ellos abandonaron al garante de la salvación, él honró al compañero de la cruz. Se encontró en él la medida de un mártir, quien entonces creyó en Cristo, cuando fallaron aquellos que serían mártires. Y esto fue claro a los ojos del Señor, quien, no bautizado, como si fuera lavado con la sangre del martirio, le concedió tal felicidad inmediatamente (Lucas XXIII, 43). Pero también, ¿quién no consideraría cuánta fe, cuánta esperanza, cuánta caridad pudo tener para recibir la muerte por Cristo viviente, quien buscó la vida en el que moría? A esto se añade que no se dice increíblemente que el ladrón que entonces creyó, crucificado junto al Señor, fue rociado con aquella agua que brotó de la herida de su costado, como con un santísimo bautismo. Dejando de lado que nadie sabe, ni puede demostrar, que no fue bautizado antes de ser condenado. Pero que cada uno acepte esto como quiera, siempre que no se prescriba contra el precepto del Salvador sobre el Bautismo, con el ejemplo de este ladrón; y que a los pequeños no bautizados nadie les prometa entre la condenación y el reino de los cielos, un lugar intermedio de descanso o felicidad de cualquier tipo y en cualquier lugar. Pues esto también les prometió la herejía pelagiana: porque no teme la condenación para los pequeños, a quienes no considera tener pecado original alguno; ni espera para ellos el reino de los cielos, si no llegan al sacramento del Bautismo. Pero este, aunque confiesa que los pequeños están sujetos al pecado original, se atrevió a prometerles el reino de los cielos no bautizados: lo que ni siquiera se atrevieron a hacer aquellos que afirman que están sin ningún pecado en absoluto. He aquí en qué lazos de presunción se enreda, a menos que se arrepienta de haber escrito tales cosas.

CAPÍTULO X.

12. Sobre el hermano de la santa Perpetua, Dinócrates, ni la escritura misma es canónica, ni ella escribió así, o quienquiera que lo haya escrito, que dijera que aquel niño que murió a los siete años, había muerto sin Bautismo: por quien se cree que fue escuchada, inminente el martirio, para que fuera trasladado de los tormentos al descanso. Pues los niños de esa edad ya pueden mentir, y decir la verdad, y confesar, y negar. Y por eso, cuando son bautizados, ya devuelven el símbolo, y ellos mismos responden a las preguntas por sí mismos. ¿Quién, pues, sabe si aquel niño, después del Bautismo, en tiempo de persecución, fue alejado de Cristo por un padre impío a través de la idolatría, por lo cual fue a la condenación de la muerte, y de allí no fue liberado sino por las oraciones de su hermana que iba a morir por Cristo?

CAPÍTULO XI.

13. Pero incluso si esto se le concede a este, lo cual, salvaguardando la fe católica y la regla eclesiástica, de ninguna manera se concede, que por los no bautizados de cualquier edad se ofrezca el sacrificio del cuerpo y la sangre de Cristo, como si por tal piedad de los suyos fueran ayudados a llegar al reino de los cielos, ¿qué responderá sobre los miles de niños que nacen de impíos, y no llegan a las manos de los piadosos por ninguna misericordia divina o humana, y de esta vida en esa tiernísima edad, se van sin el baño de la regeneración? Que diga, si puede, de dónde estas almas merecieron hacerse tan pecadoras, que al menos después no sean liberadas del pecado. Pues si pregunto, por qué merecen ser condenadas, si no son bautizadas; se me responde correctamente, por el pecado original. Nuevamente, si pregunto, de dónde trajeron el pecado original; este responderá, ciertamente de la carne pecadora. Si entonces pregunto, de dónde merecieron ser condenadas a la carne pecadora, que no hicieron nada malo antes de la carne; aquí encuentre qué responder; y así ser condenadas a soportar las contaminaciones de pecados ajenos, de modo que ni el Bautismo regenere a los mal generados, ni los sacrificios expíen a los contaminados. Pues allí también nacieron tales pequeños, o aún nacen, que no pueden encontrar ningún auxilio de este tipo. Aquí ciertamente toda argumentación falla. Pues no preguntamos, de dónde merecieron ser condenadas las almas después de la asociación con la carne pecadora: sino preguntamos, de dónde merecieron ser condenadas las almas a soportar la asociación con la carne pecadora, no teniendo ningún pecado antes de la asociación con la carne pecadora. No se puede decir, «Nada les perjudicó la comunicación por un tiempo con el pecado ajeno, a quienes en la presciencia de Dios estaba preparada la redención.» Pues ahora hablamos de aquellos a quienes, saliendo del cuerpo antes del Bautismo, ninguna redención les socorre. No se puede decir, «Aquellas que el Bautismo no lava, los sacrificios frecuentes por ellas las limpiarán; lo cual previendo Dios, quiso que se adhirieran un poco a los pecados ajenos, sin ningún daño de condenación eterna, y con la esperanza de felicidad eterna.» Pues ahora hablamos de aquellas cuya natividad entre impíos y de impíos no pudo encontrar tales auxilios. Que ciertamente si pudieran ser aplicados, sin duda no podrían beneficiar a los no bautizados: como tampoco aquellos sacrificios que recordó del libro de los Macabeos por los pecadores muertos (II Mac. XII, 43), les habrían beneficiado, si no hubieran sido circuncidados.

14. Encuentre, pues, si puede, este qué decir, cuando se le pregunta, qué mereció el alma, sin ningún pecado, ya sea original o propio, ser condenada así a soportar el pecado ajeno, de modo que no pueda ser liberada de él: y vea qué elige de dos cosas, si dice que también las almas de los pequeños que mueren, que salen de aquí sin el baño de la regeneración, y por quienes no se ofrece ningún sacrificio del cuerpo del Señor, son absueltas del vínculo del pecado original; cuando el Apóstol enseña que todos van a la condenación por uno (Rom. V, 16), a quienes ciertamente no socorre la gracia, para que por uno sean llevados a la redención; o si dice que las almas no teniendo ningún pecado propio o original, y de todo modo inocentes, simples, puras, son castigadas por el justo Dios, cuando él mismo no las libera, insertándolas en carne pecadora, con condenación eterna.

CAPÍTULO XII.

15. Yo no afirmo que deba decirse nada de estos dos; ni aquello tercero, que las almas pecaron en otro lugar antes de la carne, para que merecieran ser condenadas en la carne. Pues el Apóstol ha definido clarísimamente que, no nacidos en la carne, no hicieron nada bueno ni malo (Rom. IX, 11). De donde se concluye que los pequeños, para que necesiten la remisión de los pecados, no han contraído sino el pecado original. Ni aquello cuarto, que las almas de los pequeños que morirán sin Bautismo son relegadas y condenadas por el justo Dios a la carne pecadora, a las que previó, si hubieran llegado a la edad en la que usarían del libre

albedrío, que habrían de vivir mal. Pues esto ni siquiera este se atrevió a decir, en tales angustias constituidas: más aún, también contra esta vanidad ya ha hablado bastante claramente y brevemente, donde dice, «Dios habría sido injusto, si no con las obras perfectas de la propia voluntad, quisiera juzgar al hombre no nacido.» Pues esto respondió, cuando trataba la cuestión contra aquellos que dicen, ¿Por qué Dios hacía al hombre, a quien, como presciente, sabía que no sería bueno? Pues juzgaría al no nacido, si por eso no quisiera crear, porque sabía que no sería bueno. Y ciertamente, como también le pareció a él, debería haber juzgado al hombre por sus obras perfectas, no por las preconocidas, ni permitidas alguna vez ser hechas. Pues si los pecados, que si el hombre viviera habría de cometer, también no cometidos son condenados en el muerto, ningún beneficio se ha conferido a aquel que fue arrebatado para que la malicia no cambiara su entendimiento (Sab. IV, 11): puesto que será juzgado según aquella malicia que habría de ser en él; no según aquella inocencia que se encontró en él: y de ningún muerto bautizado podrá haber seguridad; porque también después del Bautismo, no solo pueden pecar de cualquier manera, sino incluso apostatar. ¿Qué si, pues, quien fue bautizado y arrebatado de aquí, habría de ser apóstata, si viviera; no consideraremos que ningún beneficio le fue conferido, porque fue arrebatado para que la malicia no cambiara su entendimiento; y por la presciencia de Dios, no como miembro fiel de Cristo, sino como apóstata será juzgado? Pues cuánto mejor, si los pecados aún no hechos, aún no pensados, pero preconocidos y futuros son castigados, habrían sido arrojados aquellos dos del paraíso antes del pecado, para que en un lugar tan santo y beatífico no se pecara. ¿Qué, que la misma presciencia se vacía por completo, si lo que se preconoce no será? Pues, ¿cómo se dice correctamente que se preconoce lo que no será? ¿Cómo, pues, se castigan pecados que no existen; es decir, que ni en esta vida aún no comenzada se cometieron antes de la carne, ni prevenidos por la muerte después de la carne?

CAPÍTULO XIII.

16. Este, por tanto, medio, desde que el alma fue enviada a la carne, hasta que se liberara de la carne, puesto que es el alma de un pequeño, y no ha tenido la edad del libre albedrío, no encuentra de dónde ser condenada no recibiendo el Bautismo, sino el pecado original. No negamos que el alma sea justamente condenada por este pecado: porque la ley justa establece el castigo para el pecado. Pero preguntamos por qué fue condenada a soportar este pecado, si no se deriva de aquella única que pecó en el primer padre del género humano. Por lo cual, si Dios no condena a los inocentes, ni hace culpables a los que percibe inocentes; y si no libera las almas ya sea de pecados originales o propios, sino en la Iglesia de Cristo el Bautismo de Cristo; y si las almas antes de la carne no tuvieron ningún pecado en absoluto; y si los pecados antes de ser cometidos, y mucho más los que nunca fueron cometidos, no pueden ser condenados por una ley justa; que no diga nada de estos cuatro: y, si puede, explique, las almas de los pequeños, que saliendo de aquí sin Bautismo son enviadas a la condenación, con qué mérito fueron enviadas a la carne pecadora que no pecaron en nada, para que allí encontraran el pecado, por el cual merecidamente serían condenadas. Pero si evitando estos cuatro, que la sana doctrina condena, es decir, si no atreviéndose a decir, o que sin ningún pecado existentes, Dios hace a las almas pecadoras, o que sin el Sacramento de Cristo se resuelve el pecado original en ellas, o que pecaron en algún lugar antes de ser enviadas a la carne, o que los pecados que nunca tuvieron en ellas son condenados: si no atreviéndose a decirnos esto, ya que ciertamente no deben ser dichos, dijera que los pequeños no traen el pecado original, ni tienen de dónde ser condenados, si no reciben el Sacramento de la regeneración al salir de aquí; incurrirá en la herejía pelagiana sin duda condenable. Para que esto no le suceda, cuánto mejor sostiene mi cautela sobre el origen del alma, para que no se

atreva a afirmar lo que ni comprende con razón humana, ni defiende con autoridad divina; para que no se vea obligado a profesar insensatez, mientras teme confesar ignorancia.

CAPÍTULO XIV.

17. Aquí tal vez diga que su sentencia se defiende con autoridad divina: puesto que cree que puede probar con testimonios de las Sagradas Escrituras que las almas no se hacen de la propagación, sino que se insuflan nuevas a cada uno. Que lo pruebe, si puede, y confesaré que he aprendido de él lo que buscaba con gran intención. Pero que busque otra cosa, no sea que tal vez encuentre: pues esto con estos testimonios que ya ha puesto, no lo ha probado. Pues todo lo que aquí ha aducido, es cierto para algo; pero para esto que se pregunta sobre el origen del alma, se muestran ambiguos. Pues es cierto que Dios dio a los hombres aliento y espíritu, diciendo el profeta, «Así dice el Señor que hizo el cielo, y fundó la tierra, y lo que hay en ella, que da aliento al pueblo sobre ella, y espíritu a los que la pisan» (Isaías XLII, 5). Este testimonio quiere este que se tome en el sentido que defiende, para que lo que dice, «da aliento al pueblo», no se crea que hace las almas del pueblo de la propagación, sino que las insufla nuevas. Que se atreva, pues, a decir que no nos dio la carne, porque de los padres se atrajo el origen de la carne. Y donde dice el Apóstol sobre el grano de trigo, «Dios le da cuerpo como quiso» (1 Cor. XV, 38); que niegue, si se atreve, que del trigo nace trigo, y su hierba de la semilla según su género. Pues si no se atreve a negarlo; ¿de dónde, pues, sabe cómo se dijo, «da aliento al pueblo»: si lo trae de los padres, o insufla nuevo?

18. ¿De dónde sabe también si es una repetición de la sentencia, "El que da aliento al pueblo sobre ella, y espíritu a los que caminan sobre ella", para que se entienda que ambas cosas se dicen de una sola cosa, y no quiso significar el alma o el espíritu por el cual vive la naturaleza humana, sino el Espíritu Santo? Pues si el Espíritu Santo no pudiera ser significado por el aliento, el Señor no habría soplado sobre los discípulos después de la resurrección, y dicho: "Recibid el Espíritu Santo" (Juan 20, 22). Ni estaría escrito en los Hechos de los Apóstoles: "De repente vino del cielo un ruido como de un viento impetuoso, y se les aparecieron lenguas divididas como de fuego, que se posaron sobre cada uno de ellos, y todos fueron llenos del Espíritu Santo" (Hechos 2, 2-4). ¿Qué si el Profeta predijo esto, diciendo: "El que da aliento al pueblo sobre ella", y como explicando lo que dijo aliento, repitió y dijo: "y espíritu a los que caminan sobre ella"? Entonces se hizo evidentemente cuando todos fueron llenos del Espíritu Santo. O si aún no debe llamarse pueblo a los ciento veinte hombres que estaban presentes en un solo lugar, ciertamente cuando simultáneamente cuatro o cinco mil creyeron y fueron bautizados y recibieron el Espíritu Santo (Hechos 4, 31), ¿quién dudaría que el pueblo recibió al mismo tiempo el Espíritu Santo, y la multitud que caminaba sobre la tierra, es decir, los hombres que pisan la tierra? Pues aquel que se da perteneciente a la naturaleza del hombre, ya sea que se dé por descendencia, o se insufla nuevo (de lo cual digo que no debe afirmarse nada hasta que una u otra cosa se aclare sin ninguna duda), no se da a los que pisan la tierra, sino a los que aún están encerrados en el útero materno. Por lo tanto, dio aliento al pueblo sobre la tierra, y espíritu a los que caminan sobre ella, cuando muchos creyendo al mismo tiempo, fueron llenos al mismo tiempo del Espíritu Santo. Y él mismo lo da a su pueblo, aunque no a todos al mismo tiempo, sino a cada uno en su tiempo, hasta que al partir de esta vida, y sucediendo en esta vida, se complete el número total de ese mismo pueblo: para que en este lugar de la Sagrada Escritura no sea una cosa el aliento, y otra el espíritu, sino la repetición de la misma sentencia. Así como no es otro el que habita en los cielos, y otro el Señor; ni es otra cosa burlarse, y otra mofarse: sino que la misma sentencia se repite, donde se lee: "El que habita en los cielos se burlará de ellos, y el Señor se mofará de ellos". O cuando se dice: "Te daré las naciones por herencia, y los confines de la tierra por

posesión" (Salmo 2, 4, 8). No dijo ciertamente otra cosa herencia, y otra posesión; ni otra cosa naciones, y otra confines de la tierra: sino que es la repetición de la misma sentencia. Y encontrará innumerables locuciones de este tipo en los discursos divinos, si presta atención a lo que lee.

19. Pero lo que el griego dice πνοήν, los latinos lo han interpretado de diversas maneras; a veces aliento, a veces espíritu, a veces inspiración. Pues este verbo tienen los códices griegos en este testimonio profético, del cual ahora tratamos, donde se dijo: "El que da aliento al pueblo sobre ella": esto es, πνοήν. Es el mismo verbo donde el hombre fue animado: "Y Dios insufló en su rostro aliento de vida" (Génesis 2, 7). Pero es el mismo verbo en el Salmo donde se canta: "Todo espíritu alabe al Señor" (Salmo 150, 6). Es el mismo en el libro de Job, donde está escrito: "La inspiración del Omnipotente es la que enseña". No quiso decir, Aliento; sino, inspiración; cuando en griego es πνοή: lo cual también en aquellas palabras del Profeta, de las que ahora discutimos. Y ciertamente en este lugar, no sé si debe dudarse que se haya significado el Espíritu Santo. Pues se trataba de la sabiduría, de dónde está en los hombres: "Porque no es por el número de años, sino el Espíritu", dice, "es en los hombres; la inspiración del Omnipotente es la que enseña" (Job 32, 7, 8, según la LXX): para que se entendiera con esta repetición, que no se refería al espíritu del hombre, lo que dijo, "El Espíritu es en los hombres". Pues quería mostrar de dónde tienen la sabiduría, porque no de sí mismos; y repitiendo lo explicó diciendo, "La inspiración del Omnipotente es la que enseña". También en otro lugar en el mismo libro, "El entendimiento", dice, "de mis labios entiende puramente: el Espíritu divino que me hizo, la inspiración del Omnipotente, que me enseña" (Job 33, 3, 4, según la LXX). Y aquí lo que dice, inspiración, o inspiración, en griego es πνοήν, que en aquellas palabras del profeta se interpretó como aliento. Por lo tanto, cuando se niega temerariamente que se haya dicho del alma del hombre o del espíritu del hombre, "El que da aliento al pueblo sobre ella, y espíritu a los que caminan sobre ella"; aunque allí también el Espíritu Santo puede entenderse mucho más creíblemente: ¿con qué razón se atreverá alguien a definir que el profeta quiso significar el alma o el espíritu, por el cual vive nuestra naturaleza, en ese lugar? Pues ciertamente si dijera abiertamente, "El que da alma al pueblo sobre la tierra", aún se debería preguntar si Dios la da desde el origen de la generación precedente, como desde el origen de la generación precedente, él mismo da el cuerpo, no solo al hombre o al animal, sino también a la semilla de trigo, o de cualquiera de los demás como quiso: o si realmente insufla una nueva, como recibió el primer hombre.

20. También hay quienes entienden estas palabras proféticas de tal manera que lo que dice, "Dio aliento al pueblo sobre ella", es decir, sobre la tierra, no quieren que se entienda sino como el alma aliento: pero lo que añadió, "y espíritu a los que caminan sobre ella", piensan que se ha significado el Espíritu Santo: en ese orden, en el que también el Apóstol dice, "No primero lo que es espiritual, sino lo que es animal; después, lo espiritual" (1 Corintios 15, 46). Pues de esta sentencia profética también se extrae ese elegante sentido, que dijo así, "a los que caminan sobre ella", para que se entienda, A los que la desprecian. Porque quienes reciben el Espíritu Santo, por amor a las cosas celestiales desprecian las terrenales. Todas estas sentencias no están contra la fe; ya sea que alguien entienda ambas cosas, es decir, tanto el aliento como el espíritu que pertenece a la naturaleza humana; o que acepte que ambas cosas se dicen del Espíritu Santo; o que refiera el aliento al alma, y el espíritu al Espíritu Santo. Pero si aquí debe entenderse el alma y el espíritu del hombre, así como no debe dudarse que Dios lo da; así también debe preguntarse aún de dónde lo da, si de la descendencia como él mismo da, pero sin embargo de la descendencia da los miembros del cuerpo; o si realmente nuevo, no propagado, lo distribuye insuflando a cada uno: lo cual no

queremos que se defiendan con ambigüedades, como hace este, sino con alguna autoridad certísima de los discursos divinos.

21. Con la misma razón también lo que dice Dios, "Porque de mí saldrá el Espíritu, y yo hice todo aliento" (Isaías 57, 16): debe entenderse de hecho del Espíritu Santo lo que dice, "El Espíritu saldrá de mí"; de quien también el Salvador dice, "Procede del Padre" (Juan 15, 26): pero lo que se dijo, "Yo hice todo aliento", no puede negarse que se dijo de toda alma. Pero también todo cuerpo lo hace él: pero que el cuerpo humano lo haga de la descendencia, nadie lo duda. Por lo tanto, de la alma, ya que se sabe que él la hace, de dónde la hace, si de la descendencia como el cuerpo, o insuflando como hizo la primera, aún ciertamente debe investigarse.

22. También añadió un tercer testimonio, porque está escrito, "El que forma el espíritu del hombre en él" (Zacarías 12, 1). Como si esto se negara: pero de dónde lo forma, esto se pregunta. Pues ¿quién sino Dios forma también el ojo corporal del hombre? Y creo que no fuera, sino en él; y sin embargo, como es cierto, de la descendencia. Por lo tanto, cuando también forma el espíritu del hombre en él, debe preguntarse si por una nueva insuflación, o extraído de la descendencia.

23. También conocemos a la madre de los jóvenes Macabeos, más fecunda en virtudes cuando sus hijos sufrieron, que en fetos cuando nacieron, que los exhortó de tal manera, diciendo: "Hijos, no sé cómo aparecisteis en mi vientre". Pues no os di yo el espíritu y el alma, ni formé para cada uno de vosotros el rostro y los miembros: sino Dios, que hizo el mundo y todo lo que hay en él, y creó el género humano, y examina la acción de todos, y él mismo os devolverá el espíritu y el alma con gran misericordia" (2 Macabeos 7, 22, 23). Conocemos estas cosas ciertamente; pero cómo apoyan lo que afirma, no lo vemos. Pues ¿quién de los cristianos niega que Dios da a los hombres el alma y el espíritu? Pero del mismo modo creo que este no puede negar que Dios da a los hombres la lengua, el oído, la mano, el pie, y todos los sentidos del cuerpo y la forma y naturaleza de todos los miembros. Pues ¿cómo va a negar que estos son dones de Dios, a menos que se olvide de ser cristiano? Pero así como se sabe que estas cosas se hacen y se dan por él de la descendencia: así también debe preguntarse de dónde se hace por él el espíritu y el alma del hombre, por quien se hace y se da; si de los padres, o de la nada; o lo que este afirma, pero debe evitarse de toda manera, de alguna naturaleza existente de su aliento, no creada de la nada, sino de él mismo.

CAPÍTULO XV.

24. Por tanto, cuando los testimonios de las Escrituras que menciona, de ninguna manera enseñan lo que intenta persuadir (pues en lo que respecta a esta cuestión, no lo expresan en absoluto); ¿qué es lo que dice, "Afirmamos con constancia que el alma es del aliento de Dios, no de la descendencia, porque se da de Dios"? Como si el cuerpo se diera de otro, que no sea de aquel por quien se crea, de quien son todas las cosas, por quien son todas las cosas, en quien son todas las cosas (Romanos 11, 36): aunque no de su naturaleza, sino de su obra. Ni de la nada, dice, porque procede de Dios. Esto ciertamente no aconsejamos que se investigue aún, si es así: pero afirmamos sin duda que no es verdad lo que dice, es decir, que el alma no es ni de la descendencia, ni de la nada; esto, digo, afirmamos sin duda que no es verdad. Pues es una de dos, si no es de la descendencia, es de la nada; para que no sea de Dios, como si fuera de la naturaleza de Dios, lo cual es completamente sacrílego creer. Pero aún si no es de la descendencia, exigimos o buscamos testimonios ciertos: no como los que este ha puesto, en los cuales no se muestra lo que buscamos.

25. Ojalá en tan profunda cuestión, mientras ignora lo que dice, imitara a la madre de los Macabeos: quien aunque sabía que había concebido a sus hijos de un hombre, y que fueron creados por el Creador de todas las cosas, ya sea según el cuerpo, ya sea según el alma y el espíritu, dijo sin embargo: "No sé cómo aparecisteis en mi vientre". Desearía que este dijera, qué es lo que ella no sabía. Pues estas cosas que dije, ciertamente las sabía, cómo según el cuerpo vinieron a su vientre; porque no podía dudar que los había concebido de un hombre. También confesaba, porque ciertamente sabía esto, que Dios les había dado el alma y el espíritu, que él mismo les había formado el rostro y los miembros. ¿Qué, pues, no sabía? ¿O tal vez lo que nosotros tampoco sabemos, si el alma y el espíritu, que Dios sin duda les dio, lo atrajo de los padres, o lo insufló nuevo como al primer hombre? Pero ya sea esto o algo más que ella no sabía de la institución de la naturaleza humana, decía que no lo sabía; no defendía temerariamente lo que no sabía. Y sin embargo, este no le diría a ella, lo que no se avergonzó de decirnos a nosotros: "El hombre en honor no entendió; fue comparado a las bestias insensatas, y se hizo semejante a ellas" (Salmo 48, 13): He aquí que esta mujer dijo de sus hijos, "No sé cómo aparecisteis en mi vientre": y sin embargo no se compara a las bestias insensatas. "No sé", dijo: y como si le preguntaran por qué no sabía, añadió, "Pues no os di yo el espíritu y el alma". Aquel, pues, que lo dio, sabe de dónde hizo lo que dio, si lo atrajo de la descendencia, o lo insufló nuevo: lo que yo, dice, no sé. Ni formé para cada uno de vosotros el rostro y los miembros: él sabe quien los formó, si los formó junto con el alma, o si ya formados les dio el alma. Por lo tanto, de qué manera, si de esta o de aquella manera vinieron a su vientre, no sabía; y sin embargo sabía que todo lo que dio lo devolvería quien lo dio. Pero que este elija en el profundo y oculto secreto de la naturaleza humana, qué es lo que esta mujer no sabía: solo que no juzgue mentirosa, ni compare a las bestias insensatas a quien no sabe. Sea lo que sea que ella no sabía, ciertamente pertenecía a la naturaleza del hombre: lo cual sin embargo sin culpa el hombre no sabía. Por lo tanto, también digo yo de mi alma, No sé cómo vino a mi cuerpo; pues no me la di yo: sabe aquel que la dio, si la atrajo de mi parte, o si la creó nueva como al primer hombre. También lo sabré yo si él me lo enseña, cuando quiera. Pero ahora no lo sé; ni me avergüenza, como a este, confesar que no sé lo que no sé.

CAPÍTULO XVI.

26. Aprende, dice, he aquí que el Apóstol enseña. Aprenderé ciertamente, si el Apóstol enseña: pues no enseña sino Dios a través del Apóstol. Pero ¿qué es finalmente lo que enseña el Apóstol? He aquí, dice, cuando hablaba con los atenienses, expuso esto con constancia, diciendo, "Pues él da a todos vida y espíritu". ¿Quién niega esto? Pero entiende, dice, lo que dice el Apóstol: "da", dice; no, "Dio"; refiriéndose a un tiempo infinito y continuo, no pronunciando sobre el pasado y perfecto. Y lo que da sin cesar, siempre da: como siempre es él quien da. He puesto sus palabras, como las encontré en el segundo libro de aquellos que enviaste. Donde primero ve hasta dónde ha progresado, mientras se esfuerza por afirmar lo que no sabe. Pues se atrevió a decir que Dios no solo ahora y en este siglo, sino por un tiempo infinito sin cesar, y siempre da almas a los que nacen. Siempre, dice, da, como siempre es él quien da. ¿Qué dijo el Apóstol, porque es bastante claro, que lo entienda, lejos esté de mí negarlo: pero lo que dice este, debe también él entender que está contra la fe cristiana, y evitar decirlo más. Pues cuando los muertos resuciten, ya nadie nacerá: y por lo tanto entonces no dará almas a los que nacen, sino que juzgará aquellas que da en este siglo con los cuerpos. Por lo tanto, no siempre da, aunque él mismo siempre sea quien ahora da. Sin embargo, porque el bienaventurado Apóstol no dijo, "Dio"; sino, "da"; de ahí no se concluye lo que este quiere concluir, que no da almas de la descendencia. Pues él mismo da, incluso si las da de la descendencia. Porque también los miembros del cuerpo, y los sentidos del cuerpo, y la forma del cuerpo, y toda la sustancia del cuerpo él mismo da a los hombres, aunque los

dé de la descendencia. Pues ¿acaso porque el Señor dijo, "Si la hierba del campo, que hoy es y mañana se echa al horno, Dios así viste" (Mateo 6, 30); y no dijo, "Vestió", como primero cuando la instituyó; sino dijo, "viste", lo cual también hace ahora; por eso negaremos que los lirios se procrean de su origen? ¿Qué si, por lo tanto, también el alma y el espíritu del hombre se da de Dios, mientras se da; y sin embargo se da de la descendencia de su género? Lo cual yo ni defiendo, ni refuto. Pero si debe defenderse, o refutarse, advierto que debe hacerse con testimonios claros, no ambiguos. Ni por eso debo ser comparado a las bestias insensatas, porque aún no pronuncio saber esto; sino más bien a hombres cautos, porque no me atrevo a enseñar lo que no sé. Pero a este no lo comparo a las bestias, sino que lo aconsejo como a un hijo, para que confiese que no sabe lo que no sabe, y no intente enseñar lo que aún no ha aprendido: no sea que se compare, no a las bestias, sino a aquellos hombres que dice el Apóstol, "queriendo ser doctores de la ley, no entendiendo ni lo que dicen, ni de lo que afirman" (1 Timoteo 1, 7).

CAPÍTULO XVII.

27. ¿De dónde proviene, entonces, que no se preocupe por advertir las Escrituras de las que habla, de modo que, al leer que los hombres son de Dios, insista en que no lo son también según el cuerpo, sino solo según el alma y el espíritu? Pues lo que dice el Apóstol, "De Él somos" (Hechos XVII, 28); este no quiere que se refiera al cuerpo, sino solo al alma y al espíritu. Si, por lo tanto, los cuerpos no son de Dios, es falso lo que está escrito, "De quien son todas las cosas, por quien son todas las cosas, en quien son todas las cosas" (Rom. XI, 36). Luego, donde el mismo apóstol dice, "Porque como la mujer es del hombre, así también el hombre es por la mujer"; que nos explique este qué descendencia quiso significar, del alma, del cuerpo, o de ambos. Pero no quiere que las almas sean de la descendencia. Queda, entonces, que según él y todos los que destruyen la descendencia de las almas, el Apóstol solo significó el cuerpo masculino y femenino, diciendo, "Porque como la mujer es del hombre, así también el hombre es por la mujer": porque la mujer fue hecha del hombre, para que también el hombre naciera después por la mujer. Si, por lo tanto, al decir esto el Apóstol, no quería que se entendieran también las almas y los espíritus, sino solo los cuerpos de ambos sexos, ¿por qué inmediatamente añadió, "Pero todas las cosas son de Dios" (I Cor. XI, 12); si no es porque también los cuerpos son de Dios? Pues así dijo: "Porque como la mujer es del hombre, así también el hombre es por la mujer; pero todas las cosas son de Dios". Que elija, entonces, de dónde se dijo. Si de los cuerpos, ciertamente también los cuerpos son de Dios. ¿Qué es, entonces, que dondequiera que este lea en las Escrituras, "de Dios", cuando se trata de hombres, no quiere entender también los cuerpos, sino solo las almas y los espíritus? Si, en verdad, lo que se dijo, "Pero todas las cosas son de Dios"; se dijo tanto del cuerpo de ambos sexos, como del alma y el espíritu: entonces, según todo, la mujer es del hombre. Porque la mujer es del hombre, el hombre por la mujer; pero todas las cosas son de Dios. ¿Qué "todas las cosas", sino de las que hablaba, es decir, tanto aquel hombre del que la mujer, como aquella mujer que del hombre, y aquel hombre que por la mujer? Pues no aquel hombre por la mujer, del cual hombre la mujer: sino el hombre que nació después del hombre por la mujer, como hoy también nacen. Y por lo tanto, si cuando el Apóstol decía esto, hablaba de los cuerpos, sin duda los cuerpos de ambos sexos son de Dios. Pero si no quiere que sean de Dios los hombres sino las almas y los espíritus; ciertamente también según el alma y el espíritu la mujer es del hombre, y nada ya quedará para aquellos que disputan contra la descendencia de las almas. Pero si lo divide de tal manera que diga que la mujer es del hombre según el cuerpo, pero de Dios según el alma y el espíritu; ¿cómo será verdad lo que dice el Apóstol, "Pero todas las cosas son de Dios", si el cuerpo de la mujer es del hombre de tal manera que no sea de Dios? Por lo tanto, para que el Apóstol hable más bien la

verdad, que este sea preferido al Apóstol, la mujer es del hombre, ya sea según solo el cuerpo, ya sea según todo, de lo que consta la naturaleza humana (pues no afirmamos nada de esto como cierto, sino que aún buscamos cuál de estas cosas es verdadera): y el hombre por la mujer, ya sea que toda la naturaleza del hombre se derive del padre, que nace por la mujer, ya sea solo la carne, sobre lo cual aún hay cuestión: todas las cosas, sin embargo, son de Dios, sobre lo cual no hay cuestión, es decir, tanto el cuerpo como el alma y el espíritu, tanto del hombre como de la mujer. Y si no nacieron o fueron extraídas de Dios, o emanaron, de tal manera que sean de su naturaleza; sin embargo, son de Dios. Pues de quien fueron creadas, formadas, hechas, de él tienen que sean.

28. "Pero diciendo," dice, "el Apóstol, 'Y él mismo da a todos vida y espíritu'; luego añadiendo, 'Y de una sangre hizo todo el linaje de los hombres' (Hechos XVII, 25, 26): refirió originalmente el alma y el espíritu al autor, el cuerpo al transmisor." Más bien, quien no quiere negar temerariamente la descendencia de las almas, antes de que claramente se aclare si es así o no, tiene que entender en estas palabras del Apóstol, que dijo "de uno con sangre", de un hombre, significando el todo por la parte en el modo de locución. Pues si a él le es lícito entender por la parte el todo lo que está escrito, "Y fue hecho el hombre en alma viviente" (Gén. II, 7); para que allí se entienda también el espíritu, del cual la Escritura allí calló: ¿por qué no es lícito para otros así tomar lo que se dijo, "de una sangre"; para que allí se pueda entender también el alma y el espíritu, puesto que el hombre significado por el nombre de sangre, no solo consta de cuerpo, sino también de alma y espíritu? Pues así como quien defiende la descendencia de las almas, no debe oprimir a este, porque está escrito del primer hombre, "En quien todos pecaron" (Rom. V, 12): no se dijo, En quien toda carne pecó; sino, se dijo todos, es decir, todos los hombres; cuando el hombre no es solo carne: así, pues, este no debe ser oprimido, porque tal vez se dijo, Todos los hombres, para que se entendieran según solo la carne; así este no debe presionar a los defensores de la descendencia de las almas, porque se dijo, "todo el linaje de los hombres de una sangre", como si por eso solo la carne perteneciera a la descendencia. Pues si esto es verdad, lo que estos afirman, que el alma no es del alma, sino que la carne es solo de la carne; así se dijo, "de una sangre", para que no se significara todo el hombre por la parte, sino solo la carne de un hombre: pero lo que se dijo, "En quien todos pecaron", solo la carne de todos los hombres debe ser entendida, que de allí fue transferida, significando la Escritura la parte por el todo. Pero si es verdad, que todo el hombre se propaga de todo el hombre, es decir, cuerpo, alma y espíritu: allí propiamente se dijo, En quien todos los hombres pecaron; aquí, sin embargo, de manera figurada, "de una sangre", se significa el todo por la parte, es decir, todo el hombre, que consta de alma y carne, o más bien, como este ama hablar, de alma y espíritu y carne. Pues tanto por la parte el todo, como por el todo la parte, los divinos escritos suelen significar. Por la parte, en efecto, se significó el todo, donde se lee, "A ti vendrá toda carne" (Sal. LXIV, 3): porque por carne se entiende todo el hombre. Pero por el todo la parte, cuando se dice que Cristo fue sepultado, cuando solo su carne fue sepultada. Ya lo que en este testimonio del Apóstol se puso, porque "él mismo da a todos vida y espíritu", según la discusión anterior creo que a nadie le mueve. Él mismo da: pero aún buscamos de dónde da, si de una nueva insuflación, o de la descendencia. Pues él mismo dar también la sustancia de la carne se dice con toda propiedad, la cual, sin embargo, no se niega que se da de la descendencia.

CAPÍTULO XVIII.

29. Ahora veamos aquel testimonio del Génesis, donde hecha la mujer del costado del hombre, fue llevada a él, y dijo: "Esto ahora es hueso de mis huesos, y carne de mi carne". Pues este piensa que debió decir Adán, Alma de mi alma, o, Espíritu de mi espíritu, si también esto hubiera sido extraído de él. Pero aquellos que afirman la descendencia de las

almas, piensan que se fortalecen invenciblemente en su sentencia, porque estando escrito que Dios extrajo una costilla del costado del hombre, y la edificó en mujer, no se añadió que sopló en su rostro el aliento de vida: dicen, por tanto, porque ya había sido animada del hombre. Pues si no hubiera sido así, de ninguna manera, dicen, la santa Escritura nos habría privado del conocimiento de este asunto. A lo que Adán dijo, "Esto ahora es hueso de mis huesos, y carne de mi carne"; y no dijo, Espíritu o alma, de mi espíritu o de mi alma: así puede ser respondido por ellos, como se demostró anteriormente, para que por la parte se entienda el todo dicho, "hueso y carne mía"; pero que fueron extraídos animados, no muertos. Pues no se debe negar que el Omnipotente pudo hacer esto, porque ningún hombre puede cortar algo con alma de la carne humana. Pues lo que Adán añadió a continuación, "Esta será llamada mujer, porque del hombre fue tomada" (Gén. II, 23); ¿por qué no dijo más bien, de donde se confirmara la opinión de estos, Porque de su hombre fue tomada su carne? Aquí, por tanto, aquellos que piensan lo contrario, pueden decir, porque no está escrito la carne de la mujer, sino que la mujer fue tomada de su hombre, debe ser entendida toda con alma y espíritu. Pues aunque el alma carece de sexo, sin embargo, cuando se llaman mujeres, no es necesario entenderlas exceptuando el alma. De lo contrario, no se les amonestaría así a adornarse: "No con cabellos trenzados, ni oro, ni perlas, ni vestido costoso, sino lo que conviene", dice, "a mujeres que prometen piedad por buena conducta" (I Tim. II, 9, 10). Ciertamente, la piedad está dentro en el alma o en el espíritu, y sin embargo, fueron llamadas mujeres, incluso para que se adornaran dentro, donde no hay sexo.

30. Así que, cuando estos alternando en el discurso han disputado entre sí; yo juzgo entre ellos, para que no confíen en lo desconocido, y se atrevan temerariamente a afirmar lo que no saben, que amoneste a ambos. Pues si estuviera escrito, Soplo el aliento de vida en el rostro de la mujer, y fue hecha en alma viviente; ni así sería ya consecuente, que el alma no se propagara de los padres, a menos que también del hijo de ellos esto se leyera escrito de manera similar. Pues pudo suceder que un miembro no animado extraído del cuerpo necesitara ser animado, pero el alma del hijo se trajera del padre por la madre por la transfusión de la descendencia. Pero cuando se calló, se ocultó, no se negó; pero tampoco se afirmó. Y por lo tanto, donde tal vez no se calló, debe ser demostrado con documentos más claros. Por lo cual, ni aquellos que defienden la descendencia de las almas, se ayudan en algo porque Dios no sopló en el rostro de la mujer; ni aquellos que la niegan, deben persuadirse de lo que no saben porque Adán no dijo, Alma de mi alma. Pues así como la misma cuestión no resuelta, sino permaneciendo, pudo callar la Escritura, que la mujer recibió el alma soplada por Dios como su hombre: así la misma cuestión no resuelta, sino permaneciendo, pudo callar la Escritura, para que Adán no dijera, Alma de mi alma. Y por lo tanto, si el alma de la primera mujer es del hombre, por la parte se significó el todo, donde se lee, "Esto ahora es hueso de mis huesos, y carne de mi carne"; cuando toda del hombre, no solo la carne, fue tomada. Pero si no es del hombre, sino que Dios la sopló como al hombre; por el todo se significó la parte, donde se lee, "De su hombre fue tomada": cuando no toda su carne fue tomada.

31. Por lo tanto, con estos testimonios, que en lo que respecta a este asunto, ciertamente ambiguos, no se resuelve esta cuestión; sin embargo, sé que los hombres argumentan así, que por esto piensan que el alma de la mujer no es del alma del hombre, porque no se dijo, Alma de mi alma; sino, "carne de mi carne": como argumentan los Apolinaristas, o quienesquiera que sean otros, contra el alma del Señor; que por eso la niegan, porque leen escrito, "El Verbo se hizo carne" (Juan I, 14). Pues si también el alma, dicen, estuviera allí, debió decirse, El Verbo se hizo hombre. Pero a estos se les dice, que el nombre de carne suele la Escritura llamar a todo el hombre, como allí, "Y verá toda carne la salvación de Dios" (Isaías XL, 5;

Lucas III, 6); pues no puede la carne sin alma ver algo: porque en muchos otros lugares de las santas Escrituras, no solo la carne, sino también el alma humana, es decir, racional, se muestra sin ambigüedad que está en Cristo. Por lo cual, también estos, de quienes se defiende la descendencia de las almas, podrían tomar que por la parte se dijo el todo, "Hueso de mis huesos, y carne de mi carne"; para que allí se entendiera también el alma, como tomamos que el Verbo hecho carne no sin alma: si como otros testimonios enseñan que Cristo tiene alma humana, así también estos con algunos testimonios no ambiguos demostraran la descendencia de las almas. Por lo tanto, de igual manera amonestamos también a estos, que destruyen la descendencia de las almas, para que afirmen con documentos ciertos que las nuevas almas son sopladadas por Dios; y entonces defiendan que lo que se dijo, "Hueso de mis huesos, y carne de mi carne", no se dijo de manera figurada por la parte el todo, para que se entienda también el alma, sino propiamente de solo la carne.

CAPÍTULO XIX.

32. Siendo así las cosas, veo que este libro ya debe ser cerrado. Pues contiene todo lo que me parecía más necesario; con lo cual aquellos que lo lean, sepan que deben cuidarse de no consentir a este hombre, cuyos dos libros me enviaste, en esto, para que crean que las almas son del soplo de Dios de tal manera que no son de la nada. Pues quien cree esto, aunque lo niegue con palabras, en realidad clama que las almas tienen la sustancia de Dios, y son de su género, no por don, sino por naturaleza. Pues de quien uno toma el origen de su naturaleza, de aquel no puede negarse sobria y de ninguna manera que toma el género de su naturaleza. Este, sin embargo, es tan contrario a sí mismo, que dice que las almas son del género de Dios, no por naturaleza, sino por don; y sin embargo dice que no fueron hechas de la nada, sino que toman el origen de Él: y así no duda en devolverlas a la naturaleza de Dios, lo que antes había negado.

33. La insuflación de nuevas almas sin descendencia, no prohibimos que se defienda, pero por aquellos que puedan encontrar algo, ya sea en los Libros canónicos, que no sea ambiguo para resolver esta cuestión tan complicada; o en sus razonamientos, que no sea contrario a la verdad católica: no por tales como este apareció, que no encontrando qué decir, y no queriendo suspender su deliberación, no midiendo en absoluto sus fuerzas, para no callar, se atrevió a decir, "que el alma mereció ser contaminada por la carne, y mereció ser alma pecadora"; de la cual ningún mérito, ya sea bueno o malo, antes de la carne pudo encontrarse. Y "que a los niños que salen del cuerpo sin bautismo se les puede resolver el pecado original, y que se debe ofrecer por ellos el sacrificio del cuerpo de Cristo", quienes no están incorporados a Cristo por sus Sacramentos en su Iglesia: "y que aquellos que emigran de esta vida sin el lavacro de la regeneración, no solo van al descanso, sino que también pueden llegar al reino de los cielos". Y muchas otras cosas absurdas, que no todas recoger, y en este libro ordenar, me pareció largo. Por lo tanto, que la descendencia de las almas, si es falsa, no sea refutada por tales; y que la insuflación de nuevas almas, si es verdadera, no sea defendida por tales.

34. Por lo cual, cualquiera que quiera defender que se dice que las nuevas almas son insufladas a los nacidos, no traídas de los padres, eviten de cualquier manera algo de aquellas cuatro cosas que mencioné antes: esto es, que no digan, que Dios hace almas pecadoras por el pecado original ajeno: que no digan, que los niños que salieron sin Bautismo, pueden llegar a la vida eterna y al reino de los cielos, resuelto el pecado original por cualquier otro medio: que no digan, que las almas pecaron en algún lugar antes de la carne, y por este mérito fueron arrojadas a la carne pecadora: que no digan, que los pecados, que no se encontraron en ellas, porque fueron previstos, fueron castigados con mérito, cuando a esa vida, donde los

cometerían, no se les permitió llegar. Nada, por lo tanto, de estas cuatro cosas diciendo, puesto que cualquiera de ellas es falsa e impía; encuentren también testimonios certísimos de las Escrituras sobre este asunto, y defiendan esta su sentencia, no solo sin que yo lo prohíba, sino también favoreciendo y dando gracias. Pero si no encuentran autoridad certísima de las Escrituras divinas sobre este asunto, y se ven obligados a decir algo de aquellas cuatro cosas por falta; conténganse, para que por la misma falta no se vean obligados a decir que las almas de los niños no tienen pecado original, según la herejía pelagiana, ya condenada hace tiempo, y recientemente condenada. Pues es mejor para el hombre confesar que no sabe lo que no sabe, que incurrir en una herejía ya condenada, o fundar una nueva, mientras se atreve temerariamente a defender lo que no sabe. Otros errores de este hombre, falsos y absurdos, en los que no tan peligrosamente, sin embargo, se desvía del camino de la verdad, puesto que son muchos, y también quiero escribir algo sobre sus libros, si el Señor quiere, allí tal vez mostraré todos, o si no puedo todos, la mayoría.

35. Este libro, que decidí escribir para ti, quien has cuidado fiel y amablemente de nuestra fe y mi reputación como verdadero católico y buen amigo, más que para cualquier otra persona, lo darás a leer o a copiar a quienes puedas, o a quienes juzgues que debe ser entregado. En él, consideraré que debía refrenar y refutar la presunción de este joven, pero aún así lo amo; no deseo que sea condenado, sino corregido: y que progrese en la gran casa que es la Iglesia católica, a donde la misericordia divina lo ha conducido, para que sea en ella un vaso de honor santificado, útil al Señor, siempre preparado para toda buena obra, tanto viviendo bien como enseñando sanamente. Por otra parte, si debo amarle a él, como lo hago, cuánto más a ti, hermano, cuya benevolencia hacia mí y cuya fe católica cauta y sobria conozco muy bien. Por eso, cuando esos libros que te desagradaron, y en los que encontraste mi nombre puesto de manera diferente a como deseabas, te ocupaste de copiarlos y enviármelos con una verdadera y sincera fraternidad. Por tanto, estoy tan lejos de enojarme con tu caridad por haberlo hecho, que más bien, si no lo hubieras hecho, debería con pleno derecho de amistad enojarme. Te doy, pues, abundantes gracias. Y para que veas cómo he recibido tu acción, he indicado más claramente que, tan pronto como leí esos libros, escribí este para ti sin ninguna dilación.

LIBRO SEGUNDO. A PEDRO PRESBITERO.

Agustín advierte a Pedro que no permita que se considere que ha aprobado los libros sobre el origen del alma escritos por Vicente Víctor al alabarlos, ni que se piense que lo que él escribió temerariamente, contrario a la fe cristiana, sea tenido como dogmas católicos. Señala varios errores de Víctor, algunos de ellos muy graves, y los refuta con pocas palabras. Finalmente, aconseja a Pedro que lleve a Víctor a corregirlos.

Al amado hermano y copresbítero en el Señor, PEDRO, AGUSTÍN obispo, salud en el Señor.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Me llegaron dos libros de Vicente Víctor, que escribió a tu Santidad, enviados por nuestro hermano Renato, un hombre laico, pero prudente y religiosamente solícito por su fe y por aquellos a quienes ama. Al leerlos, vi que el hombre fluía en el discurso no solo hasta la suficiencia, sino incluso hasta la redundancia; pero en los asuntos sobre los que quiso hablar, aún no estaba instruido como debería: lo cual, si le fuera concedido por el Señor, podría ser útil para muchos. Tiene, en efecto, no poca capacidad para explicar y adornar lo que siente, si primero se esfuerza en sentir correctamente. Porque son muy nocivos los errores elocuentes;

ya que a las personas menos instruidas, por ser elocuentes, les parecen verdaderos. Sin embargo, no sé cómo recibiste tú esos libros: pero si es verdad lo que escuché, se dice que al ser leídos, saltaste de alegría, y como anciano besaste la cabeza de aquel joven y, siendo presbítero, besaste a un laico, agradeciendo haber aprendido lo que ignorabas. No desapruuebo tu humildad, más bien la alabo porque honraste a tu maestro: no al hombre, sino a la verdad que se dignó hablarte a través de él; si, sin embargo, puedes demostrar qué verdad recibiste a través de él. Me gustaría que en tus respuestas me enseñaras lo que él te enseñó. Porque no me avergüenza aprender de un presbítero, si tú no te avergonzaste de un laico, con una humildad digna de alabanza e imitación, si aprendiste algo verdadero.

CAPÍTULO II.

2. Por tanto, hermano amadísimo, deseo saber qué aprendiste de él, para que si ya lo sabía, me alegre por ti; y si no lo sabía, lo aprenda a través de ti. ¿Acaso ignorabas que hay dos cosas, el alma y el espíritu, según lo que está escrito, "Has liberado mi alma de mi espíritu" (Job VII, según la LXX)? Y que ambos pertenecen a la naturaleza del hombre, de modo que el hombre completo es espíritu, alma y cuerpo: pero a veces estos dos se nombran juntos con el nombre de alma, como en "Y el hombre se convirtió en un alma viviente" (Gén. II, 7)? Allí también se entiende el espíritu. Y también a veces ambos se llaman con el nombre de espíritu, como en "E inclinando la cabeza entregó el espíritu" (Juan XIX, 30)? donde también se debe entender el alma. ¿Y que ambos son de una sola sustancia? Creo que ya sabías esto. Pero si no lo sabías, debes saber que no has aprendido algo que sea de gran peligro ignorar. Y si hay algo más sutil que discutir al respecto, es mejor tratarlo con él mismo, cuyo elocuencia ya conocemos: si cuando se dice alma, de modo que se entienda también el espíritu, ambos son alma, pero el espíritu es algo del alma; o, como le pareció a él, se llama al todo por una parte con este nombre: o si ambos son espíritu, pero la parte que propiamente se llama alma; o si también se llama al todo por una parte cuando se dice espíritu, de modo que se entienda también el alma: así le parece a él. Pero estas cosas, como dije, se discuten sutilmente, y se ignoran sin ningún o al menos sin gran peligro.

3. También, si te enseñó que hay sentidos del cuerpo y otros del alma, me sorprende; y tú, hombre de tal edad y honor, antes de escuchar a este, ¿pensabas que era lo mismo discernir lo blanco de lo negro, lo que ven con nosotros incluso los gorriones; y juzgar lo justo de lo injusto, lo que veía Tobías (Tob. IV) incluso con la luz de la carne perdida? Si es así, cuando escuchabas o leías, "Ilumina mis ojos, para que no duerma en la muerte" (Sal. XII, 4), ¿no pensabas más que en los ojos de la carne? O si esto es oscuro, ciertamente cuando recordabas aquello del Apóstol, "Iluminados los ojos de vuestro corazón" (Efes. I, 18); ¿creías que tenemos el corazón bajo la frente y sobre las mejillas? Lejos esté de mí pensar esto de ti. Por tanto, tampoco esto te enseñó él.

4. Pero si antes de la enseñanza de este, que ahora te alegra haber encontrado, pensabas que la naturaleza del alma era una porción de Dios; ciertamente no sabías que esto es falso con un peligro horrendo. Y si aprendiste de él que el alma no es una porción de Dios; da gracias a Dios cuanto puedas, que no saliste del cuerpo antes de aprender esto. Porque habrías salido como un gran hereje y un blasfemo horrendo. Sin embargo, de ningún modo pensaría de ti que, siendo católico y no un presbítero despreciable, creías que la naturaleza del alma era una porción de Dios. Por lo cual confieso a tu Dilección, temo que tal vez este te haya enseñado lo que es contrario a la fe que sostenías.

CAPÍTULO III.

5. Pues así como no creo que alguna vez en la Iglesia Católica hayas creído que el alma es una porción de Dios, o de alguna manera que el alma y Dios son de la misma naturaleza: así temo que tal vez hayas consentido a este hombre, "que Dios no hizo el alma de la nada, sino que es de él mismo, como emanada de él." Porque este es el término que él usó entre otros, en los cuales en esta cuestión se desvió hacia un precipicio inmenso. Pero si esto te enseñó, no quiero que me enseñes: más bien quiero que desaprendas lo que aprendiste. Pues no basta con no creer ni decir que el alma es parte de Dios. Porque tampoco decimos que el Hijo o el Espíritu Santo son parte de Dios: y sin embargo decimos que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son de una misma naturaleza. Por tanto, no basta con no decir que el alma es parte de Dios: sino que también es necesario decir que no es de la misma naturaleza que Dios. Por lo cual él dice correctamente, "que las almas son del género de Dios, por don, no por naturaleza," y por tanto no de todos, sino de los fieles: pero de nuevo se desliza hacia lo que había declinado, y dice que Dios y el alma son de la misma naturaleza; no con estas palabras, sino con una sentencia abierta y manifiesta. Pues cuando dice que el alma es de Dios de tal manera que no la hizo de otra naturaleza, ni de la nada, sino de sí mismo; ¿qué intenta persuadir, sino lo que con otras palabras niega, que el alma es de la misma naturaleza que Dios? Porque toda naturaleza o es Dios, que no tiene autor; o es de Dios, porque tiene a él como autor. Pero la que tiene a Dios como autor, de quien es, no ha sido hecha, alguna no ha sido hecha, alguna ha sido hecha. Pero la que no ha sido hecha, y sin embargo es de él, o ha sido engendrada por él, o procede de él: la que ha sido engendrada, es el Hijo único; la que procede, es el Espíritu Santo: y esta Trinidad es de una misma naturaleza. Pues estas tres son una, y cada una de ellas es Dios, y todas juntas son un solo Dios inmutable, eterno, sin principio ni fin de tiempo. Pero aquella naturaleza que ha sido hecha, se llama criatura: el Creador es Dios, es decir, aquella Trinidad. Por tanto, la criatura se dice ser de Dios, no porque haya sido hecha de su naturaleza. Se dice ser de él porque tiene a él como autor para ser: no porque haya sido engendrada de él, o proceda de él; sino porque ha sido creada, constituida, hecha por él, en parte de ninguna otra, es decir, totalmente de la nada, como el cielo y la tierra, o más bien toda la materia creada junto con el mundo; en parte de otra naturaleza ya creada y existente, como el hombre del polvo, la mujer del hombre, el hombre de los padres: toda criatura es de Dios, pero creada de la nada o de algo, no engendrada o producida de sí mismo.

6. Si hablo de esto con un católico, más bien recordando que enseñando. Pues no creo que sean nuevas para ti, o escuchadas antes pero no creídas: sino que, como creo, lees mi carta, reconociendo aquí también tu fe, que en la Iglesia católica, por don del Señor, es común a nosotros. Si, por tanto, hablo de esto con un católico; ¿de dónde, te pregunto, crees que es el alma, no digo de cada uno de nosotros, sino la primera dada al primer hombre? Si de la nada, y sin embargo hecha e insuflada por Dios: crees lo que yo. Pero si de alguna otra criatura, que como materia estaba sujeta al artífice Dios para hacer el alma; como el polvo para hacer a Adán, o su costilla para Eva, o como las aguas para los peces y las aves, o como la tierra para los animales terrestres: no es católico, no es verdadero. Pero si ni de la nada, ni de alguna otra criatura, sino de sí mismo Dios, es decir, de su naturaleza, crees que hizo o hace las almas, lo cual no sea, piensas: esto ciertamente lo aprendiste de él; pero no te felicito, ni te adulo; te has desviado lejos con él de la fe católica. Pues sería más tolerable; lo cual es falso; sin embargo, como dije, más tolerable, creer que el alma fue hecha de alguna otra criatura que Dios ya había hecho, que creer que fue hecha de la naturaleza de Dios, para que lo que es mutable, lo que peca, lo que se vuelve impío, lo que si persiste impío al final, será condenado sin fin, no se refiera a la naturaleza de Dios con horrenda blasfemia. Rechaza, hermano, rechaza, te lo ruego, este error, no de fe, sino de execrable impiedad, para que no siendo un hombre grave seducido por un joven, y siendo presbítero de un laico, cuando crees que esto

es la fe católica, seas, lo que el Señor te aparte, excluido del número de los fieles. Pues no se debe tratar contigo como con él; ni tu error tan horrendo merece la misma indulgencia que el del joven, aunque haya pasado de él a ti. Él ha llegado recientemente al redil católico para ser sanado, tú estás contado entre los pastores católicos. No queremos que se cure de tal manera lo que ha venido del error al rebaño del Señor, que antes de que la oveja ulcerosa sea sanada, contamine al pastor con su contagio pestilente.

7. Pero si dices, Esto no me lo enseñó él, ni de ningún modo consentí en su error, por más elocuente y adornado que sea su discurso: doy inmensas gracias a Dios. Pero pregunto, ¿por qué le besaste la cabeza, como se dice, agradeciéndole haber aprendido lo que ignorabas hasta escuchar su discurso: o si es falso que hiciste y dijiste esto, te pido que te dignes informarnos, para que el rumor vano sea refutado por tus cartas. Pero si es verdad, que con esa humildad le agradeciste al hombre; me alegro si no te enseñó aquello que mostré arriba que debe ser detestado y evitado;

CAPÍTULO IV.

Y no repruebo que fueras agradecido con tanta humildad a tu maestro, si aprendiste algo más verdadero y útil de su discurso: pero pregunto qué es eso; ¿acaso que el alma no es espíritu, sino cuerpo? No creo que sea una gran pérdida para la doctrina cristiana ignorar esto: y si se discute sutilmente sobre los tipos de cuerpos, se aprende con más dificultad que utilidad. Pero si el Señor quiere que escriba a ese mismo joven, como deseo, tal vez tu Dilección sabrá allí, incluso esto que no te enseñó: si, sin embargo, te alegras de haber aprendido eso de él. Pero no sea que haya algo más, que se sabe que es útil y necesario para la fe, te pido que no te niegues a responder.

8. Pues aquello que él cree muy correctamente y de manera muy saludable, que las almas son juzgadas cuando salen de los cuerpos, antes de que vengan a aquel juicio, donde deben ser juzgadas ya con los cuerpos devueltos, y en la misma carne en la que vivieron aquí, ser atormentadas o glorificadas; ¿acaso no sabías esto? ¿Quién ha endurecido tanto su mente contra el Evangelio, que en aquel pobre que después de la muerte fue llevado al seno de Abraham, y en aquel rico cuyo tormento se expone en el infierno, no escucha estas cosas, o habiéndolas escuchado no las cree? Pero, ¿acaso te enseñó cómo el alma sin cuerpo pudo desear una gota de agua del dedo del pobre (Luc. XVI, 22-24); cuando él mismo confesó que los alimentos corporales no son buscados por el alma sino para sostener las ruinas del cuerpo corruptible? Estas son sus palabras: "¿Acaso porque el alma," dice, "busca alimento o bebida, creemos que el alimento pasa a ella?" Y poco después: "De donde se entiende," dice, "y se prueba, que los sustentos de los alimentos no pertenecen al alma, sino al cuerpo; al cual también, además del alimento, se procura de manera similar el vestido, para que le parezca necesario el sustento de la alimentación, al cual también le corresponde tener vestimenta." Esta su sentencia suficientemente expuesta, ilustrada también con alguna similitud, añadió, y dijo: "¿Qué pensamos que un inquilino provee a su morada? ¿Acaso si siente que tiembla el techo, o se inclina la pared, o se tambalea el cimiento, no busca maderas, acumula estructuras, con las cuales pueda diligente y cuidadosamente sostener la ruina inminente, para que no parezca que el peligro de la morada pende sobre el inquilino? Así, pues, reconoce," dice, "que el alma desea alimento para su carne, de la cual sin duda concibe el deseo." Este joven explicó sus pensamientos con palabras muy claras y suficientes, afirmando que no es el alma la que requiere alimentos, sino el cuerpo; con el cuidado de ella, pero como habitante en la casa, y proveyendo con previsión la restauración de la carne moribunda. Por tanto, que te explique también, qué deseaba sostener el alma de aquel rico en el infierno, que ya no tenía un cuerpo mortal, y sin embargo tenía sed, y requería una gota de agua del dedo del pobre.

Aquí tiene donde ejercitarse este doctor de ancianos: que busque, y encuentre, si puede, para qué cosa el alma en el infierno mendigaba alimento húmedo, aunque tan exiguo, cuando ya carecía de una morada ruinosas.

CAPÍTULO V.

9. Me alegra que creas que Dios es incorpóreo, al menos en esto te has apartado de los desvaríos de Tertuliano. Él sostenía que tanto el alma como Dios eran corpóreos. Al disentir de él en este punto, intentas persuadirnos de algo aún más asombroso: que Dios, siendo incorpóreo, no crea de la nada, sino que exhala de sí mismo un aliento corpóreo. ¡Qué doctrina tan sorprendente, que merece la atención de todas las edades, que hombres ancianos y presbíteros deberían tener como discípulos! Que lea, que lea en la asamblea lo que ha escrito, e invite a conocidos y desconocidos, doctos e indoctos a escuchar. Ancianos, reúnanse con los jóvenes, aprendan lo que no sabían, escuchen lo que nunca habían oído. He aquí que, según este maestro, Dios no crea de otra cosa que de sí mismo, y siendo incorpóreo, insufla un cuerpo. Así, cambia su propia naturaleza en cuerpo antes de que se transforme en el cuerpo del pecado. ¿O dice que no cambia nada de su naturaleza cuando crea el aliento? Entonces no lo hace de sí mismo, porque él y su naturaleza no son diferentes. ¿Quién podría pensar esto sin perder la razón? Si dice que Dios hace el aliento de su naturaleza sin perder su integridad, no es esa la cuestión; sino si lo que no es de otro lugar, ni de la nada, sino de él, no es lo mismo que él, es decir, de la misma naturaleza y esencia. Porque también al engendrar al Hijo, permanece íntegro; pero como lo engendró de sí mismo, no engendró algo diferente de lo que él es. Excepto que asumió la humanidad y el Verbo se hizo carne, el Hijo de Dios es otro, pero no es diferente: es decir, es otra persona, pero no de naturaleza diversa. ¿Y de dónde viene esto, sino porque no fue creado de otro, ni de la nada, sino que nació de él; no para ser mejor de lo que era, sino para ser completamente, y lo que es aquel de quien nació, es, es decir, de una misma naturaleza, igual, coeterno, en todo modo similar, igualmente inmutable, igualmente invisible, igualmente incorpóreo, igualmente Dios; en todo lo que es el Padre, excepto que él es el Hijo, no el Padre? Pero si Dios permanece íntegro, y sin embargo crea algo diferente de sí mismo en detrimento, y de un Dios incorpóreo emana un cuerpo; que un alma católica no acepte esto: no es un flujo de la fuente divina, sino una invención del corazón humano.

CAPÍTULO VI.

10. Ahora bien, cuán torpemente se esfuerza por liberar al alma, que cree corpórea, de las pasiones del cuerpo, discutiendo sobre la infancia del alma, sobre los sentidos paráliticos y oprimidos del alma, sobre los miembros amputados del cuerpo sin seccionar el alma, debo tratarlo no contigo, sino más bien con él: pues él debe esforzarse por dar razón de sus palabras; no sea que parezca que queremos fatigar la gravedad del anciano con la obra del joven. Pero el hecho de que las similitudes de carácter que se encuentran en los hijos no provienen de la semilla del alma: es consecuente que lo sientan así quienes destruyen la propagación del alma; pero ni siquiera aquellos que la afirman, colocan allí el peso de su afirmación. Ven que también los hijos son diferentes en carácter de sus padres: creen que esto sucede porque una misma persona a menudo tiene diferentes caracteres, no porque haya recibido otra alma, sino porque su vida ha cambiado para mejor o para peor. Así dicen, no es imposible que el alma no tenga los mismos caracteres que aquel de quien fue propagada; ya que una misma puede tener ahora unos caracteres, luego otros. Por lo tanto, si crees haber aprendido de él que el alma no es de la traducción: ojalá lo hubieras aprendido verdaderamente; con gusto me ofrecería a enseñarte. Pero una cosa es aprender, otra es

parecerse a uno mismo haber aprendido. Si, por tanto, crees haber aprendido lo que aún no sabes; claramente no has aprendido, sino que has creído temerariamente lo que escuchaste con agrado, y te ha engañado la falsedad a través de la dulzura del discurso. No digo esto porque esté ya seguro de que es falso que las almas sean insufladas nuevas, en lugar de ser traídas del origen de los padres; pues creo que esto debe ser investigado por aquellos que pueden enseñarlo: sino porque él ha discutido sobre este asunto de tal manera que no solo no resolvió la cuestión que aún debe ser discutida; sino que también dijo cosas que no dejan lugar a duda de su falsedad. Pues al querer probar lo dudoso, se atrevió a decir lo que sin duda debe ser rechazado.

CAPÍTULO VII.

11. ¿O acaso dudarás en rechazar lo que, al hablar del alma, dijo: «No quieres,» dice, «que el alma contraiga la enfermedad del pecado de la carne, a la que ves que pasa la santificación a través de la carne, para que recupere su estado por la misma por la que había perdido su mérito? ¿O acaso porque el cuerpo es lavado en el Bautismo, no pasa al alma o al espíritu lo que se cree conferido por el Bautismo? Con razón, pues, a través de la carne, recupera la antigua disposición, que parecía haber perdido por un momento a través de la carne, para que comience a renacer por ella, por la que había merecido ser contaminada» (Infra, lib. 3, n. 9)? Observa en estas palabras cuánto ha errado tu maestro. Dijo que «el alma recupera su estado a través de la carne, por la que había perdido su mérito.» Por lo tanto, el alma tenía algún estado y algún mérito bueno antes de la carne, que quiere que recupere a través de la carne, cuando la carne es lavada en el baño de regeneración. Vivió, por tanto, en algún lugar antes de la carne en un estado y mérito bueno; estado y mérito que perdió al venir a la carne. Dijo que «recupera a través de la carne la antigua disposición, que parecía haber perdido por un momento a través de la carne.» Por lo tanto, tenía antes de la carne una disposición antigua; esto es lo que significa «antigua:» ¿y qué otra cosa podría ser esta disposición sino una disposición bienaventurada y laudable? Que afirma que se recupera por el sacramento del Bautismo; aunque no quiere que traiga su origen de aquella por propagación, que se sabe que alguna vez fue feliz en el paraíso. ¿Cómo, pues, en otro lugar dice que «afirma constantemente que el alma no es de la traducción, ni de la nada, ni por sí misma, ni antes del cuerpo?» He aquí que en este lugar quiere que las almas vivan en algún lugar antes del cuerpo tan bienaventuradamente, que la misma bienaventuranza les sea devuelta por el Bautismo. Y como si se olvidara de sí mismo, añade y dice: «Para que por ella,» es decir, por la carne, «comience a renacer, por la que había merecido ser contaminada.» Antes había significado que el buen mérito se había perdido por la carne: ahora, sin embargo, significa un mal mérito, por el cual sucedió que vino o fue enviada a la carne, diciendo, «por la que había merecido ser contaminada.» Pues si merece ser contaminada, ciertamente no es un buen mérito. Que diga qué pecó antes de ser contaminada por la carne, para que mereciera ser contaminada por la carne. Que diga, si puede, lo que de ninguna manera puede; porque no puede encontrar aquí algo verdadero que decir.

CAPÍTULO VIII.

12. Un poco después dice: «El alma, por tanto, si mereció ser pecadora, que no pudo ser pecadora, sin embargo, no permaneció en el pecado, porque prefigurada en Cristo, no debía estar en pecado, como no podía estar» (Supra, lib. 1, n. 8, et infra, lib. 3, n. 11). Te ruego, hermano, ¿crees que al menos leíste y consideraste estas cosas después, y pensaste en lo que aplaudiste en el recitador, o por qué diste gracias después de la recitación? ¿Qué es, te lo suplico, «El alma, por tanto, si mereció ser pecadora, que no pudo ser pecadora?» ¿Qué significa «mereció,» y «no pudo;» cuando no podría haber merecido esto, si no hubiera sido

pecadora; y no habría sido, si no hubiera podido ser; para que antes de todo mal mérito, pecando, se hiciera un mérito de donde, abandonada por el Señor, llegara a otros pecados? ¿O dijo, «que no pudo ser pecadora,» porque si no viniera a la carne, no podría ser pecadora? ¿Qué, entonces, mereció, para ser enviada allí donde podría ser pecadora, donde si no hubiera venido, en otro lugar no podría ser pecadora? Que diga, ¿qué mereció? Pues si mereció ser pecadora; ya había pecado algo, de donde mereciera ser pecadora de nuevo. Pero estas cosas quizás parezcan oscuras, o se jacten de ser oscuras, cuando son clarísimas. Pues no debió decir, «que el alma mereció ser pecadora por la carne,» de la cual no podrá encontrar ni buen ni mal mérito antes de la carne.

CAPÍTULO IX.

13. Pero vayamos a cosas más claras. Pues cuando se vio constreñido por grandes angustias, sobre cómo las almas están atadas por el vínculo del pecado original, si no traen su origen de aquella que pecó primero, sino que el Creador las insufla puras de todo contagio y propagación del pecado a la carne pecadora; para que no se le diga que al insuflarlas así Dios las hace culpables: primero intentó proteger esta opinión con la presciencia de Dios, «que les preparó la redención.» En cuyo Sacramento de redención los niños son bautizados, para que se lave el pecado original que trajeron de la carne; como si Dios enmendara sus obras, porque las hizo contaminarse siendo inocentes. Pero después de que se llegó a hablar de aquellos a quienes no se les concede tal auxilio, y mueren antes de ser bautizados: «En este,» dice, «lugar no me comprometo como autor, sino que conjeturo algo por ejemplo. Decimos que debe tenerse en cuenta la razón de estos niños, que predestinados al Bautismo, son prevenidos por la muerte antes de renacer en Cristo. Pues leemos,» dice, «escrito sobre tales: Fue arrebatado para que la maldad no cambiara su entendimiento, o para que la ficción no engañara su alma. Por esto se apresuró a sacarlo del medio de la iniquidad: pues su alma era agradable a Dios; y, Consumado en breve, llenó largos tiempos» (Sab. IV, 11, 14, 13). ¿Quién se negaría a tener a este como maestro? ¿Acaso los niños, que a menudo los hombres desean bautizar, y mientras se corre, mueren antes, si se retrasaran un poco en esta vida, para que bautizados murieran inmediatamente, la maldad cambiaría su entendimiento, y la ficción engañaría su alma, y para que esto no les sucediera, se les ayudó para que fueran arrebatados antes de ser bautizados? ¿Entonces en el mismo Bautismo serían cambiados para peor, y serían engañados por la ficción, si fueran arrebatados después del Bautismo? ¡Oh doctrina admirable y digna de ser seguida! Pero esto lo presumió de vuestra prudencia, que estuvisteis presentes cuando recitó, y especialmente de ti a quien escribió, y a quien entregó los libros recitados, para que confiara en que creeríais que está escrito sobre los niños no bautizados lo que está escrito sobre las edades inmaduras de todos los santos, con quienes los necios creen que se ha actuado mal si han sido arrebatados rápidamente de esta vida, y no han podido llegar a los años que los hombres desean para sí como un gran don divino. ¿Cómo es, además, decir, «niños predestinados al Bautismo, prevenidos por la muerte antes de renacer en Cristo;» como si alguna fuerza de la fortuna, o del destino, o de cualquier cosa, no permitiera a Dios cumplir lo que predestinó? ¿Y cómo es que él mismo los arrebató, porque le agradaron? ¿O acaso él mismo los predestina a ser bautizados, y él mismo no permite que se haga lo que predestinó?

CAPÍTULO X.

14. Pero observa lo que aún se atreve, a quien le desagrade nuestra cautela más prudente que sabía en la profundidad de esta cuestión. «Me atrevería a decir,» dice, «que estos pueden alcanzar el perdón de los pecados originales, pero no ser introducidos en el reino celestial: así como al ladrón confesado, pero no bautizado, el Señor no le otorgó el reino de los cielos, sino

el paraíso (Luc. XXIII, 43); ya que ciertamente permanece, Quien no renaciera del agua y del Espíritu Santo, no entrará en el reino de los cielos (Juan III, 5). Especialmente porque el Señor profesa que hay muchas mansiones en la casa de su Padre, en las que se designan muchos y diversos méritos de los moradores: para que aquí el no bautizado sea llevado al perdón, el bautizado a la palma, que está preparada por la gracia.» Ves al hombre, separando el paraíso y las mansiones que están en la casa del Padre del reino de los cielos, para que incluso los no bautizados abunden en lugares de felicidad eterna. Y no ve, al decir esto, que no quiere separar la mansión de un niño bautizado del reino de los cielos, de modo que no teme separar de allí la misma casa de Dios Padre, o algunas de sus partes. Pues el Señor Jesús no dijo, En toda la creación, o en cualquier parte del universo; sino, En la casa de mi Padre, dijo, hay muchas mansiones (Id. XIV, 2). ¿Cómo, pues, estará en la casa de Dios Padre el no bautizado, cuando no puede tener a Dios como padre si no renace? No sea ingrato con Dios, quien se dignó liberarlo de la división de los donatistas o rogatistas, para que busque dividir la misma casa de Dios Padre, y colocar alguna parte de ella fuera del reino de los cielos, donde los no bautizados puedan habitar. ¿Y cómo presume él mismo que entrará en el reino de los cielos, del cual reino excluye la casa del mismo rey en la parte que quiera? Pero del ladrón que junto al Señor crucificado esperó en el Señor también crucificado, y del hermano de santa Perpetua, Dinócrates, argumenta que también a los no bautizados se les puede dar el perdón de los pecados y alguna sede de los bienaventurados: como si alguien a quien no sería lícito no creer, le hubiera indicado que no fueron bautizados. Sin embargo, sobre estos en el libro que escribí a nuestro hermano Renato, expuse más plenamente lo que me parecía (Supra, lib. 1, nn. 11, 12): lo que tu Dilección podrá conocer, si no desprecias leer; pues él no podrá negar a quien lo pida.

CAPÍTULO XI.

15. Sin embargo, este hombre se agita, y es sofocado por horribles angustias. Pues quizás más atentamente que tú observa qué mal dice, a saber, que el pecado original se perdona en los niños fuera del Bautismo de Cristo. Por lo tanto, para refugiarse de alguna manera en los Sacramentos de la Iglesia, aunque tarde en esta causa, dice: «Por estos ciertamente,» dice, «considero que deben ofrecerse ofrendas continuas, y sacrificios de los sacerdotes santos deben ofrecerse continuamente.» Ten a este, si te place, también como censor, si era poco tenerlo como maestro, para que ofrezcas el sacrificio del cuerpo de Cristo incluso por aquellos que no están incorporados a Cristo. Pues al atreverse a insertar en sus libros algo tan nuevo, y ajeno a la disciplina eclesiástica y a la regla de la verdad, no dice, Pienso; no dice, Estimo; no dice, Considero; no dice al menos, Sugiero, o, Digo; sino, «considero:» para que si nos ofendiera la novedad o perversidad de la sentencia, nos atemorizara la autoridad de la censura. Considera tú, hermano, cómo puedes soportar a este enseñando: sin embargo, los sacerdotes católicos que tienen sano juicio, a quienes también debes unirte, no consientan en escuchar a este censurando, sino que más bien deseen que se arrepienta y se duela, y que lo que ha sentido, o más bien también escrito, lo corrija con una penitencia muy saludable. «Pero esto,» dice, «lo demuestro con el ejemplo de los macabeos que cayeron en la batalla, quienes al tomar furtivamente de lo prohibido, y caer en la misma lucha, encontramos que los sacerdotes,» dice, «tomaron este consejo, para que la ofrenda de sacrificios reparara a aquellos cuyas almas el delito había atado por lo prohibido» (II Mac. XII, 39-46). Así lo dice, como si hubiera leído que aquellos sacrificios fueron ofrecidos por los incircuncisos, como él ha censurado que estos nuestros sean ofrecidos por los no bautizados. Pues la circuncisión fue el sacramento de aquel tiempo, que prefiguraba el Bautismo de nuestro tiempo.

CAPÍTULO XII.

16. Sin embargo, este hombre, en comparación consigo mismo, tal como apareció después, aún yerra de manera más tolerable. Pues como si se hubiera arrepentido (no de lo que debía arrepentirse, es decir, de haber osado afirmar que a los no bautizados se les perdona el pecado original, y se les concede el perdón de todos los pecados, para que sean enviados al paraíso, es decir, a un lugar de tanta felicidad, y merezcan tener mansiones bienaventuradas en la casa del Padre); sino que más bien se arrepintió de haberles concedido sedes de menor felicidad fuera del reino de los cielos; añadió, y dijo: «O si acaso alguien se opone, que al ladrón o a Dinócrates se les concedió temporalmente el paraíso; pues aún les queda en la resurrección la recompensa del reino de los cielos: aunque la sentencia principal se opone, Porque quien no renaciera del agua y del Espíritu Santo, no entrará en el reino de los cielos: sin embargo, mantenga también mi consentimiento en esta parte, no envidioso, siempre que amplíe el efecto y el afecto de la misericordia y la presciencia divina.» Estas palabras las leí en su segundo libro. ¿Acaso en esta causa alguien podría tener mayor audacia, temeridad, presunción de error? Él mismo recuerda la sentencia de Cristo, él mismo la menciona, él mismo la inserta en sus escritos, él mismo dice, «aunque la sentencia principal se opone, Porque quien no renaciera del agua y del Espíritu Santo, no entrará en el reino de los cielos;» y sin embargo se atreve a levantar el cuello de su censura contra la sentencia principal! «Mantenga,» dice, «también mi consentimiento no envidioso:» quien dice que las almas de los no bautizados merecen temporalmente el paraíso; pues por estos, el ladrón y Dinócrates, los menciona como prescribiendo, o más bien prejuzgando: pero en la resurrección serán transferidos a mejores cosas y recibirán la recompensa del reino de los cielos: «aunque la sentencia principal se opone,» dice. Ahora, pues, considera tú mismo, te lo ruego, hermano, quienquiera que preste su consentimiento a alguien contra la autoridad de la sentencia principal, ¿qué sentencia del príncipe merecerá?

17. La autoridad de los concilios católicos y de la Sede Apostólica condenó con toda justicia a los nuevos herejes pelagianos, porque se atrevieron a otorgar a los niños no bautizados un lugar de descanso y salvación, incluso fuera del reino de los cielos. No se habrían atrevido a hacerlo si no negaran que estos niños tienen el pecado original, que necesita ser absuelto por el sacramento del Bautismo. Sin embargo, este autor, como católico, afirma que los niños están sujetos al pecado original, y aun así los libera de tal vínculo sin el lavado de la regeneración, y después de la muerte los envía misericordiosamente al paraíso; y después de la resurrección, incluso más misericordiosamente, los introduce en el reino de los cielos. Tal como Saúl se consideró misericordioso cuando perdonó al rey que Dios había ordenado matar, pero con razón fue reprobada y condenada su misericordia desobediente o su desobediencia misericordiosa (I Reg. XV), para que el hombre tenga cuidado de no merecer misericordia de aquel que lo creó, en contra de su sentencia. La Verdad proclama a través de su propio cuerpo: "Si alguien no nace de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios" (Juan III, 5). Y para exceptuar de esta sentencia a los mártires, a quienes les ocurrió ser asesinados por el nombre de Cristo antes de ser lavados por el Bautismo de Cristo, dice en otro lugar: "Quien pierda su vida por mí, la encontrará" (Mateo X, 39). Y para que a nadie que no haya renacido por el lavado de la fe cristiana se le prometa la abolición del pecado original, el Apóstol clama: "Por el delito de uno, vino la condenación a todos los hombres" (Rom. V, 18). Contra esta condenación, el Señor muestra que hay un solo auxilio de salvación: "El que crea y sea bautizado, será salvo; pero el que no crea, será condenado" (Marcos XVI, 16). El misterio de esta creencia se cumple en los niños a través de la respuesta de aquellos que los llevan; para que, si no se hace, todos vayan a la condenación por uno solo. Y sin embargo, contra voces tan manifiestas que la verdad canta, avanza una vanidad más insensata que misericordiosa, y dice: No solo los niños no van a la condenación, aunque

ningún lavado de la fe cristiana los absuelva del vínculo del pecado original; sino que también disfrutan de la felicidad del paraíso después de la muerte, y después de la resurrección poseerán la felicidad del reino de los cielos. ¿Se atrevería este a decir tales cosas contra la fe católica más fundamentada, si no se atreviera a asumir una cuestión sobre el origen del alma que excede sus fuerzas?

CAPÍTULO XIII.

18. Está constreñido por horribles angustias por aquellos que dicen: "¿Por qué Dios castigó al alma con una pena tan injusta, al querer relegarla a un cuerpo de pecado; cuando comienza a ser pecadora en la compañía de la carne, que no podía ser pecadora?" Ciertamente dicen: "El alma no pudo ser pecadora, a menos que Dios la hubiera mezclado con la compañía de la carne pecadora." Como este no pudo encontrar con qué justicia Dios hizo esto; especialmente debido a la condenación eterna de los niños que mueren sin ser bautizados, cuyo pecado original no fue expiado: ¿por qué entonces Dios, justo y bueno, ató con el vínculo del pecado original las almas de los niños, que previó que no recibirían el auxilio del Sacramento de la gracia cristiana, libres de toda culpa de la descendencia, enviándolas a un cuerpo que se deriva de Adán, y de esta manera las hizo culpables de condenación eterna, cuando no pudo encontrarlo; ni quiso decir que incluso ellas derivan su origen pecador de aquella única? Prefirió salir por un naufragio miserable, que frenar su curso temerario con una deliberación prudente, bajando las velas y deteniendo los remos de su argumentación. Nuestra demora senil le pareció vil al joven, como si para esta cuestión tan molesta y peligrosa fuera más necesario el ímpetu de la elocuencia que el consejo de la prudencia. Y él mismo también lo previó, pero en vano. Pues, como si fuera a proponer estas objeciones de sus adversarios, dice: "Desde aquí se levantan otros reproches de las quejas murmurantes de los que ladran, y sacudidos como por un torbellino, una y otra vez nos estrellamos entre enormes rocas." Después de estas palabras, se propuso la cuestión escabrosa mencionada anteriormente, donde naufragó de la fe católica, a menos que repare con penitencia lo que rompió. Yo, evitando aquel torbellino y aquellas rocas, no quise confiarles mi nave: y sobre este asunto escribí de tal manera que mostrara más bien la razón de mi demora que la temeridad de mi presunción (Lib. 3 de Libero Arbitrio, n. 59-62; lib. 2 de Peccatorum Meritis, n. 59; epist. 166, ad Hieronymum, et 190, ad Optatum). Cuando encontró mi pequeño trabajo contigo, se burló, y se comprometió a aquellas rocas con un ímpetu más audaz que prudente. Pero creo que ahora ves a dónde lo ha llevado esta confianza; sin embargo, doy más gracias a Dios si ya lo veías antes. Pues al no querer frenar su curso precipitado, debido a la excursión incierta, encontró un miserable encuentro, afirmando que Dios confiere a los niños que mueren sin regeneración cristiana, tanto ahora el paraíso, como después el reino de los cielos.

CAPÍTULO XIV.

19. Los testimonios de las Escrituras que presentó, con los cuales intentó probar que Dios no atrae las almas de aquella primera descendencia, sino que las insufla a cada una como a la primera, son tan inciertos y ambiguos en lo que respecta a esta cuestión, que fácilmente pueden ser interpretados de otra manera que la que él desea. Ya lo demostré suficientemente, creo, en el libro que escribí a nuestro amigo, cuya mención hice anteriormente (Supra, lib. 1, n. 17 sqq.). Los mismos testimonios que utilizó, donde se lee que Dios da, hace o forma las almas, no muestran de dónde las da, hace o forma; si de la descendencia de aquella primera, o insuflando como a la primera. Sin embargo, él ya piensa que la descendencia de las almas está negada por el hecho de que se lee que Dios da, hace o forma las almas (Isai. XLII, 5; LVII, 16, y Zac. XII, 1), cuando Dios, según el mismo testimonio de la Escritura, también da,

hace o forma los cuerpos, que sin embargo nadie duda que son dados, hechos o formados por él a partir de la descendencia de la semilla.

20. Asimismo, lo que está escrito, que Dios hizo de una sola sangre toda la raza humana (Hechos XVII, 26); o lo que dice Adán, "Esto es ahora hueso de mis huesos, y carne de mi carne" (Gén. II, 23): porque allí no se dijo, "De una sola alma"; ni aquí, "Alma de mi alma"; piensa que se niega que las almas de los hijos provengan de los padres, o de aquella mujer del hombre: como si, si no se dijera "de una sola sangre", sino "de una sola alma", se entendiera otra cosa que todo el hombre, y no se negara la propagación del cuerpo. Así también, si se dijera "Alma de mi alma"; ciertamente no se negaría la carne, que se sabía que había sido tomada de él. Pues la Escritura a menudo significa el todo por la parte, así como la parte por el todo. Porque ciertamente, si no se hubiera escrito "de una sola sangre", sino "de un solo hombre", en el lugar donde él utilizó el testimonio, no perjudicaría a aquellos que niegan la descendencia de las almas; aunque no solo el alma, ni solo la carne, sino ambos son el hombre. Responderían que la Escritura podría haber significado por el todo la parte, es decir, del hombre solo la carne del hombre. Así, aquellos que defienden la descendencia de las almas, sostienen que lo que se dijo "de una sola sangre", es decir, por la sangre el hombre, es decir, que se significó el todo por la parte. Pues parece que les ayuda lo que se dijo "de una sola sangre", y no se dijo "de un solo hombre": así también parece ayudar a estos lo que se dijo "Por un solo hombre el pecado entró en el mundo, y por el pecado la muerte; y así pasó a todos los hombres, en quien todos pecaron" (Rom. V, 12); y no se dijo "En quien toda carne pecó". Asimismo, como parece ayudarles lo que se dijo "Esto es ahora hueso de mis huesos, y carne de mi carne"; porque se mencionó una parte, no el todo: así también a estos, lo que sigue inmediatamente, "Esta será llamada mujer, porque fue tomada del hombre". Debió decirse, dicen, "Porque de su hombre fue tomada su carne"; si no se tomara toda la mujer, es decir, con el alma, sino solo la carne del hombre. Sin embargo, habiendo escuchado a ambos, quien juzga sin parcialidad, ve ciertamente que no deben presentarse aquellos testimonios contra quienes defienden la descendencia de las almas, donde se menciona una parte; porque la Escritura pudo significar allí el todo por la parte, como cuando leemos "El Verbo se hizo carne" (Juan I, 14), no entendemos solo carne, sino todo el hombre: ni deben presentarse estos contra quienes destruyen la descendencia de las almas, donde no se menciona una parte del hombre, sino el todo; porque la Escritura pudo significar allí la parte por el todo, como confesamos que Cristo fue sepultado, aunque solo su carne fue sepultada. Por lo tanto, decimos que la descendencia de las almas no debe ser afirmada ni destruida temerariamente: sino que advertimos que deben buscarse otros testimonios que no se encuentren ambiguos.

CAPÍTULO XV.

21. Por lo tanto, aún no sé qué te enseñó este, y por qué diste gracias. Pues la cuestión permanece como estaba, en la que se pregunta sobre el origen de las almas, si Dios las da, hace o forma a los hombres a partir de la descendencia de aquel único al que primero insufló; o de su propio aliento, como al primer hombre, lo cual la fe cristiana no duda. Esta cuestión, al intentar resolverla sin considerar sus fuerzas, destruyendo la descendencia de las almas y afirmando que son puras de toda contaminación de pecado, no de la nada, sino de sí mismo las insufla el Creador, y deshonró la naturaleza de Dios con el oprobio de la mutabilidad, lo cual no era necesario; y al querer dar razón de que Dios no sea considerado injusto, si ata con el vínculo del pecado original a las almas puras de todo pecado, incluso aquellas que no redime con la regeneración cristiana, dijo cosas que no quiero que te haya enseñado. Pues atribuyó a los niños no bautizados tanta salvación y felicidad, como ni siquiera la herejía pelagiana pudo. Y sin embargo, de los miles de niños que nacen de impíos y mueren entre impíos, a quienes los hombres no pueden ayudar con el Bautismo, aunque quieran, pero de

quienes nadie pudo ni podrá pensar en bautizar; ni nadie ofreció ni ofrecerá sacrificio por ellos, lo cual este consideró que debía ofrecerse incluso por nosotros los bautizados, no encontró qué decir. Si se le preguntara sobre ellos, qué merecieron sus almas para que Dios las insertara en carne pecadora, sin ser lavadas por el Bautismo ni expiadas por el sacrificio del cuerpo y sangre de Cristo, y condenadas eternamente; o quedará perplejo, y nuestra demora le agradará al menos tarde, o considerará que debe ofrecerse el cuerpo de Cristo por todos los niños que mueren sin el Bautismo cristiano en todo el mundo, incluso sin mencionar sus nombres, ya que no se conocen en la Iglesia de Cristo, no incorporados al cuerpo de Cristo.

CAPÍTULO XVI.

22. Que esté lejos de ti, hermano, que estas cosas te agraden, que esté lejos que te alegres de haberlas aprendido o te atrevas a enseñarlas: de lo contrario, él se encontrará mucho mejor que tú. Porque al inicio de su primer libro habló con modestia y humildad, diciendo: "Cuando deseo obedecerte, incurro en la nota de presunción." Y poco después: "Ya que," dice, "ni siquiera yo mismo creo que lo que he dicho pueda ser probado; y siempre me esfuerzo por no defender mi propia opinión, si se descubre que es improbable; y me importa más, condenando mi propio juicio, seguir lo que es mejor y más verdadero. Pues es de la mejor disposición y consejo digno de alabanza, ser fácilmente conducido a lo que es más verdadero; así como es de juicio obstinado e impropio, no querer ser rápidamente inclinado al camino de la razón." Si dijo esto sinceramente, y siente como habló, ciertamente lleva un ánimo de gran esperanza. También al final del segundo libro: "No pienses," dice, "que debe ser llevado a tu envidia, que establezco el juicio de mis dichos en tu poder. Y para que no sea que la mirada de algún lector curioso, entre las fibras de los elementos, se sienta inquieta y ofendida por las huellas que quedan, rompe con un severo pulgar la serie de la página: y sin mi conocimiento de esta censura, castiga, las tintas que marcaron palabras indignas; para que por esta ocasión no se rían de tu juicio hacia mí, que me concedes con vehemencia, y de mis ineptitudes que estaban ocultas."

CAPÍTULO XVII.

23. Así que, ya que él mismo ha protegido sus libros al principio y al final, y ha puesto sobre tus hombros la carga religiosa de su corrección y enmienda: que encuentre contigo lo que pidió, que lo corrijas como justo en misericordia, y lo reprendas; pero que el aceite del pecador con el que se unta su cabeza (Sal. CXL, 5), esté lejos de tus manos y ojos, es decir, la indecente adulación del adulador, y la engañosa suavidad del lisonjero. Si descuidas corregirlo cuando ves que debe ser corregido, actúas contra la caridad: pero si no te parece que debe ser corregido porque crees que ha sentido correctamente estas cosas; piensas contra la verdad. Y por eso él es mejor, que está más dispuesto a ser corregido, si no falta un corrector, que tú, si sabiendo desprecias con burla al errante, o ignorando sigues el error. Por lo tanto, considera sobriamente y vigilante todo en esos mismos libros escritos y entregados a ti, y tal vez encontrarás más cosas censurables que yo. Y cualquiera que sea lo que allí es aprobable y laudable, si hay algo que realmente ignorabas, y aprendiste al escuchar a este, profesa claramente qué es; para que todos sepan que diste gracias por eso, no por las muchas cosas que allí son censurables, quienes lo escucharon contigo al recitarlo, o leyeron después los mismos libros: para que en su elocuencia adornada, como en un precioso cáliz que te invita, aunque no bebas, no beban veneno, si no saben qué bebiste de allí, y qué no bebiste, y por tu alabanza consideran que todo allí debe beberse saludablemente. Aunque escuchar, leer, y retener en la memoria lo que se dijo, ¿qué es sino beber? Pero el Señor predijo sobre sus fieles, que "aunque beban algo mortífero, no les hará daño" (Marcos XVI, 18). Por lo tanto,

quienes leen con juicio, y aprueban lo que debe ser aprobado según la regla de la fe, y desapueban lo que debe ser desaprobado; aunque retengan en la memoria lo que se dice que debe ser desaprobado, no son heridos por ninguna perversidad venenosa de las sentencias. No me arrepentiré, con la misericordia del Señor, de haber advertido o recordado a tu Gravedad y Religión, ya sea por caridad mutua o previa, lo que consideré que debía serte propuesto. Daré abundantes gracias a Él, de cuya misericordia es saludable confiar, si esta carta encuentra o hace tu fe ajena e íntegra de estas perversidades y errores que pude mostrar de los libros de este hombre.

LIBRO TERCERO. A VINCENTIO VICTOREM.

A Vicente Víctor le muestra lo que es necesario que enmiende en sus libros sobre el origen del alma, si quiere ser católico: y lo que ya refutó en los libros anteriores a Renato y a Pedro, lo resume brevemente en este tercero escrito a Víctor mismo, y lo reduce a once cabezas de error.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Lo que pensé que debía escribirte, quiero que primero lo consideres, hijo amadísimo Víctor, si te despreciara, de ninguna manera lo habría hecho. Sin embargo, no abuses de nuestra humildad, para que no pienses que estás aprobado porque ves que no fuiste despreciado. No te amo para seguirte, sino para corregirte: y como no desespero de que puedas ser corregido, no quiero que te sorprenda que no pueda despreciar a quien amo. Pues si debía amarte antes de que te comunicaras con nosotros, para que fueras católico; cuánto más debo amarte ya comunicándote, para que no seas un nuevo hereje, y para que seas tal católico, que ningún hereje pueda resistirte. Porque según parece por los dones de ingenio que Dios ya te ha concedido, ciertamente serás sabio, si no crees que lo eres; y para serlo, lo pedirás piadosa, suplicante e insistentemente a aquel que hace sabios; y preferirás no ser engañado por el error, que ser honrado por las alabanzas de los errantes.

CAPÍTULO II.

2. Al principio, el título de tus libros me preocupó por ti. Cuando pregunté quién era Vincentius Victor a aquellos que te conocían y estaban presentes, me dijeron que habías sido donatista, o más bien rogatista, pero que recientemente te habías unido a la Iglesia Católica. Y aunque me alegré tanto como solemos hacerlo por aquellos que sabemos que han sido liberados de ese error, y aún más porque tu talento, que disfruté en tus escritos, no permaneció con los adversarios de la verdad, me entristeció lo que me dijeron, que querías ser llamado Vincentius porque aún consideras al sucesor de Rogato, quien fue llamado así, como un gran y santo hombre; y por eso quisiste que su nombre fuera tu apellido. No faltaron quienes dijeron que incluso presumiste de que él se te apareció en una visión y te ayudó a escribir estos libros, sobre los cuales he decidido hablar contigo en este pequeño trabajo, dictándote lo que debías escribir en cuanto a los temas y argumentos. Si esto es cierto, ya no me sorprende que hayas podido decir esas cosas que, si escuchas pacientemente mi advertencia y consideras y examinas esos libros con una mente católica, sin duda te arrepentirás de haber dicho. Porque aquel que, como lo revela el Apóstol, se transforma en ángel de luz (II Cor. XI, 14), se ha transformado para ti en aquel que crees que fue o es un ángel de luz. Y de hecho, es menos capaz de engañar a los católicos cuando no se transforma en ángeles de luz, sino en herejes: pero no quisiera que tú, ya católico, fueras engañado por él. Que se atormente por haberte enseñado lo que es verdadero, tanto como se alegró de

haberte persuadido de lo que es falso. Para que no ames a un hombre muerto, cuyo amor puede perjudicarte y no puede beneficiarlo a él, te aconsejo que consideres brevemente esto: que ciertamente él no es santo y justo, si tú has escapado de las trampas de los herejes donatistas o rogatistas; pero si lo consideras santo y justo, al comunicarte con los católicos, has perecido. Porque ciertamente finges ser católico, si en tu mente eres lo que era aquel a quien amas. Y sabes cuán terriblemente está escrito que el Espíritu Santo de la disciplina huirá del fingido (Sab. I, 5). Pero si al comunicarte sinceramente no finges ser católico, ¿por qué aún amas a un hereje muerto, al punto de querer presumir de su nombre, cuando ya no estás atrapado en su error? No queremos que tengas tal apellido, como si fueras un monumento a un hereje muerto. No queremos que tu libro tenga un título que diríamos que es falso si lo leyéramos en su tumba. Porque no sabemos que Vincentius sea victorioso, sino vencido: y ojalá fructíferamente, como deseamos que tú seas vencido por la verdad. Sin embargo, astutamente pensaste y hábilmente, al llamar a tus libros, que deseas que se crean dictados por su revelación, Vincentius Victor, no tanto queriendo que tú como él sea llamado Victor, como si al revelarte lo que debías escribir, hubiera vencido el error. ¿Por qué estas cosas, hijo mío? Sé más bien un verdadero, no un falso católico, para que el Espíritu Santo no te evite, y Vincentius no pueda beneficiarte en nada, en quien el espíritu más maligno se transformó para engañarte: porque esas cosas son tuyas, persuadidas por cualquier fraude. Si, advertido con pía humildad y paz católica, corriges estas cosas, serán juzgados errores de un joven muy estudioso, que desea ser corregido más que permanecer en ellos. Pero si, lo que Dios no quiera, te persuade a ser obstinado en la contienda por ellos, entonces será necesario condenarlos como dogmas heréticos con su autor, con cuidado pastoral y medicinal, antes de que las terribles contagios se extiendan entre la gente incauta, cuando la disciplina saludable se descuida, no con la verdad del amor, sino con su nombre.

CAPÍTULO III.

3. Si preguntas cuáles son esas cosas, puedes leer mis escritos a nuestros hermanos, el siervo de Dios Renato y el presbítero Pedro, a quien pensaste que debías escribir estas mismas cosas de las que ahora hablamos, "obedeciendo," como afirmas, "a su voluntad al pedirlo." Sin duda te los darán para que los leas, si lo deseas, e incluso te los ofrecerán sin que los pidas. Sin embargo, tampoco aquí callaré lo que más deseo que se corrija en esos libros tuyos y en tu fe. Lo primero es que "no quieres que el alma haya sido hecha por Dios de tal manera que la haya hecho de la nada, sino de sí mismo" (Supra, lib. 1, n. 4, y lib. 2, n. 5). Donde no crees que sea consecuente que sea de la naturaleza de Dios: porque ciertamente reconoces cuán impío es. Para evitar esta impiedad, debes decir que Dios es el autor del alma, que fue hecha por él, no de él. Porque lo que es de él, como el Hijo unigénito, es de la misma naturaleza que él. Pero para que el alma no sea de la misma naturaleza que él, fue hecha por él, pero no de él. O bien di de dónde, o confiesa que es de la nada. ¿Qué es lo que dices, "que es una cierta partícula del aliento de la naturaleza de Dios?" ¿Acaso niegas que el mismo aliento de la naturaleza de Dios, del cual esta partícula es aliento, es de la misma naturaleza que Dios? Si lo niegas, entonces Dios hizo también este aliento de la nada, del cual quieres que el alma sea una partícula. O si no es de la nada, di de dónde Dios hizo ese aliento. Si de sí mismo, entonces él mismo es, lo que es absurdo, la materia de su obra. Pero dices, "Cuando de sí mismo hace aliento o soplo, él permanece íntegro:" como si la llama de una lámpara no permaneciera íntegra cuando se enciende otra de ella, y sin embargo es de la misma, no de otra, naturaleza.

CAPÍTULO IV.

4. "Pero," dices, "cuando inflamos un odre, no se infunde ninguna porción de nuestra naturaleza o cualidad; cuando este mismo espíritu, al ser inhalado, llena y expande el odre, se exhala sin ninguna disminución nuestra." A estas palabras tuyas aún añades y te detienes, e insistes en una similitud casi necesaria, para que entendamos cómo Dios, sin ningún detrimento de su naturaleza, y de sí mismo hace el alma, y hecha de él, no es lo que él es. Dices: "¿Acaso la inflación de los odres es una porción de nuestra alma, o formamos hombres cuando inflamos odres, o sufrimos algún detrimento nuestro cuando dividimos nuestros soplos en diversas partes? Pero no sufrimos ningún detrimento cuando transmitimos soplo a algo; y permaneciendo en nosotros la plena cualidad de nuestro propio soplo y su cantidad íntegra, no recordamos haber sentido ningún daño por la inflación de los odres." Con esta similitud, que te parece bastante elegante y adecuada, observa cuánto te equivocas. Dices que Dios es incorpóreo, no hecho de la nada por él, sino de sí mismo soplando un alma corpórea: cuando nosotros emitimos un soplo, aunque corpóreo, sin embargo más sutil que nuestros cuerpos; y no lo hacemos de nuestra alma, sino que lo exhalamos de este aire a través de las vísceras del cuerpo. Porque los pulmones, movidos por el alma, que también mueve los demás miembros del cuerpo, conducen y devuelven este espíritu aéreo, como los fuelles. Además de los alimentos sólidos y líquidos, de los cuales se obtiene el alimento y la bebida, Dios nos ha rodeado con este tercer alimento de auras, que tomamos de tal manera que podemos estar mucho tiempo sin comida y bebida, pero sin este tercer alimento, que el aire que nos rodea por todas partes proporciona a los que respiran y exhalan, no podemos vivir ni siquiera por un breve espacio de tiempo. Así como el alimento y la bebida no solo deben ingerirse, sino también expulsarse por los conductos destinados a ello, para que no nos dañen al no entrar o al no salir: así este tercer alimento respirable, porque no se permite que permanezca en nosotros, ni se corrompe al permanecer, sino que se expulsa tan pronto como se inhala; no recibió otros conductos, sino los mismos, es decir, la boca, o las narices, o ambos, por donde entra y por donde sale.

5. Prueba en ti mismo lo que digo: exhala soplando, y ve si puedes durar sin inhalar: inhala respirando, y ve qué angustias sufres si no exhalas de nuevo. Esto es lo que hacemos cuando inflamos un odre, como dices, lo que hacemos para vivir: excepto que entonces inhalamos un poco más para exhalar un poco más, para que el espíritu respirable, es decir, el viento para llenar y expandir el odre, no se comprima con la calma de respirar y exhalar, sino con el ímpetu de jaejar. ¿Cómo dices entonces, "No sufrimos ningún detrimento cuando transmitimos soplo a algo; y permaneciendo en nosotros la plena cualidad de nuestro propio soplo y su cantidad íntegra, no recordamos haber sentido ningún daño por la inflación de los odres?" Parece, hijo mío, que si alguna vez inflaste un odre, no advertiste lo que hacías. Porque lo que pierdes al inflar, no lo sientes al recibirlo de inmediato. Pero puedes aprender esto fácilmente, si prefieres esto, en lugar de tus palabras, porque ya han sido dichas, no inflando un odre, sino inflándote a ti mismo para defenderlas, e inflar a tus oyentes, a quienes debes edificar con cosas verdaderas, con el vano ruido de un discurso ventoso. En este caso, no te envío a un maestro, sino a ti mismo. Exhala soplo en un odre, y cierra inmediatamente la boca, y detén las narices, y así al menos siente que es verdad lo que digo. Porque cuando comiences a sufrir angustias intolerables, ¿qué desearás recibir con la boca abierta y las narices, si cuando exhalaste no crees haber perdido nada? Observa en qué mal estás, si no recuperas inhalando lo que habías devuelto exhalando. Observa qué daño y detrimento habría causado esa insuflación, si la respiración no lo hubiera reparado. Porque si lo que gastaste para llenar el odre no regresa a ti para alimentarte, ¿qué te quedará, no solo para inflarlo, sino para que tú puedas vivir?

6. Esto debiste considerar al escribir; y no introducir esta similitud de odres inflados o por inflar para presentarnos a Dios, o de otra naturaleza que ya existía, como nosotros hacemos soplo de este aire circundante que inhalamos y exhalamos, soplando almas: o ciertamente, lo que se aparta de esta similitud y abunda en impiedad, que Dios sin ningún detrimento suyo, pero sin embargo de su naturaleza, produzca algo mutable o, lo que es peor, como si él mismo fuera la materia de su obra, lo haga. Para que, por tanto, apliquemos alguna similitud de nuestro soplo a este asunto, es más bien de creer: que así como nosotros no de nuestra naturaleza, sino porque no somos omnipotentes, hacemos soplo de este aire circundante que inhalamos y exhalamos, cuando soplamos, ni viviente ni sensible, aunque nosotros vivamos y sintamos; así Dios no de su naturaleza, sino porque es tan omnipotente que puede crear lo que quiere, incluso de lo que no es en absoluto, es decir, de la nada, puede hacer un soplo viviente y sensible; pero ciertamente siendo él inmutable, mutable.

CAPÍTULO V.

7. ¿Qué significa, además, que pensaste que debías añadir a esta similitud el ejemplo del bendito Eliseo, porque soplando en su rostro resucitó a un muerto (IV Reg. IV, 34, 35)? ¿Acaso piensas que el soplo de Eliseo fue hecho el alma del niño? No creo que te desvíes tanto de la verdad. Si, por tanto, aquella alma que había sido quitada al viviente para que muriera, fue devuelta a él para que reviviera; ¿qué tiene que ver con el asunto lo que dijiste, "nada fue disminuido a Eliseo," como si se creyera que algo pasó de él al niño para que viviera? Pero si se dijo por eso, porque sopló y permaneció íntegro; ¿qué necesidad había de decir esto de Eliseo resucitando a un muerto, lo que podrías decir igualmente de cualquiera que sople y no resucite a nadie? Ciertamente hablaste imprudentemente (ya que está lejos de que creas que el soplo de Eliseo fue hecho el alma del niño que revivió), cuando quisiste que la primera obra de Dios se diferenciara de la de este profeta en que él sopló una vez, y este tres veces. Dijiste, en efecto, "Eliseo sopló en el rostro del hijo muerto de aquella sunamita, a semejanza del origen primigenio. Y cuando los miembros muertos," dices, "revividos en su vigor original, la virtud divina los encendió a través del soplo del Profeta, nada fue disminuido a Eliseo, por cuyo soplo el cuerpo muerto recibió el alma y el espíritu revividos: excepto que el Señor sopló una vez en el rostro del hombre, y vivió; Eliseo sopló tres veces en el rostro del muerto, y revivió." Así suenan tus palabras, como si solo el número de soplos hubiera sido diferente, para que no se crea que el Profeta hizo lo que hizo Dios. Y esto, por tanto, debe corregirse. Porque hubo tanta diferencia entre aquella obra de Dios y esta de Eliseo, que él sopló el soplo de vida, por el cual el hombre fue hecho un alma viviente; pero este sopló un soplo, ni sensible ni viviente, sino figurando algo por el bien de significar. De hecho, para que este niño reviviera, no lo hizo animándolo el Profeta, sino amándolo para que Dios lo hiciera. Pero lo que dices que sopló tres veces, o la memoria, como suele suceder, o la corrupción del código te engañó. ¿Qué más? No necesitas buscar algunos ejemplos y argumentos para afirmar esto, sino más bien corregir y cambiar tu opinión. No creas, por tanto, no digas, no enseñes "que Dios no hizo el alma de la nada, sino de su naturaleza," si quieres ser católico.

CAPÍTULO VI.

8. No creas, ni digas, ni enseñes, "que Dios da almas por un tiempo infinito, y así siempre, como siempre es él quien da" (Supra, lib. 1, n. 26), si quieres ser católico. Porque habrá un tiempo cuando Dios no dará almas, aunque él mismo no dejará de existir. Podría, de hecho, entenderse así lo que dijiste, "siempre da," para que se entienda que da sin cesar mientras los hombres engendran y son engendrados, como se dice de algunos, Siempre aprendiendo, y nunca llegando al conocimiento de la verdad (II Tim. III, 7): porque no se entiende que lo que

aquí se dice, siempre, como si nunca dejaran de aprender; ya que sin duda no aprenden cuando dejan de vivir en este cuerpo, o cuando comienzan a arder en el castigo del fuego del infierno: pero tú no permitiste que se entendiera así tu palabra, cuando dijiste, "siempre da;" ya que pensaste que debía referirse a un tiempo infinito. Y esto no fue suficiente: sino que, como si se te preguntara que explicarás más claramente cómo dijiste, "siempre da;" añadiste y dijiste, "como siempre es él quien da." Esto la fe sana y católica lo condena por completo. Porque está lejos de que creamos que Dios siempre da almas, como siempre es él quien da. Porque él siempre es de tal manera que nunca deja de ser: pero no siempre dará almas, sino que, terminado el siglo de la generación, ya no naciendo aquellos a quienes deben ser dadas, sin duda dejará de darlas.

CAPÍTULO VII.

9. No creas, ni digas, ni enseñes, "que el alma perdió algún mérito a través de la carne, como si hubiera tenido un mérito bueno antes de la carne" (Supra, lib. 2, n. 11), si quieres ser católico. Porque el Apóstol dice que los que aún no han nacido no han hecho nada bueno o malo (Rom. IX, 11). ¿De dónde, entonces, pudo el alma tener algún mérito bueno antes de la carne, donde no había hecho nada bueno? ¿O acaso te atreverás a decir que vivió bien antes de la carne, cuando no puedes mostrar que siquiera existió? ¿Cómo dices, entonces, "No quieres que el alma contraiga una enfermedad de pecado de la carne, a la que ves pasar a la santificación a través de la carne, para que a través de ella recupere su estado, por el cual perdió su mérito?" Estos dogmas, que suponen que el alma tuvo algún estado bueno y mérito bueno antes de la carne, si acaso no lo sabes, además de los antiguos herejes, también más recientemente en los priscilianistas, la Iglesia Católica ya los ha condenado.

10. No creas, ni digas, ni enseñes, "que el alma recupere a través de la carne su antigua disposición y renazca a través de ella, por la cual mereció ser contaminada" (Supra, lib. 1, n. 6, y lib. 2, n. 11), si quieres ser católico. Porque, para omitir lo que dijiste, "Por tanto, a través de la carne, recupera su antigua disposición, que parecía haber perdido por un tiempo a través de la carne, para que comience a renacer por ella, por la cual mereció ser contaminada," tan pronto te has contradicho a ti mismo; que el hombre que poco antes dijiste que el alma recupera a través de la carne el estado por el cual perdió su mérito, donde no puede entenderse de otra manera que un buen mérito, que quieres que se repare a través de la carne en el Bautismo, de nuevo dijiste que mereció ser contaminada a través de la carne, donde ya no puede entenderse un buen mérito sino un mal mérito: para omitir eso; ciertamente no es católico creer que el alma tuvo algún mérito bueno o malo antes de la carne.

CAPÍTULO VIII.

11. No creas, ni digas, ni enseñes, «Que el alma mereció ser pecadora antes de todo pecado» (Arriba, lib. 1, n. 8, y lib. 2, n. 12), si deseas ser católico. Pues es un mérito muy malo haber merecido convertirse en pecadora. Y ciertamente tal mal mérito de ninguna manera pudo tener antes de todo pecado, especialmente antes de venir en carne, cuando no pudo tener mérito ni malo ni bueno. ¿Cómo dices entonces, «El alma, si mereció ser pecadora, la cual no pudo ser pecadora, sin embargo, no permaneció en pecado, porque en Cristo prefigurada no debía estar en pecado, así como no pudo estarlo?» Atiende a lo que dices, y deja ya de decirlo. Pues, ¿cómo mereció, y cómo no pudo ser pecadora? ¿Cómo, te pregunto, mereció ser pecadora, quien no vivió mal? ¿Cómo, te pregunto, se hizo pecadora, quien no pudo ser pecadora? O si «no pudo,» lo dices porque fuera de la carne no pudo: ¿cómo entonces

mereció ser pecadora, con qué mérito fue enviada a la carne; cuando antes de la carne no pudo ser pecadora, de donde mereciera algo malo? CAPÍTULO IX.

12. No creas, ni digas, ni enseñes, «Que los infantes antes de ser bautizados, si mueren, pueden alcanzar la indulgencia de los pecados originales» (Arriba, lib. 1, n. 10-12, y lib. 2, nn. 13, 14), si deseas ser católico. Pues los ejemplos que te engañan, ya sea del ladrón que confesó al Señor en la cruz (Luc. XXIII, 43), o del hermano de santa Perpetua, Dinócrates, no te apoyan en nada en esta sentencia errónea. Aquel ladrón, aunque pudo ser considerado por el juicio divino entre aquellos que son purificados por la confesión del martirio, sin embargo, también ignoras si no fue bautizado. Pues dejando de lado lo que se cree, que pudo ser rociado con el agua que brotó junto con la sangre del costado del Señor, al estar cerca de la cruz, y ser lavado con este santísimo bautismo: ¿qué si fue bautizado en la cárcel, lo cual algunos pudieron obtener en secreto durante el tiempo de persecución? ¿Qué si fue antes de ser apresado? Pues las leyes públicas no podían perdonarlo en cuanto a la muerte del cuerpo, ya que había recibido divinamente la remisión de los pecados. ¿Qué si ya bautizado cayó en el crimen y delito de ladrón, y no sin el Bautismo, sino como penitente recibió el perdón de los crímenes que cometió bautizado? ya que tal piedad tan fiel, y el Señor en su ánimo, y a nosotros en sus palabras apareció. Pues si afirmamos que aquellos de quienes no está escrito si fueron bautizados, partieron de esta vida sin Bautismo; calumniamos a los mismos Apóstoles, de quienes, excepto el apóstol Pablo (Hech. IX, 18), no sabemos cuándo fueron bautizados. Pero si pudo hacernos saber que ellos fueron bautizados por lo que el Señor dijo al bienaventurado Pedro; «El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies» (Juan XIII, 10): ¿qué de los otros, de quienes no leemos que se haya dicho algo así, de Bernabé, de Timoteo, de Tito, de Silas, de Filemón, de los mismos evangelistas Marcos y Lucas, de innumerables otros; a quienes no dudamos que fueron bautizados, aunque no lo leamos? Dinócrates, sin embargo, un niño de siete años, en los cuales los niños cuando son bautizados ya devuelven el Símbolo, y responden por sí mismos a las preguntas, ¿por qué no te pareció que pudo haber sido bautizado y ser llamado de nuevo por un padre impío a los sacrilegios de los gentiles, y por esto estar en penas, de las cuales fue liberado por la oración de su hermana, no lo sé. Pues tampoco leíste que él nunca fue cristiano, o que murió siendo catecúmeno. Aunque esa lectura no está en el canon de las Escrituras, de donde deben extraerse testimonios en cuestiones de este tipo.

CAPÍTULO X.

13. No creas, ni digas, ni enseñes, «Que aquellos a quienes el Señor predestinó al Bautismo, puedan ser arrebatados de su predestinación, y morir antes de que se cumpla en ellos lo que el Omnipotente predestinó» (Arriba, lib. 2, n. 13), si deseas ser católico. Pues no sé qué poder se da aquí contra el poder de Dios a los casos, por los cuales, al irrumpir, no se permite que se haga lo que Él predestinó. No es necesario exagerar cuán grande abismo de impiedad absorbe al errante este error; basta con advertir brevemente a un hombre prudente y dispuesto a corregirse. Pues estas son tus palabras: «Decimos que debe tenerse en cuenta, dices, sobre los infantes de este tipo, que predestinados al Bautismo, son prevenidos por la muerte de la vida presente antes de que renazcan en Cristo.» ¿Acaso los predestinados al Bautismo son prevenidos por la muerte de la vida presente antes de que lleguen a él, y Dios predestinaría lo que previó que no sucedería, o no supo que esto no sucedería, para que su predestinación se frustrara, o su presciencia fallara? Ves cuántas cosas podrían decirse aquí, si no mantuviera lo que dije un poco antes, para advertirte brevemente.

14. No creas, ni digas, ni enseñes, «De los infantes (Arriba, lib. 2, n. 13), que antes de renacer en Cristo, son prevenidos por la muerte, está escrito, 'Fue arrebatado para que la maldad no

cambie su entendimiento, o para que la ficción no engañe su alma. Por esto se apresuró a sacarlo de en medio de la iniquidad; pues su alma era agradable a Dios: y consumado en breve, cumplió largos tiempos'» (Sab. IV, 11, 14, 13), si deseas ser católico. Pues esto no se refiere en absoluto a ellos, sino más bien a aquellos que, bautizados y viviendo piadosamente, no se les permite vivir aquí mucho tiempo, consumados no en años, sino en la gracia de la sabiduría. Este error, por el cual se cree que esto se dijo de los pequeños que mueren antes de ser bautizados; hace una injuria intolerable al mismo sagrado lavacro, si se cree que el pequeño que pudo ser arrebatado bautizado, es arrebatado antes para que la maldad no cambie su entendimiento, o para que la ficción no engañe su alma: como si en el mismo Bautismo se creyera que está esta maldad, y la ficción por la cual se cambia y engaña para peor, si no es arrebatado antes. Luego, ya que su alma era agradable a Dios, se apresuró a sacarlo de en medio de la iniquidad, de modo que ni siquiera se demoró un poco, para cumplir en él lo que había predestinado: sino que prefirió actuar contra su predestinación como apresurándose, para que lo que le había agradado en el no bautizado, no se destruyera en el Bautismo: como si el infante que va a morir pereciera allí, donde se debe correr con él para que no perezca. ¿Quién, entonces, creería, diría, escribiría, recitaría que estas palabras escritas en el libro de la Sabiduría se dijeron de los pequeños muertos sin Bautismo, si lo pensara como debía?

CAPÍTULO XI.

15. No creas, ni digas, ni enseñes, «Que hay algunas mansiones fuera del reino de Dios, que el Señor dijo que hay en la casa de su Padre» (Arriba, lib. 2, n. 14), si deseas ser católico. Pues no dijo, como tú mismo pusiste este testimonio, «Hay muchas mansiones con mi Padre;» que si lo hubiera dicho así, no deberían entenderse en otro lugar que en la casa de su Padre: sino que dijo claramente, «En la casa de mi Padre hay muchas mansiones» (Juan XIV, 2). ¿Quién, entonces, se atrevería a separar algunas partes de la casa de Dios del reino de Dios; para que cuando los reyes de la tierra no solo se encuentren reinando en su casa, ni solo en su patria, sino también lejos, ampliamente incluso más allá del mar; el rey que hizo el cielo y la tierra no se diga que reina ni siquiera en toda su casa?

16. Pero tal vez digas, que todo pertenece al reino de Dios, porque reina en los cielos, reina en la tierra, en los abismos, en el paraíso, en el infierno, (¿dónde no reina, cuya suprema potestad está en todas partes?) pero que es diferente el reino de los cielos, al cual no es lícito acceder, sino a los lavados en el lavacro de la regeneración, debido a la verdadera y firme sentencia del Señor; pero que es diferente el reino de las tierras, o de otras partes de la creación, donde pueden haber algunas mansiones de la casa de Dios, aunque pertenecientes al reino de Dios, no obstante no al reino de los cielos, donde el reino de Dios es más excelente y bienaventurado: así se hace, que ni algunas partes y mansiones de la casa de Dios se separen impíamente del reino de Dios; y sin embargo no todas las mansiones se preparen en el reino de los cielos; y en aquellas que no están en el reino de los cielos, puedan habitar felizmente, a quienes Dios quiera dar incluso no bautizados; para que estén en el reino de Dios, aunque en el reino de los cielos, porque no están bautizados, no puedan estar.

17. Los que dicen esto, parecen decir algo, porque no atienden diligentemente a las Escrituras, y no entienden cómo se dice reino de Dios, de donde oramos diciendo, «Venga tu reino» (Mat. VI, 10), porque se dice reino de Dios, donde con él su fiel familia reinará feliz y eternamente toda. Pues según el poder que tiene sobre todo, también ahora ciertamente reina. ¿Qué es, entonces, lo que oramos para que venga, sino para que merezcamos reinar con él? Pero bajo su potestad también estarán aquellos que arderán en la pena del fuego eterno: ¿acaso por esto también diremos que estarán en el reino de Dios? Pues es diferente ser

honrado con los dones del reino de Dios, que ser coaccionado por las leyes del reino de Dios. Para que te aparezca claramente, que no se debe distribuir el reino de los cielos a los bautizados, y dar otras partes del reino de Dios a quienes te parezca, no bautizados; escucha al mismo Señor, que no dijo, «Si alguien no renace del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de los cielos;» sino, «no puede,» dijo, «entrar en el reino de Dios.» Pues sus palabras sobre esto a Nicodemo son estas: «En verdad, en verdad te digo, que si alguien no nace de nuevo, no puede ver el reino de Dios.» Aquí no dijo, Reino de los cielos; sino, de Dios. Y cuando Nicodemo respondió y dijo, «¿Cómo puede un hombre nacer, siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer?» el Señor repitiendo la misma sentencia más claramente y abiertamente dijo, «En verdad, en verdad te digo, que si alguien no renace del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios» (Juan III, 3-5). Aquí tampoco dijo, Reino de los cielos; sino, reino de Dios. Pues lo que había dicho, «Si alguien no nace de nuevo;» explicó qué era diciendo, «Si alguien no renace del agua y del Espíritu.» Y lo que había dicho, «no puede ver;» explicó diciendo, «no puede entrar.» Sin embargo, lo que había dicho, reino de Dios, no lo repitió con otro nombre. Y ahora no es necesario buscar y discutir, si el reino de Dios y el reino de los cielos deben entenderse con alguna diferencia, o si es una sola cosa llamada con dos nombres: basta con que no puede entrar en el reino de Dios, quien no ha sido lavado con el lavacro de la regeneración. Pero separar algunas mansiones establecidas en la casa de Dios del reino de Dios, cuán desviado está de la verdad, creo que ya lo entiendes. Y por eso lo que pensaste, que en algunas mansiones, que el Señor dijo que hay muchas en la casa de su Padre, habitarán algunos incluso no renacidos del agua y del Espíritu, te advierto, si lo permites, que no demores en corregirlo para mantener la fe católica.

CAPÍTULO XII.

18. No creas, ni digas, ni enseñes, «Que el sacrificio de los cristianos debe ofrecerse por aquellos que han salido del cuerpo sin ser bautizados» (Arriba, lib. 1, n. 13, y lib. 2, n. 15), si deseas ser católico. Porque tampoco muestras que el sacrificio de los judíos mencionado de los libros de los Macabeos (II Mac. XII, 39-46), fue ofrecido por aquellos que salieron del cuerpo sin ser circuncidados. En tu sentencia tan nueva, y pronunciada contra la autoridad y disciplina de toda la Iglesia, usaste incluso una palabra muy insolente, diciendo, «Por estos ciertamente considero que deben ofrecerse continuamente ofrendas y sacrificios de los santos sacerdotes:» para que tú, un hombre laico, no te sometieras a los sacerdotes de Dios ni siquiera aprendiendo, ni al menos mezclándote buscando juntos, sino que te antepusieras opinando. Quitá de ti estas cosas, hijo: no se camina así en el camino, que Cristo humilde enseñó que él mismo es; nadie entra por su puerta estrecha con esta soberbia.

CAPÍTULO XIII.

19. No creas, ni digas, ni enseñes, «Que algunos de los que han emigrado de esta vida sin el Bautismo de Cristo, no van al reino de los cielos, sino al paraíso; pero después, en la resurrección de los muertos, también alcanzan la bienaventuranza del reino de los cielos» (Arriba, lib. 2, n. 16), si deseas ser católico. Pues ni siquiera la herejía pelagiana se atrevió a darles esto, que opina que los pequeños no arrastran el pecado original: a quienes tú, aunque como católico admites que nacen con pecado, no sé con qué novedad de opinión más perversa, afirmas que sin el Bautismo salvador, son absueltos de este pecado con el que nacen, y son introducidos en el reino de los cielos. Ni consideras, en este caso, cuán peor piensas que Pelagio. Pues él, temiendo la sentencia del Señor, por la cual no se permite a los no bautizados entrar en el reino de los cielos, aunque no se atreve a enviar allí a los pequeños que cree libres de todo pecado: tú, sin embargo, desprecias lo que se dijo, «Si alguien no

renace del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios;» de modo que, excepto por el error, por el cual te atreves a separar el paraíso del reino de Dios, a algunos que crees que nacen culpables, como católico, sin Bautismo muertos, no dudas en prometerles la absolución de esa culpa, y el reino de los cielos además: como si contra Pelagio en la afirmación del pecado original pudieras ser un verdadero católico, si contra el Señor fueras un nuevo hereje en la destrucción de su sentencia sobre el Bautismo. No queremos que seas, amadísimo, un vencedor de los herejes de tal manera que el error venza al error, y, lo que es peor, el mayor al menor. Pues dices: «O si acaso alguien se resiste, que al alma del ladrón o de Dinócrates se le concedió temporalmente el paraíso; pues les queda aún en la resurrección la recompensa del reino de los cielos; aunque esa sentencia principal se oponga, Porque quien no renaciera del agua y del Espíritu Santo, no entrará en el reino de los cielos; sin embargo, también sostengo mi consentimiento en esta parte sin envidia, siempre que amplifique el efecto y el afecto de la misericordia y presciencia divina.» Estas son tus palabras, donde confiesas consentir con quien dice, que a algunos no bautizados se les concedió temporalmente el paraíso, de modo que les queda en la resurrección la recompensa del reino de los cielos, contra la sentencia principal, por la cual se estableció que no entrará en ese reino quien no renaciera del agua y del Espíritu Santo. Temiendo violar esta sentencia principal, Pelagio no creyó que aquellos sin Bautismo entrarían en el reino de los cielos, a quienes no creyó culpables: tú, sin embargo, confiesas que los pequeños nacen culpables de pecado original, y sin embargo los absuelves sin el lavacro de la regeneración, y los envías al paraíso, y después también permites que entren en el reino de los cielos.

CAPÍTULO XIV.

20. Estas y otras cosas semejantes, si acaso puedes encontrar otras en tus libros con más atención y tiempo, corrige sin demora, si llevas un ánimo católico, es decir, si verdaderamente has dicho antes, «que no te crees a ti mismo, que lo que has dicho pueda ser probado; y que siempre te esfuerzas por no defender incluso tu propia opinión, si se descubre que es improbable; y que te importa, condenado tu propio juicio, seguir más bien lo mejor y lo más verdadero.» Ahora prueba, carísimo, que no dijiste estas cosas falsamente, para que la Iglesia católica se regocije no solo de tu ingeniosa índole, sino también cauta, piadosa, modesta, y no se encienda en la locura de la insania herética por tu contenciosa obstinación. Ahora es cuando debes mostrar, cuánta sinceridad de corazón dijiste estas buenas palabras tuyas que recordé, que inmediatamente añadiste: «Pues como es,» dices, «de óptima disposición y consejo digno de alabanza, ser fácilmente conducido a lo más verdadero; así es de juicio improbo y obstinado, no querer ser inclinado más rápidamente al camino de la razón» (Arriba, lib. 2, n. 22). Sé, por tanto, de óptima disposición y consejo digno de alabanza, y fácilmente conducido a lo más verdadero: y no seas de juicio improbo y obstinado, para no querer ser inclinado más rápidamente al camino de la razón. Pues si has expresado esto liberalmente, si no lo has sonado en los labios, sino que lo has sentido dentro y genuinamente en el corazón; también odiaste las demoras en el gran bien de tu corrección. Pues no te bastó decir, «es de juicio improbo y obstinado, no querer ser inclinado al camino de la razón,» si no añadieras «más rápidamente:» para mostrar así cuán execrable es quien nunca hace este bien; ya que quien lo hace más tarde, te parece que debe ser culpado con tanta severidad, que con razón se le llama de juicio improbo y obstinado. Escúchate, por tanto, a ti mismo, y usa principalmente y sobre todo los frutos de tu elocuencia, para que más rápidamente te inclines con la gravedad de la mente al camino de la razón, de donde menos eruditamente y poco prudentemente te habías desviado por el desliz de la edad.

21. Es demasiado largo tratar y discutir todo lo que quiero que se corrija en tus libros, o más bien en ti mismo, y al menos darte una breve razón de cada cosa que debe corregirse. Sin

embargo, no te desprecies, para pensar que tu ingenio y elocuencia deben ser considerados de poco valor. Tampoco he conocido que la memoria de las santas Escrituras en ti sea pequeña: pero la erudición es menor de lo que correspondía a tan gran índole y labor. Por tanto, no quiero que te envanezcas atribuyéndote más de lo que corresponde, ni que te enfrías rechazándote y desesperando. Ojalá pudiera leer tus escritos contigo, y mostrarte lo que debe corregirse conversando más bien que escribiendo. Este asunto se llevaría a cabo más fácilmente con nuestra conversación entre nosotros que con cartas: lo cual, si debiera escribirse, necesitaría muchos volúmenes. Sin embargo, estas cosas capitales, que quise comprender con un número cierto, te insto a que no demores en corregir, y las hagas completamente ajenas a tu fe y predicación: para que uses la facultad que tienes de disputar, con el don de Dios, útilmente para la edificación, no para la destrucción de la sana y saludable doctrina.

CAPÍTULO XV.

22. Estos son los temas sobre los cuales, en la medida de mis posibilidades, ya he disertado: pero los repasaré brevemente. El primero es que dijiste: «Que Dios no creó el alma de la nada, sino de sí mismo». El segundo, «Que Dios da almas por un tiempo infinito, y así siempre, como Él mismo es quien las da». El tercero, «Que el alma perdió algún mérito a través de la carne, que tenía antes de la carne». El cuarto, «Que el alma repara su antigua condición a través de la carne, y renace por la misma carne por la cual mereció ser contaminada». El quinto, «Que el alma mereció ser pecadora antes de cualquier pecado». El sexto, «Que los infantes que mueren antes de ser bautizados pueden alcanzar el perdón de los pecados originales». El séptimo, «Que aquellos a quienes el Señor predestinó para el Bautismo pueden ser arrebatados de su predestinación y morir antes de que se cumpla en ellos lo que el Omnipotente predestinó». El octavo, «Que de los infantes que mueren antes de renacer en Cristo, está escrito: Fue arrebatado para que la maldad no cambiara su entendimiento», y otras cosas que se leen en el libro de la Sabiduría en ese sentido. El noveno, «Que hay algunas moradas fuera del reino de Dios, de aquellas que el Señor dijo que existen en la casa de su Padre». El décimo es, «Que el sacrificio de los cristianos debe ofrecerse por aquellos que han salido del cuerpo sin ser bautizados». El undécimo, «Que algunos de los que han partido de esta vida sin el Bautismo de Cristo, no van al reino, sino al paraíso; pero después, en la resurrección de los muertos, también alcanzarán la bienaventuranza del reino de los cielos».

23. Estos once puntos, por ahora, son muy claramente perversos y contrarios a la fe católica, y no debes dudar en extirparlos y rechazarlos de tu mente, de tu palabra, de tu escritura; si deseas que nos alegremos no solo de que has pasado a los altares católicos, sino de que eres verdaderamente católico. Pues si cada uno de estos puntos se defiende obstinadamente, pueden crear tantas herejías como opiniones se enumeran. Por lo tanto, considera cuán horrible es que todas estén en un solo hombre, cuando cada una sería condenable en individuos por separado. Pero si no luchas por ellas con ninguna contienda, sino que las combates con palabras y escritos fieles; serás más digno de alabanza por censurarte a ti mismo que si reprendieras a cualquier otro con razón recta; y serás un reformador más admirable de ellos que si nunca hubieras tenido esos pensamientos. Que el Señor asista a tu mente, e infunda en tu espíritu con su espíritu tal facilidad de humildad, luz de verdad, dulzura de caridad, paz de piedad, que prefieras ser vencedor de tu propio ánimo en lo verdadero, que de cualquier contradictor en lo falso. Sin embargo, no pienses que, al sostener estas opiniones, te has apartado de la fe católica, aunque sean contrarias a la fe católica; si ante Dios, cuyo ojo no es engañado en el corazón de nadie, consideras verdaderamente que

dijiste: «no te crees a ti mismo, que lo que dijiste pueda ser probado; y que siempre te esfuerzas por no defender incluso tu propia opinión, si se descubre que es improbable, porque es de tu corazón, con tu propio juicio condenado, seguir más bien lo que es mejor y más verdadero». Este ánimo, incluso en dichos no católicos por ignorancia, es católico por la misma premeditación y preparación para la corrección. Pero este será el modo de este volumen, donde el lector descanse un poco, para que su atención se renueve con un nuevo comienzo en lo que sigue.

LIBRO CUARTO. A VICENTE VÍCTOR.

Primero, demuestra a Vicente Víctor que su vacilación sobre el origen de las almas fue injustamente criticada, y que él, porque no se atrevió a definir nada al respecto, fue comparado injustamente con los animales. Luego, lo que dijo sin vacilar, que el alma es espíritu, no cuerpo, también fue temerariamente refutado por Víctor, quien intenta establecer que el alma es corpórea por su naturaleza, y que el espíritu es distinto de ella en los hombres. Refutando a Víctor, después de examinar cuidadosamente lo que intentaba probar que el alma es corpórea, Agustín muestra que esta misma es llamada espíritu en las Escrituras, aunque en verdad con este nombre propiamente se designa aquello del alma por lo cual razonamos y entendemos.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Ahora recibe de mí lo que deseo decirte, si puedo, es decir, si Él lo concede, en cuya mano estamos nosotros y nuestras palabras. Pues me has reprendido dos veces, mencionando incluso mi nombre: y aunque al principio de tu libro te declaraste muy consciente de tu ignorancia y desprovisto del apoyo de la doctrina, y a mí, cuando me nombraste, me llamaste doctísimo y muy experto; sin embargo, en las cosas en las que te pareció saber lo que yo o confieso no saber, o, aunque no lo sepa, presumo saber, con la libertad que correspondía, no solo un joven a un anciano, y un laico a un obispo, sino también a un hombre que en tu juicio es doctísimo y muy experto, no dudaste en reprender. Pero yo no sé que sea doctísimo y muy experto, más bien sé con certeza que no lo soy; y no dudo que pueda suceder que alguien ignorante e indocto sepa algo que un docto y experto ignora: y en esto te alabo claramente, porque preferiste la verdad, aunque no la que percibiste, ciertamente la que pensaste, a un hombre; ciertamente temerariamente, porque pensaste saber lo que no sabes; pero ciertamente libremente, porque sin reverenciar la persona, elegiste manifestar lo que sientes. Por lo cual debes entender cuán mayor debe ser nuestro cuidado de llamar a las ovejas del Señor de los errores; si incluso para las ovejas es vergonzoso ocultar a los pastores los vicios de estos, si los conocen. ¡Oh, si reprendieras aquellas cosas más que son dignas de justa reprensión! Pues no debo negar que, así como en mis costumbres, hay muchas cosas en tantas de mis obras que pueden ser censuradas con juicio recto y sin temeridad. De las cuales, si alguna reprendieras, allí quizás te mostraría cómo quisiera que fueras en aquellas en las que no reprendes erróneamente; y te daría un ejemplo de corrección, cuanto más humildemente, tanto más saludablemente, siendo mayor a menor, y superior a subordinado. Pero has reprendido en mí cosas que no la humildad, sino la verdad me obliga a admitir en parte, en parte a defender.

CAPÍTULO II.

2. Estas son: una, que sobre el origen de las almas, que después del primer hombre fueron dadas o se dan a los hombres, no me atreví a definir nada, porque confieso que no lo sé; la otra, que dije saber que el alma es espíritu, no cuerpo. Pero en esto último has reprendido dos

cosas: una, que no creía que fuera cuerpo; la otra, que creía que era espíritu. Pues te parece que el alma es tanto cuerpo como no es espíritu. Escucha, pues, mi defensa contra tu reprensión, y de esta ocasión en que me defiendes ante ti, aprende en ti mismo lo que debes purgar. Recuerda las palabras de tu libro, donde me nombraste por primera vez. «Sé», dices, «que muchos y fácilmente hombres muy expertos, además de consultados, han guardado silencio, o no se han expresado claramente, cuando retiraron la definición de sus disputas con una exposición iniciada; como recientemente leí en las cartas de Agustín, un hombre doctísimo y proclamado obispo: investigando con modestia y reverencia los arcanos de este asunto, juzgaron devorar el juicio de su tratado dentro de sí mismos, y profesaron no poder determinar nada al respecto. Pero a mí, créeme, me parece bastante absurdo e incongruente con la razón, que el hombre mismo esté privado de sí mismo, o que aquel que se cree haber alcanzado el conocimiento de todas las cosas, se considere desconocido para sí mismo. ¿Qué diferencia hay entre el hombre y el animal, si no sabe investigar y disertar sobre su propia cualidad y naturaleza; para que con razón se aplique a él lo que está escrito, El hombre, cuando estaba en honor, no entendió; fue comparado con los animales, y se asemejó a ellos (Sal. 48, 13). Pues cuando Dios, siendo bueno, no creó nada sin razón, y creó al hombre mismo como un animal racional, capaz de entendimiento, dotado de razón, y vivaz en sentido, que distribuye prudentemente todo lo que carece de razón, ¿qué puede decirse tan inconveniente como que lo haya privado solo del conocimiento de sí mismo? Y cuando la sabiduría del mundo, que se extiende hasta el conocimiento de la verdad con una investigación ciertamente superflua, porque no puede saber por quién es posible conocer las cosas verdaderas, sin embargo, ha intentado discernir sobre la naturaleza del alma: ¡cuán indecente y vergonzoso es que alguien religioso no sepa nada de esto, o se haya prohibido completamente a sí mismo saberlo!»

3. Esta tu castigo elocuentísimo y brillante de nuestra ignorancia, te obliga a saber todo lo que pertenece a la naturaleza del hombre, de modo que si ignoras algo de ello, no por mi juicio, sino por el tuyo, te compares con los animales. Pues aunque pareces atacarnos más insidiosamente, porque dijiste, El hombre, cuando estaba en honor, no entendió, porque en lo que tú no estás, estamos en el honor de la Iglesia: sin embargo, también tú estás en ese honor de la naturaleza, para que te prefieras a los animales, a los cuales, según tu juicio, serías comparable si ignoraras algo de lo que consta que pertenece a tu naturaleza. Pues no solo arrojaste esta reprensión a aquellos que ignoran lo que yo ignoro, es decir, el origen del alma humana (que ciertamente no ignoro completamente; pues sé que Dios sopló en el rostro del primer hombre, y el hombre se convirtió en un alma viviente (Gén. 2, 7): lo cual, sin embargo, si no lo hubiera leído, no podría saberlo por mí mismo); sino que dijiste, ¿Qué diferencia hay entre el hombre y el animal, si no sabe investigar y disertar sobre su propia cualidad y naturaleza? Lo cual parece haber sentido, como si sobre toda su cualidad y naturaleza el hombre debiera investigar y disertar, de modo que nada de sí mismo le sea oculto. Si esto es así, ya te compararé con los animales, si no me respondes el número de tus cabellos. Pero si, por mucho que progresems en esta vida, concedes que ignoramos algunas cosas que pertenecen a nuestra naturaleza, pregunto cuánto y hasta qué punto lo concedes; no sea que también esté allí lo que no sabemos de ninguna manera sobre el origen de nuestras almas: aunque lo que pertenece a la salvación de la fe, sabemos sin ambigüedades que el alma es dada divinamente, y que no es de la naturaleza de aquel cuyo es Dios. ¿O acaso piensas que hasta aquí debe ignorarse la naturaleza propia de cada uno, hasta donde tú la ignoras; y hasta aquí debe saberse, hasta donde tú has podido saberla: de modo que si alguien la ignora un poco más que tú, lo compares con los animales, porque tú pudiste tener ese conocimiento; y así, si alguien la sabe un poco más que tú, con la misma justicia te comparará con los animales? Dime, pues, hasta qué punto nos concedes ignorar nuestra

naturaleza, para que nuestra distancia de los animales esté a salvo: y considera, sin embargo, si no está más distante de los animales quien sabe que ignora algo de sí mismo, que quien cree saber lo que ignora. Ciertamente, toda la naturaleza del hombre es espíritu, alma y cuerpo: por lo tanto, quien quiera alienar el cuerpo de la naturaleza humana, se equivoca. Sin embargo, los médicos llamados anatómicos, a través de los miembros, las venas, los nervios, los huesos, las médulas, los órganos vitales internos, incluso diseccionando a los hombres vivos mientras pudieron vivir en manos de los que investigan, para conocer la naturaleza del cuerpo: no obstante, no nos compararon con los animales porque ignoramos estas cosas. A menos que digas que deben compararse con los animales aquellos que ignoran la naturaleza del alma, no quienes ignoran la del cuerpo. No debiste, por tanto, hablar así. Pues no dijiste, ¿Qué diferencia hay entre el hombre y el animal, si no sabe sobre la cualidad y naturaleza de su alma: sino que dijiste, si no sabe investigar y disertar sobre su propia cualidad y naturaleza. Nuestra cualidad y nuestra naturaleza ciertamente se computan con el cuerpo, aunque se diserte individualmente sobre las cosas de las que estamos compuestos. Pero yo, si quisiera explicar cuántas cosas puedo discutir con gran conocimiento sobre la naturaleza del hombre, llenaría muchos volúmenes: sin embargo, confieso que ignoro muchas cosas.

CAPÍTULO III.

4. ¿A qué quieres referirte con lo que discutimos en el libro anterior sobre el aliento del hombre, si pertenece a la naturaleza del alma, porque ella lo hace en el hombre; o a la del cuerpo, que es movido por ella para hacerlo; o a este aire, cuyo intercambio lo hace evidente; o más bien a los tres, al alma que mueve el cuerpo, y al cuerpo que con el movimiento recibe y emite el aliento, y al aire que lo rodea por todas partes que al entrar alimenta, y al salir alivia? Y sin embargo, siendo un hombre letrado y elocuente, ciertamente ignorabas esto cuando creías, decías, escribías, y leías en la asamblea de una multitud congregada, que inflamamos un odre por nuestra naturaleza, y que no tenemos nada menos en nuestra naturaleza: cuando lo que haces con tus narices y boca sin interrupción, podrías fácilmente saber cómo lo haces, no investigando páginas divinas y humanas, sino observándote a ti mismo cuando quisieras. ¿Cómo, pues, confiaré en ti para que me enseñes sobre el origen de las almas, lo que confieso no saber; quien ignorabas hasta ahora de dónde los vivos son alimentados de tal manera que, al serles retirado un poco de ese alimento, mueren inmediatamente? ¿Tú me enseñarás o a cualquiera de dónde los hombres nacen animados, quien ignorabas hasta ahora de dónde los odres, cuando se inflan, se llenan? Ojalá que así como no sabes de dónde es el origen de las almas, así al menos yo supiera si debo saberlo en esta vida. Pues si es de aquellas cosas superiores, que se nos prohíbe investigar y escudriñar; debemos temer no pecar, no por ignorarlo, sino por buscarlo. Pues no debemos pensar que no es de aquellas cosas superiores, porque no pertenece a la naturaleza de Dios, sino a la nuestra.

CAPÍTULO IV.

5. Pues confieso a tu Caridad, en cuanto a esta cuestión, que deseo mucho saber uno de dos, si puedo, o sobre el origen de las almas lo que ignoro, o si es necesario para nosotros saberlo mientras vivimos aquí. ¿Qué si es de aquellas cosas superiores, de las que se nos dice, No busques lo que es más alto que tú, ni escudriñes lo que es más fuerte que tú; sino que piensa siempre en lo que el Señor te ha mandado (Eclo. 1, 22)? Sin embargo, deseo saber esto, o por el mismo Dios que sabe lo que crea, o incluso por alguien docto que sabe lo que dice, no por un hombre que ignora lo que exhala. Nadie recuerda su infancia, y piensas que un hombre, a menos que Dios le enseñe, puede conocer de dónde comenzó a vivir en el vientre de su madre; especialmente si aún le es tan desconocida la naturaleza humana, que no solo ignora lo que tiene dentro, sino también lo que se le añade desde fuera. ¿Así, amadísimo, me

enseñarás a mí o a cualquiera de dónde los hombres nacen animados, quien ignorabas hasta ahora de dónde los vivos son alimentados de tal manera que, al serles retirado un poco de ese alimento, mueren inmediatamente? ¿Tú me enseñarás o a cualquiera de dónde los hombres nacen animados, quien ignorabas hasta ahora de dónde los odres, cuando se inflan, se llenan? Ojalá que así como no sabes de dónde es el origen de las almas, así al menos yo supiera si debo saberlo en esta vida. Pues si es de aquellas cosas superiores, que se nos prohíbe investigar y escudriñar; debemos temer no pecar, no por ignorarlo, sino por buscarlo. Pues no debemos pensar que no es de aquellas cosas superiores, porque no pertenece a la naturaleza de Dios, sino a la nuestra.

CAPÍTULO V.

6. ¿Qué decir de que algunas cosas en las obras de Dios son más difíciles de conocer que Dios mismo, en la medida en que puede ser conocido? Pues hemos aprendido que Dios es Trinidad; pero cuántas especies de animales creó, al menos de los terrestres que pudieron entrar en el arca de Noé, aún no lo sabemos. A menos que tú ya lo hayas aprendido. En el libro de la Sabiduría está escrito: "Si pudieron tanto, que pudieron estimar el mundo: ¿cómo no encontraron más fácilmente a su Señor?" (Sab. XIII, 9). ¿O es porque esto está dentro de nosotros, por eso no es más elevado para nosotros? Pues la naturaleza del alma es más interior que el cuerpo. Como si el alma no pudiera conocer más fácilmente el cuerpo desde fuera a través de los ojos del mismo cuerpo, que desde dentro por sí misma. ¿Qué hay en las entrañas del cuerpo, donde ella no está? Y sin embargo, incluso las cosas internas y vitales las investigó con los ojos del cuerpo, y todo lo que pudo aprender de ellas, lo aprendió a través de los ojos del cuerpo. Y ciertamente estaba allí, incluso cuando no las conocía. Y aunque nuestras entrañas no pueden vivir sin el alma, el alma pudo vivificarlas más fácilmente que conocerlas. ¿O acaso el cuerpo es más elevado para su conocimiento que ella misma; y por eso, si quiere investigar y discutir, cuándo la semilla del hombre se convierte en sangre, cuándo en carne sólida, cuándo se endurecen los huesos, cuándo comienzan a medularse; cuántos son los tipos de venas y nervios, con qué recorridos y giros riegan todo el cuerpo, lo atan; si la piel debe contarse entre los nervios, si los dientes entre los huesos; pues carecen de médula; y en qué se diferencian las uñas de ambos, ya que son similares en dureza, pero cortarse y crecer es común a ellas con el cabello; cuál es el uso de las venas, no de la sangre, sino del aire, que llaman arterias: si el alma desea conocer estas y otras cosas similares de la naturaleza de su cuerpo, ¿debe decirse entonces al hombre: "No busques cosas más altas que tú, ni investigues cosas más fuertes que tú"? Pero si investiga sobre su origen lo que no sabe, ¿no es más alto ni más fuerte, para que pueda comprenderlo? ¿Y consideras absurdo e incongruente con la razón que el alma no sepa si fue insuflada divinamente o extraída de los padres, cuando ya no recuerda esto pasado, y lo cuenta entre aquellas cosas que irrevocablemente, como la infancia, y otras de la edad reciente desde el útero ha olvidado, si es que se hizo con algún sentido suyo cuando se hizo: y no consideras absurdo e incongruente que no sepa sobre el cuerpo que le está sujeto, y que no es de sus cosas pasadas, sino que ignora completamente de las presentes, si mueve las venas para vivir en el cuerpo, pero los nervios para operar con los miembros del cuerpo: y si es así, ¿por qué no mueve los nervios, a menos que quiera; pero el pulso de las venas, incluso si no quiere, actúa sin interrupción: de qué parte del cuerpo domina sobre las demás, lo que llaman ἡγεμονικόν, si del corazón, o del cerebro, o distribuidos del corazón los movimientos, del cerebro los sentidos, o del cerebro tanto los sentidos como los movimientos voluntarios, pero del corazón los pulsos no voluntarios de las venas; y si hace esas dos cosas del cerebro, ¿por qué siente incluso si no quiere, pero no mueve los miembros a menos que quiera? Entonces, si ella no hace estas cosas en el cuerpo, ¿por qué no sabe lo que hace, o de dónde lo hace? Y no le es vergonzoso

lo que no sabe; ¿y consideras vergonzoso que no sepa de dónde o cómo fue hecha, cuando no se hizo a sí misma? En verdad, nadie sabe cómo hace estas cosas y de dónde actúa en el cuerpo; ¿por eso no crees que pertenece a aquellas cosas más altas y más fuertes?

CAPÍTULO VI.

7. Pero yo te planteo una cuestión mayor, ¿por qué tan pocos saben de dónde actúan, lo que todos hacen? Tal vez dirás: Porque ellos aprendieron el arte anatómico o empírico, que contiene la disciplina médica, que pocos alcanzan; pero los demás no quisieron aprender esto, aunque podrían si realmente quisieran. Aquí omito decir por qué muchos intentan aprender esto y no pueden; porque son impedidos por una lentitud, lo cual es muy sorprendente, para aprender de otros lo que ellos mismos hacen y en ellos mismos. Pero esta es la gran cuestión, ¿por qué no necesito arte para saber que el sol, la luna y otras estrellas están en el cielo; y necesito arte para saber, cuando muevo un dedo, de dónde empiezo, si del corazón, o del cerebro, o de ambos, o de ninguno; y no necesito un maestro para saber qué es tan alto sobre mí, pero espero aprender de otro hombre de dónde se hace en mí lo que se hace en mí. Pues cuando se dice que pensamos en el corazón, y lo que pensamos, lo sabemos sin que lo sepa ningún otro hombre; sin embargo, no sabemos en qué parte del cuerpo tenemos el mismo corazón donde pensamos, a menos que lo aprendamos de otro que no sabe lo que pensamos. Y no ignoro que cuando escuchamos que debemos amar a Dios con todo nuestro corazón, no se dice esto de esa parte de nuestra carne que se esconde bajo las costillas; sino de esa fuerza con la que se hacen los pensamientos: que con razón se llama así, porque así como el movimiento no cesa en el corazón, de donde el pulso se difunde por todas partes de las venas, así no cesamos de dar vueltas a algo pensando. Sin embargo, aunque todo sentido está en el alma y en el cuerpo, ¿por qué incluso en la oscuridad, y con los ojos cerrados, con el sentido del cuerpo que se llama tacto, contamos nuestros miembros externos; pero con la presencia interior del alma, que está presente a todo lo que vivifica y anima, no conocemos nuestras entrañas internas, ni los médicos empíricos, ni los anatómicos, ni los dogmáticos, ni los metódicos, sino que creo que ningún hombre lo sabe?

8. Y cualquiera que haya intentado aprender esto, no se le dice en vano: "No busques cosas más altas que tú, ni investigues cosas más fuertes que tú". Pues no son más altas de lo que nuestra estatura puede alcanzar, sino de lo que nuestra conjetura puede comprender; y más fuertes de lo que la fuerza del ingenio humano puede penetrar: y sin embargo, no es el cielo de los cielos, no la dimensión de las estrellas, no la medida del mar y de las tierras, no el infierno inferior: somos nosotros, que no podemos comprendernos; superamos el límite de nuestro conocimiento; no podemos captarnos a nosotros mismos, y ciertamente no estamos fuera de nosotros. Y no por eso debemos compararnos con los animales, porque no encontramos completamente lo que somos: y piensas que debemos compararnos con los animales si hemos olvidado lo que fuimos, si es que alguna vez lo supimos. Pues ahora mi alma no es extraída de los padres, ni insuflada por Dios: cualquiera de estas cosas que haya hecho, lo hizo cuando me creó; no lo hace ahora de mí, ni en mí: eso ya se hizo y pasó, ni está presente para mí, ni es reciente. Ni siquiera sé si lo supe, y lo olvidé; o si cuando se hizo, no pude sentirlo ni conocerlo.

CAPÍTULO VII.

9. He aquí ahora, ahora mientras somos, mientras vivimos, mientras sabemos que vivimos, mientras estamos segurísimos de que recordamos, entendemos y queremos, nosotros que nos jactamos de ser grandes conocedores de nuestra naturaleza, no sabemos en absoluto qué puede nuestra memoria, o inteligencia, o voluntad. Un amigo mío desde la adolescencia,

llamado Simplicio, hombre de memoria excelente y admirable, cuando le preguntamos qué versos de Virgilio había dicho en todos los libros más allá de los últimos; respondió de inmediato, rápidamente y de memoria. También le pedimos que dijera los anteriores, y los dijo. Y creímos que podía recitar a Virgilio al revés. De cualquier lugar que quisimos, le pedimos que lo hiciera, y lo hizo. Incluso de prosa, de cualquier discurso de Cicerón que había memorizado, quisimos que lo hiciera; y cuanto quisimos, lo siguió hacia arriba. Cuando nos maravillamos, testificó ante Dios que no sabía que podía hacer eso antes de esa experiencia: así, en cuanto a la memoria se refiere, su mente lo aprendió entonces; y no podría aprenderlo en cualquier momento, a menos que lo intentara y experimentara. Y sin duda, antes de intentarlo, era el mismo: ¿por qué entonces no se conocía a sí mismo?

10. A menudo presumimos que recordaremos algo, y cuando lo creemos, no lo escribimos; y luego no nos viene a la mente cuando queremos, y nos arrepentimos de haber creído que vendría, o de no haberlo atado a las letras para que no se escapara; y de repente, de nuevo, cuando no lo buscamos, aparece. ¿Acaso no éramos nosotros cuando lo pensábamos? y sin embargo, no somos lo que fuimos cuando no podemos pensar en ello. ¿Qué es entonces, que de alguna manera nos retiramos y nos negamos a nosotros mismos; y de nuevo de alguna manera nos presentamos a nosotros mismos, y nos devolvemos a nosotros mismos? como si fuéramos otros, y estuviéramos en otro lugar, cuando buscamos y no encontramos lo que pusimos en nuestra memoria; ni podemos llegar a nosotros mismos como si estuviéramos puestos en otro lugar, y llegamos cuando encontramos. ¿Dónde buscamos sino en nosotros mismos? y ¿qué buscamos sino a nosotros mismos? como si no estuviéramos en nosotros, y nos hubiéramos retirado de nosotros. ¿No te das cuenta, y te horroriza tal profundidad? ¿Y qué es esto sino nuestra naturaleza, no como fue, sino como es ahora? Y he aquí que se busca más de lo que se comprende. A menudo pensé que entendería una cuestión propuesta si pensaba en ella; pensé, y no pude: a menudo no lo pensé, y sin embargo pude. Por lo tanto, las fuerzas de mi inteligencia no me son conocidas, y creo que tampoco a ti.

11. Pero tal vez me desprecias confesando esto, y por eso también me compararás con los animales. Sin embargo, no dejo de advertirte, o si no te dignas, al menos no dejo de recordarte, que reconozcas más bien la debilidad común, en la que se perfecciona la virtud: para que no puedas llegar a la verdad presumiendo de lo desconocido como conocido. Pues creo que hay algo que tú también buscas entender, y no puedes, pero no lo buscarías, a menos que esperases poder. Por lo tanto, tú también no conoces las fuerzas de tu inteligencia, que profesas el conocimiento de tu naturaleza, y no confiesas la ignorancia conmigo. ¿Qué diré de la voluntad, donde ciertamente se proclama nuestro libre albedrío? Sin duda, el bienaventurado apóstol Pedro quería poner su vida por el Señor (Juan XIII, 37): claramente quería; pues no engañaba a Dios prometiéndolo: pero la misma voluntad no sabía cuánta fuerza tenía. Por lo tanto, un hombre tan grande, que había conocido al Hijo de Dios, se ocultaba a sí mismo. Sabemos, por lo tanto, que queremos algo, o no queremos: pero nuestra voluntad, incluso cuando es buena, no sabemos cuánta fuerza tiene, cuántas fuerzas tiene, a qué tentaciones cede, o a cuáles no cede, si no nos engañamos, hijo amado, no sabemos.

CAPÍTULO VIII.

12. Mira, por lo tanto, cuántas cosas no pasadas, sino presentes de nuestra naturaleza, y no solo lo que concierne al cuerpo, sino también lo que concierne al hombre interior ignoramos, y sin embargo no nos comparamos con los animales. Y tú, porque no sé completamente el origen pasado de mi alma, sino que no lo sé completamente; pues sé que me fue dada por Dios, pero no que sea de Dios; me consideraste digno de tanto reproche. ¿Y cuándo puedo recordar todo lo que no sabemos de la naturaleza de nuestro espíritu y alma? Donde más bien

debemos exclamar a Dios, lo que aquel exclamó en el Salmo: "Tu ciencia es maravillosa para mí; se ha fortalecido, no podré alcanzarla" (Salmo CXXXVIII, 6). ¿Por qué añadió "para mí", sino porque desde sí mismo conjeturaba cuán incomprensible era la ciencia de Dios, ya que no podía comprenderse a sí mismo? El Apóstol era arrebatado al tercer cielo, y escuchaba palabras inefables, que no es lícito al hombre hablar, y dice que no sabía si le había sucedido en el cuerpo o fuera del cuerpo (II Cor. XII, 2-4), y no teme ser comparado con los animales por ti. Sabía que su espíritu estaba en el tercer cielo, estaba en el paraíso, y no sabía si estaba en el cuerpo. Y sin duda el tercer cielo y el paraíso no eran el mismo apóstol Pablo; pero su cuerpo y su alma y su espíritu sí lo eran. He aquí que sabía cosas grandes, altas y divinas, que él mismo no era; y no sabía esto, que pertenecía a su naturaleza. ¿Quién en tanta ciencia de cosas ocultas, no se maravillaría de tanta ignorancia de sí mismo? ¿Quién finalmente creería, si no lo dijera quien no engaña: "No sabemos qué pedir como conviene"? Donde debe estar nuestra máxima intención, para que nos extendamos hacia lo que está delante: y tú, si he olvidado algo de mi origen en lo que está detrás, me comparas con los animales, cuando escuchas al mismo apóstol diciendo: "Olvidando lo que queda atrás, extendiéndome hacia lo que está delante, sigo hacia la meta del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús" (Filip. III, 13, 14).

CAPÍTULO IX.

13. ¿O tal vez también esto porque dije: "No sabemos qué pedir como conviene"; piensas que debo ser ridiculizado, y me juzgas similar a los animales irracionales? Y tal vez más tolerable. Pues cuando con juicio recto y sano preferimos nuestro futuro a nuestro pasado, y la oración no es necesaria para nosotros por lo que fuimos, sino por lo que seremos, es mucho más molesto no saber qué pedir, que cómo surgimos. Pero que te venga a la mente dónde leíste esto, o recuérdalo releendo: y no lances contra mí la piedra de este reproche; no sea que llegue a quien no deseas. Pues ese mismo doctor de los gentiles, el Apóstol, dijo: "No sabemos qué pedir como conviene". Lo cual no solo enseñó con palabras, sino que también lo demostró con su ejemplo. Pues contra la utilidad y la perfección de su salvación, oraba ignorante para que se apartara de él el aguijón de la carne, que dijo que le fue dado para que no se exaltara por la grandeza de sus revelaciones. Y porque el Señor lo amaba, no hizo lo que pedía ignorante (II Cor. XII, 7-9). Pero sin embargo, donde dijo: "No sabemos qué pedir como conviene"; inmediatamente añadió: "Pero el mismo Espíritu intercede por nosotros con gemidos inefables. Y el que escudriña los corazones sabe cuál es el deseo del Espíritu, porque intercede por los santos según Dios" (Rom. VIII, 26, 27); es decir, hace que los santos intercedan. Ese mismo Espíritu, que Dios envió a nuestros corazones, clamando, Abba, Padre (Gál. IV, 6); y en el que clamamos, Abba, Padre (Rom. VIII, 15): ambas cosas se dijeron, que recibimos el Espíritu clamando, Abba, Padre; y en el que clamamos, Abba, Padre; para que se explicara cómo dijo clamando, es decir, haciendo clamar, para que clamemos por su acción. Que me enseñe, por lo tanto, esto también cuando quiera, si sabe que me conviene, para que sepa de dónde provengo según el alma. Pero que me enseñe ese Espíritu, que escudriña la profundidad de Dios; no el hombre que no sabe de dónde se infla el fuelle. Sin embargo, no por eso te comparo con los animales. Pues no lo ignorabas porque no podías, sino porque no lo habías advertido.

CAPÍTULO X.

14. Pero tal vez tú, aunque sean más altas las cosas que se preguntan sobre el origen de las almas, que de dónde tomamos y devolvemos el aliento; sin embargo, confías en haber aprendido esas cosas más altas de las Escrituras sagradas, de las cuales por fe aprendemos, lo que ningún ingenio humano podría investigar. Pues es mucho más excelente saber que la

carne resucitará y vivirá sin fin, que cualquier cosa que los médicos puedan investigar en ella, que ningún sentido percibe el alma, aunque con su presencia vivifique todo lo que no conoce: y es mucho mejor saber que el alma, que ha renacido y ha sido renovada en Cristo, será eternamente bienaventurada, que cualquier cosa que no sepamos de su memoria, inteligencia, voluntad. Pero estas cosas que dije más excelentes y mejores, de ninguna manera podríamos saberlas, si no creyéramos en los divinos elocuentes. Por lo tanto, tal vez piensas que confías en estos elocuentes, para no dudar en pronunciar una sentencia definida sobre el origen de las almas. Primero, si así fuera, no deberías atribuir a la naturaleza humana misma, que el hombre sepa investigar y discutir sobre su calidad y naturaleza, sino al don de Dios. Pues dijiste: "¿Qué diferencia hay entre el hombre y el animal, si no sabe esto?" ¿Qué necesidad hay, entonces, de leer algo para saber esto, si por el mismo hecho de que nos diferenciamos del animal, ya debemos saber esto? Pues así como no me lees para que sepa que vivo, ya que mi naturaleza tiene que no puedo ignorar esto: así, si también saber aquello es de la naturaleza, ¿por qué me ofreces testimonios de las Escrituras para que crea sobre este asunto? ¿Acaso solo se diferencian del animal quienes las leen? ¿No fuimos creados de tal manera que nos diferenciamos de los animales, incluso antes de poder llegar a alguna letra? ¿Qué es, te pregunto, lo que tanto arrogas a nuestra naturaleza, que por el mismo hecho de que se diferencia del animal, ya sabe investigar y discutir sobre el origen de las almas; y nuevamente la haces tan carente de este conocimiento, que no puede saberlo humanamente, a menos que crea en testigos divinos?

CAPÍTULO XI.

15. Luego, también en esto te equivocas. Pues los testimonios divinos que quisiste referir para resolver esta cuestión no lo aclaran. Otra cosa es lo que demuestran, sin lo cual verdaderamente no podemos vivir piadosamente, a saber, que tengamos a Dios como dador, creador y formador de nuestras almas. Pero cómo lo hace, si las crea nuevas soplando o las extrae de los padres, no lo expresan, salvo en el caso de aquella única que dio al primer hombre. Lee atentamente lo que escribí a nuestro hermano, el siervo de Dios Renatus: pues allí, ya que lo mostré, no fue necesario escribirlo aquí también. Sin embargo, quisieras que yo definiera lo que tú mismo definiste, para que me viera empujado a las mismas estrecheces en las que tú mismo te has visto empujado, hablando tanto y tan grandemente contra la fe católica, que si lo recuerdas y consideras fiel y humildemente, verás ciertamente cuánto te habría beneficiado saber que no sabes lo que no sabes; y cuánto te beneficiará si al menos ahora lo sabes. Pues si te agrada la inteligencia en la naturaleza del hombre, ya que realmente si no la tuviera, en cuanto a las almas se refiere, no nos diferenciaríamos en nada de los animales; entiende lo que no entiendes, para que no entiendas nada en absoluto; y no desprecies al hombre, que para entender verdaderamente lo que no entiende, entiende que no lo entiende. De dónde se dice en el sagrado Salmo: "El hombre en honor, no entendió; fue comparado con los animales insensatos, y se hizo semejante a ellos"; lee y entiende, para que evites humildemente este reproche en lugar de arrojarlo con soberbia a otro. Pues esto se dice de aquellos que consideran esta vida como la única vida, viviendo según la carne y sin esperar nada después de la muerte, como los animales: no de aquellos que ni niegan saber lo que saben, y confiesan no saber lo que no saben, y entienden más bien su debilidad que confían en su propia virtud.

16. No te desagrade, pues, mi temor senil a tu presunción juvenil, hijo. Porque si no puedo saber lo que preguntamos sobre el origen de las almas, ni por Dios ni por algún hombre espiritual que me enseñe, estoy más dispuesto a defender que Dios, como muchas otras cosas, no quiso que lo supiéramos, que a decir temerariamente algo que sea tan oscuro que no solo

no pueda llevarlo a la comprensión de otros, sino que ni siquiera yo mismo lo entienda; o que incluso ayude a los herejes, que intentan persuadir de que las almas de los niños son puras de toda culpa, para que no recaiga y retorne la misma culpa en Dios como autor, al haberlas obligado a ser pecadoras al dárselas a la carne pecadora, sin que ninguna gracia del Bautismo las salve de la condenación perpetua: ya que innumerables almas de niños salen de los cuerpos antes de ser bautizadas. Lejos de mí, pues, que queriendo diluir esto, diga lo que tú mismo dijiste: "Que el alma mereció ser contaminada por la carne y ser pecadora, no teniendo ningún pecado anterior por el cual se diga que lo mereció justamente"; y "que también sin Bautismo se perdonan los pecados originales"; y "que también se concede el reino de los cielos a los no bautizados al final." Si no temiera decir estos y otros venenos de la fe, tal vez no temería definir algo sobre este asunto. Cuánto mejor, pues, no discuto separadamente sobre el alma ni afirmo lo que no sé; sino que mantengo simplemente lo que veo que el Apóstol enseñó clarísimamente. Que de un solo hombre todos los hombres van a la condenación, los que nacen de Adán, a menos que renazcan en Cristo, como instituyó que renacieran, antes de morir en el cuerpo, aquellos que el misericordiosísimo dador de gracia predestinó a la vida eterna: quien es también el justísimo retribuidor de castigo para aquellos que predestinó a la muerte eterna; no solo por aquellas cosas que voluntariamente añaden, sino también si los infantes no añaden nada, por el pecado original. Esta es mi definición en esa cuestión, para que las obras ocultas de Dios tengan su secreto, salvaguardando mi fe.

CAPÍTULO XII.

17. Ahora ya, en la medida en que el Señor se digne concederlo, también debo responder a aquello donde, hablando del alma, repetiste mi nombre, y dijiste: "No permitimos que sea incorpórea y la misma espíritu, como profesa el peritísimo obispo Agustín." Primero, discutamos si el alma debe considerarse incorpórea, como yo dije, o corpórea, como tú piensas. Luego, si también ella misma se llama espíritu según nuestras Escrituras; aunque también se le llame propiamente espíritu, no en su totalidad, sino en parte. Y primero quisiera saber cómo defines lo que es cuerpo. Pues si no es cuerpo, sino lo que consta de miembros carnales; ni la tierra será cuerpo, ni el cielo, ni la piedra, ni el agua, ni las estrellas, ni nada de este tipo. Pero si es cuerpo todo lo que consta de partes mayores y menores ocupando espacios mayores y menores de lugares; también son cuerpos estas cosas que mencioné: el aire es cuerpo, la luz visible es cuerpo, y todo como dice el Apóstol, cuerpos celestiales y cuerpos terrestres.

18. Pero si el alma es algo así, se investiga con el mayor escrúpulo y sutileza. Sin embargo, tú, de lo cual me congratulo mucho, afirmas que Dios no es cuerpo. Pero me haces preocupar de nuevo cuando dices: "Si el alma carece de cuerpo, para que sea, como a algunos les agrada, de vacía inanidad, de sustancia aérea y fútil." Pues con estas palabras tuyas pareces creer que todo lo que carece de cuerpo es de sustancia vacía. Si es así, ¿cómo te atreves a decir que Dios carece de cuerpo, y no temes que se siga que es de sustancia vacía? Pero si Dios carece de cuerpo, lo cual ya has confesado; y no te atreves a decir que es de sustancia vacía: entonces no es de sustancia vacía todo lo que carece de cuerpo. Y por eso quien dice que el alma es incorpórea, no es consecuente que quiera que parezca de sustancia vacía y fútil: porque también confiesa que Dios, que no es algo vacío, es al mismo tiempo incorpóreo. Pero mira cuánta diferencia hay entre lo que digo y lo que tú piensas que digo. Pues yo no digo que el alma sea de sustancia aérea; de lo contrario, confieso que es cuerpo. El aire, en efecto, es cuerpo, según todos los que cuando hablan de cuerpos, saben de qué hablan. Pero tú, porque dije que el alma es incorpórea, pensaste que por eso la dije de sustancia vacía y aérea: cuando he dicho que no es cuerpo, que es aire; y lo que se llena de aire, no puede ser vacío. Lo cual ni tus odres pudieron advertirte. Pues ¿qué otra cosa se

comprime en ellos, sino aire, cuando se inflan? Que no son tan vacíos, que con la misma plenitud soportan incluso pesos. Pero si acaso te parece que el soplo es una cosa, y el aire otra; cuando el aire en movimiento es el soplo, lo cual también puede demostrarse agitando un abanico: ciertamente cualquier vasija cóncava que creas vacía, para que reconozcas que está llena, sumérgela en agua por la parte que se llena, y verás que nada de humedad puede entrar, siendo repelido por el aire, con el que está llena. Pero cuando se colocan con la boca hacia arriba, o de lado, entonces reciben el líquido, si se vierte o entra, saliendo y escapando el aire, por donde hay salida. Esto podría demostrarse más fácilmente con un hecho presente que con escritura. Pero no es necesario detenerse aquí más tiempo, ya que, ya sea que entiendas que la naturaleza del aire es corpórea, o no lo entiendas, no debes pensar que yo dije que el alma es de sustancia aérea, sino completamente incorpórea: lo cual también confiesas que es Dios, a quien no te atreves a decir que es algo vacío; pero no puedes negar que es de sustancia omnipotente e inmutable. ¿Por qué, entonces, tememos que el alma sea de vacía inanidad, si es incorpórea, cuando confesamos que Dios es incorpóreo, y no decimos que es de vacía inanidad? Así, pues, pudo el incorpóreo crear un alma incorpórea, del mismo modo que el viviente una viviente, aunque inmutable una mutable, y el omnipotente una muy inferior.

CAPÍTULO XIII.

19. Pero no veo por qué no quieres que el alma sea espíritu, sino que quieres que sea cuerpo. Pues si por eso no es espíritu, porque el Apóstol nombró distintamente al espíritu diciendo: "Y todo vuestro espíritu, y alma, y cuerpo"; la misma razón es por la que no es cuerpo, porque nombró distintamente también al cuerpo. Pero si afirmas que el alma es cuerpo, aunque se nombre distintamente al cuerpo, permite que también sea espíritu, aunque se nombre distintamente al espíritu. Pues mucho más debería parecerse que el alma es espíritu que cuerpo; porque confiesas que el espíritu y el alma son de una misma sustancia, pero no dices que el alma y el cuerpo sean de una misma sustancia. ¿Cómo, pues, es cuerpo el alma, cuando su naturaleza es diversa de la del cuerpo; y no es espíritu el alma, cuando su naturaleza es una y la misma que la del espíritu? ¿Qué, que con esta tu razón también te ves obligado a decir que el espíritu es cuerpo? De lo contrario, si el espíritu no es cuerpo, y el alma es cuerpo; no son el espíritu y el alma de una misma sustancia. Pero tú confiesas que ambos, aunque sientas que son dos cosas, tienen una misma sustancia. Por lo tanto, también el espíritu es cuerpo, si el alma es cuerpo: pues de otro modo no pueden ser de una misma naturaleza. Por consiguiente, según tú, aquello que dice el Apóstol, "Vuestro espíritu, y alma, y cuerpo": son tres cuerpos; pero de estos dos, el alma y el espíritu son cuerpos de una misma naturaleza; el cuerpo, sin embargo, que también se llama carne, es de naturaleza diversa. Y de estos tres cuerpos, como opinas, de los cuales uno es de naturaleza diversa, y dos son de una misma sustancia, se compone todo el hombre, una sola cosa y una sola sustancia. Afirmando esto, no quieres, sin embargo, que dos cosas de una misma sustancia, es decir, el alma y el espíritu, tengan un solo nombre de espíritu: cuando dos cosas no de una misma, sino de una sustancia desigual y diversa, es decir, el alma y el cuerpo, tienen un solo nombre de cuerpo, como piensas.

CAPÍTULO XIV.

20. Pero dejo esto, para que no sea más bien una controversia entre nosotros sobre los nombres que sobre las cosas. Veamos quién es el hombre interior, si el alma, o el espíritu, o ambos. Pero como veo que escribiste, dices que el hombre interior es el alma. Pues de esta hablabas cuando decías: "Y al congelarse la sustancia que no podía ser comprendida, formaba otro cuerpo dentro del cuerpo, conglomerado por la fuerza y el aliento de su naturaleza, y de

ahí comenzaba a aparecer el hombre interior, al que, como encerrado en la forma de la vaina corporal, delineó a semejanza de sí mismo la disposición del hombre exterior." Luego añades: "El soplo de Dios hizo el ánimo, más bien el soplo de Dios se hizo alma, formada sustancialmente, y según su naturaleza corpórea, y semejante a su cuerpo, conforme a su imagen." Después de esto, comenzando a hablar del espíritu: "Esta," dices, "alma que tenía su origen en el soplo de Dios, no podía estar sin sentido propio e íntimo intelecto, que es el espíritu." Así pues, como veo, quieres que el hombre interior sea el alma; el íntimo, el espíritu: como si también él fuera interior al alma, como ella al cuerpo. Así resulta que, del mismo modo que el cuerpo recibe a través de sus cavidades interiores otro cuerpo, que es el alma, como piensas; así también el alma debe creerse que tiene cavidades interiores vacías, donde el cuerpo tercero recibió al espíritu: y así todo el hombre consta de tres, exterior, interior, íntimo. ¿Acaso no ves todavía cuántas cosas absurdísimas te siguen, cuando intentas afirmar que el alma es corpórea? Luego dime: ¿cuál de ellos se renovará en el conocimiento de Dios, según la imagen de aquel que lo creó? ¿el interior, o el íntimo? El Apóstol, ciertamente, además del interior y el exterior, no veo que conozca otro interior del interior, es decir, el íntimo de todo el hombre. Pero elige el que quieras, que se renueve según la imagen de Dios: ¿cómo recibirá esta, quien ya tomó la imagen del exterior? Pues si a través de los miembros del exterior corrió el interior y se congeló (pues también usaste esta palabra, como si se tratara de un molde fundido hecho de una forma de barro, que fue hecha del polvo); ¿cómo, permaneciendo la misma forma, que le fue impresa o expresada del cuerpo, puede reformarse a la imagen de Dios? ¿O tendrá dos imágenes, de arriba la de Dios, de abajo la del cuerpo; como se dice en la moneda, Cabeza y nave? ¿O acaso dices que el alma tomó la imagen del cuerpo, y el espíritu toma la imagen de Dios, como si aquella estuviera contigua al cuerpo, y este al Dios; y así el hombre aquel íntimo, no este interior, se reformará a la imagen de Dios? Pero en vano dices esto. Pues si también aquel íntimo está así difundido a través de todos los miembros del alma, como aquella a través del cuerpo; ya también él a través del alma tomó la imagen del cuerpo, como aquella lo formó: y por lo tanto no tiene dónde tomar la imagen de Dios, permaneciendo en sí esta imagen del cuerpo; a menos que, como dije, la moneda se forme de otra manera en la parte inferior, de otra en la parte superior. A estas absurdidades te lleva, quieras o no, la carnal cogitación de los cuerpos, cuando piensas en el alma. Pero Dios, como también tú confiesas rectísimamente, no es cuerpo: ¿cómo, pues, tomará su imagen un cuerpo? Te ruego, hermano, que no te conformes a este siglo, sino que te reformes en la novedad de tu mente, y no pienses según la carne, porque es muerte.

CAPÍTULO XV.

21. Pero dices, "Si el alma carece de cuerpo, ¿qué es lo que el rico reconoce en el infierno? Ciertamente," dices, "ya conocía a Lázaro, no conocía a Abraham: ¿de dónde le vino el conocimiento de Abraham, muerto tanto tiempo antes?" Diciendo esto, si no crees que el conocimiento del hombre puede provenir sin la forma del cuerpo; para que te conozcas a ti mismo, creo que miras constantemente en el espejo, no sea que si olvidas tu rostro, no puedas reconocerte. Te ruego, ¿a quién conoce más el hombre que a sí mismo, y de quién menos puede ver el rostro que el suyo? ¿Quién puede conocer a Dios, a quien tú también no dudas que es incorpóreo; si fuera de la forma del cuerpo, como piensas, no puede provenir el conocimiento, es decir, si solo los cuerpos pueden conocerse? ¿Y qué cristiano, al discutir sobre cosas tan grandes y difíciles, presta tan negligentemente atención a las palabras divinas, que diga, "Si el alma es incorpórea, necesariamente carece de forma?" ¿Olvidaste que leíste la forma de la doctrina? ¿Entonces la forma de la doctrina es corpórea? ¿Olvidaste que está escrito de Cristo Jesús, antes de que fuera revestido de hombre, que estaba en la forma de

Dios? ¿Cómo, pues, dices, "Si el alma es incorpórea, necesariamente carece de forma;" cuando oyes la forma de Dios, a quien confiesas que no es corpóreo; y hablas como si la forma no pudiera existir sino en los cuerpos?

22. Dices también, "Cesan allí los nombres, donde no se distingue la forma; y nada hace allí la apelación de los nombres, donde no hay designación de personas." Queriendo probar con esto que el alma de Abraham era corpórea, porque se pudo decir, Padre Abraham. Ya dijimos que incluso donde no hay cuerpo, hay forma. Pero si crees que la apelación de los nombres no hace nada donde no hay cuerpos; cuenta estos nombres, te lo ruego: "El fruto del espíritu es amor, gozo, paz, longanimidad, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza": y dime si no reconoces las cosas mismas, de las cuales estos son los nombres, o si las reconoces de tal manera que ves algunos lineamientos de cuerpos. He aquí, para no mencionar otras cosas, dime qué figura, qué miembros, qué color tiene el amor; que ciertamente, si tú mismo no eres vacío, no puede parecerte algo vacío. "Cuyo auxilio fue implorado," dices, "ciertamente fue visto y formado corpóreo." Que los hombres te escuchen, y que nadie implore el auxilio de Dios, porque nadie puede verlo corpóreo.

CAPÍTULO XVI.

23. "Finalmente," dices, "se describen allí miembros del alma, para que verdaderamente sea cuerpo:" y quieres, "que por el ojo se entienda toda la cabeza," porque se dijo que levantó sus ojos; "por la lengua la garganta, por el dedo la mano," porque se dijo, "Envía a Lázaro, para que moje la punta de su dedo en agua, y refresque mi lengua." Sin embargo, para que no se te prescriba un Dios corpóreo por los nombres de los miembros, dices "que por estos deben entenderse virtudes incorpóreas:" porque defiendes rectísimamente que Dios no es corpóreo. ¿Qué causa hay, pues, para que estos nombres de miembros no te hagan cuerpo en Dios, pero sí en el alma? ¿O acaso cuando se dicen de la criatura, deben tomarse propiamente; pero cuando del Creador, de manera figurada y trasladada? ¿Darás, pues, alas corpóreas a nosotros, ya que no el Creador, sino la criatura, es decir, el hombre dice, "Si tomare mis alas como paloma"? Pero si por eso el rico tenía lengua corpórea porque dijo, "Refresque mi lengua:" también en nosotros, que aún vivimos en la carne, la lengua tiene manos corpóreas, porque está escrito, "La muerte y la vida están en manos de la lengua." Creo que tampoco te parece que el pecado sea criatura, o que sea cuerpo: ¿por qué, entonces, tiene rostro? ¿No oyes en el Salmo, "No hay paz en mis huesos, a causa de mis pecados"?

24. En cuanto a que consideras que el "seno de Abraham" es "corpóreo, y a través de él" afirmas "se reconoce todo su cuerpo," temo que en un asunto tan serio se te pueda considerar actuando de manera jocosa y burlona, no sería y gravemente. Pues no creo que seas tan insensato como para pensar que el seno corpóreo de un solo hombre pueda contener tantas almas, o, para hablar según tú, "contener tantos cuerpos de los bienaventurados, cuantos los ángeles llevan allí como a Lázaro." A menos que opines tal vez que solo una única alma mereció llegar a ese mismo seno. Si no estás bromeando y no deseas errar infantilmente, entiende por el seno de Abraham un lugar apartado de descanso y secreto, donde está Abraham. Y por eso se dice el seno de Abraham (Lucas XVI, 19-31), no porque sea solo de él, sino porque él ha sido puesto como padre de muchas naciones (Génesis XVII, 4, 5), a quienes se propone como líder de la fe para imitar: así como Dios quiso ser llamado el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob (Éxodo III, 6), siendo el Dios de innumerables.

CAPÍTULO XVII.

25. No pienses que discurro de esta manera como si negara que pueda suceder que el alma del difunto, como la del durmiente, sienta en la semejanza de su cuerpo, ya sea bien o mal. Pues también en los sueños, cuando sufrimos algo duro y molesto, ciertamente somos nosotros; y si no pasan al despertar, pagamos penas muy graves. Pero creer que son cuerpos aquellos con los que aquí y allá como que volamos y nos movemos en sueños, es propio de quien ha reflexionado poco atentamente sobre tales cosas: pues de estas imágenes de visiones, se prueba principalmente que el alma no es corpórea: a menos que quieras decir que también son cuerpos aquellos que vemos en sueños, el cielo, la tierra, el mar, el sol, la luna, las estrellas, los ríos, los montes, los árboles, los animales. Quien cree que estos son cuerpos, increíblemente delira: sin embargo, son completamente semejantes a los cuerpos. De este tipo son también aquellas cosas que se demuestran divinamente significativas, ya sea en sueños o en éxtasis: ¿quién puede investigar o decir de dónde provienen, es decir, cuál es como su materia? Sin duda, es espiritual, no corporal. Pues estas especies de cuerpos, aunque no son cuerpos, se forman en la mente de los que están despiertos y se contienen en la profundidad de la memoria; y desde sus recónditos senos, de alguna manera maravillosa e inexplicable, cuando recordamos, emergen y se presentan como si estuvieran ante los ojos. Por tanto, tantas y tan grandes imágenes de cuerpos, si el alma fuera un cuerpo, no podría contenerlas pensando o recordando. Según tu definición, "la sustancia corpórea no excede este cuerpo exterior." ¿Con qué magnitud, que no tiene, puede contener imágenes de cuerpos tan grandes y de espacios y regiones? ¿Qué hay de extraño, entonces, si también se aparece a sí misma en la semejanza de su cuerpo, incluso cuando aparece sin cuerpo? Pues no se aparece a sí misma con su cuerpo en sueños, y sin embargo, en esa misma semejanza de su cuerpo, recorre lugares desconocidos y conocidos, y siente muchas cosas alegres o tristes. Pero creo que ni tú te atreverías a decir que aquella figura del cuerpo y de los miembros, que parece tener en sueños, es un verdadero cuerpo. Pues de este modo será un verdadero monte el que parece ascender; y una casa corpórea la que parece entrar; y un árbol verdadero y un verdadero tronco corpóreo bajo el cual parece yacer; y un agua verdadera la que parece sacar; y todo en lo que se mueve como si fueran cuerpos, serán cuerpos si también es un cuerpo lo que se mueve entre todas esas cosas con una imagen semejante.

CAPÍTULO XVIII.

26. Debo decirte algo sobre las visiones escritas de los mártires; ya que también pensaste que debía tomarse testimonio de allí. Pues bien, la santa Perpetua se vio a sí misma en sueños luchando como hombre con un egipcio. ¿Quién duda que en aquella semejanza de cuerpo estaba su alma, no su cuerpo, que ciertamente permanecía en su sexo femenino, con los sentidos dormidos, yacía en el lecho, cuando su alma luchaba en aquella semejanza de cuerpo masculino? ¿Qué dices aquí? ¿Era verdadero cuerpo aquella semejanza de hombre, o no era cuerpo, aunque tuviera semejanza de cuerpo? Elige lo que quieras. Si era cuerpo, ¿por qué no conservaba la forma de su vagina? Pues en la carne de aquella mujer no había encontrado genitales masculinos, de donde pudiera formarse contrayéndose, y, como tú dices, "gelándose." Luego, te ruego, cuando el cuerpo del durmiente aún vivía, cuando su alma luchaba, estaba en su vagina, ciertamente con todos los miembros del viviente incluidos, y en su cuerpo conservaba su forma, de la cual había sido formada: pues no había dejado aún aquellos miembros, como sucede en la muerte; no había aún extraído los miembros formados de los formantes por la fuerza de la muerte: ¿de dónde, entonces, era el cuerpo masculino del alma, en el que parecía luchar con el adversario? Pero si no era cuerpo, y sin embargo era algo semejante al cuerpo, en el que ciertamente se sentía un verdadero esfuerzo o una verdadera alegría; ¿ves ya cómo puede ser que haya en el alma una cierta semejanza de cuerpo, y no sea ella misma cuerpo?

27. ¿Qué si algo así sucede en el más allá, y las almas se reconocen entre sí, no en cuerpos, sino en semejanzas de cuerpos? Pues cuando sufrimos cosas tristes, aunque en sueños, aunque sea semejanza de miembros corporales, no son miembros corpóreos; sin embargo, no es semejanza de pena, sino pena: así también donde se sienten cosas alegres. Pero como la santa Perpetua aún no había muerto, tal vez no quieras que se te prescriba desde aquí: aunque es muy relevante para el asunto, qué naturaleza crees que tienen aquellas semejanzas de cuerpos que tenemos en sueños; y todo este caso estaría resuelto si confieras que son semejantes a los cuerpos, y no son cuerpos. Sin embargo, Dinócrates, su hermano, estaba muerto: lo vio con aquella herida que tuvo en vida, y por la cual fue llevado a la muerte. ¿Dónde está lo que con tanto esfuerzo trabajaste, cuando tratabas sobre la amputación de los miembros, para que no se pensara que el alma se cortaba al mismo tiempo? He aquí que había una herida en el alma de Dinócrates, que la expulsó del cuerpo cuando estaba en su cuerpo. ¿Cómo, entonces, según tu opinión, "cuando se cortan los miembros del cuerpo, se sustrae del golpe, y se recoge densándose en otras partes, para que ninguna parte de ella sea amputada por la herida del cuerpo," incluso si se corta algo de los miembros al durmiente y al ignorante? Pues le atribuiste tanta vigilancia, que incluso ocupada con las visiones de los sueños, si una herida irrumpe sin que lo sepa, donde la carne es herida, se sustrae prudentemente y con rapidez, para que no pueda ser herida y dañada, o cortada: y no te das cuenta, hombre prudente, que si el alma se sustrajera de allí, tampoco se sentiría aquella herida. Pero encuentra lo que puedas responder, cómo el alma arranca sus partes y las esconde dentro, para que donde se corta o hiere el miembro del cuerpo, no sea amputada y dañada ella misma. Mira a Dinócrates, y di por qué su alma no se sustrajo de aquel lugar del cuerpo, que era devastado por una herida mortal, para que no se hiciera en ella lo que en su rostro también después de la muerte de su cuerpo aparecía. ¿O tal vez también te parece bien que creamos que estas son más bien semejanzas de cuerpos que cuerpos; para que así como aparece una herida, que no es herida, así lo que no es cuerpo, aparezca como cuerpo? Pues si el alma puede ser herida por aquellos que hieren el cuerpo, ¿no hay que temer que pueda ser matada por aquellos que matan el cuerpo? Lo cual el Señor testifica clarísimamente que no puede suceder (Mateo X, 28). Y sin embargo, el alma de Dinócrates no pudo morir por aquello por lo que su cuerpo murió: y apareció como herida, como el cuerpo había sido herido, porque no era cuerpo, sino que tenía en la semejanza del cuerpo también la semejanza de la herida: pero en el no verdadero cuerpo había verdadera miseria del alma, que se significaba con la sombra de la herida del cuerpo, de la cual mereció ser liberada por las oraciones de su santa hermana.

28. Ahora bien, ¿cómo es eso de decir que "el alma toma forma del cuerpo, y con el crecimiento del cuerpo se extiende y crece;" y no considerar cuán monstruosa se vuelve el alma de un joven o un anciano, si se le corta el brazo de niño? "Pues se contrae," como dices; "la mano del alma, para que no sea amputada con la mano del cuerpo, y se recoge densándose en otras partes del cuerpo." Por lo tanto, aquel brazo del alma, tan breve como fue el cuerpo del que tomó la forma, así de breve se conservará dondequiera que se conserve; porque perdió la forma, cuyo crecimiento podría crecer al mismo tiempo. Sale, entonces, el alma del joven o del anciano, que perdió la mano cuando era pequeño, teniendo ciertamente dos manos, porque una al huir no fue amputada con el cuerpo, pero una juvenil o senil, y la otra como fue al principio, infantil. Tales almas, créeme, no las hace la forma del cuerpo, sino la deformidad del error las imagina. No me parece que puedas ser rescatado de este error, a menos que, con la ayuda de Dios, consideres diligentemente las visiones de los soñadores, y de ahí reconozcas que hay algunas que no son cuerpos, sino semejanzas de cuerpos. Pues aunque también lo que imaginamos semejante a los cuerpos es de ese tipo: sin embargo, en lo

que respecta a los muertos, se toma una conjetura más adecuada de los durmientes. Pues no en vano llama la Sagrada Escritura a los que han muerto durmientes (I Tesalonicenses IV, 12), porque de alguna manera el sueño es pariente de la muerte (Virgilio, Eneida, libro 6, verso 279).

CAPÍTULO XIX.

29. Por tanto, si el alma fuera cuerpo, y la figura corpórea en la que se ve en sueños, porque hubiera sido expresada del cuerpo; ningún hombre, al que se le amputara un miembro del cuerpo, se vería a sí mismo en sueños sin él, como carece de él, sino más bien siempre íntegro, porque nada de su alma hubiera sido amputado. Pero como a veces se ven íntegros, y a veces truncados como son; ¿qué otra cosa enseña esta realidad, sino que el alma, como de otras cosas que ha sentido en sueños, así también del cuerpo, a veces así, a veces así, no lleva la verdad, sino la semejanza? Sin embargo, su alegría o tristeza, deleite u ofensa, ya sea en cuerpos o en semejanzas de cuerpos, es verdadera. ¿No dijiste tú mismo, y lo dijiste verdaderamente, que "los alimentos y las vestimentas no son necesarios para el alma, sino para el cuerpo?" ¿Por qué, entonces, el rico en el más allá deseó una gota de agua? ¿Por qué el santo Samuel, después de la muerte, como también tú recordaste, apareció vestido con su habitual indumento (I Samuel XXVIII, 14)? ¿Acaso él deseaba restaurar las ruinas del alma, como las de la carne, con el alimento del humor? ¿Acaso este salió vestido del cuerpo? Pero en aquel era verdadera la molestia, con la que el alma era atormentada; sin embargo, no era un verdadero cuerpo, para el cual buscara alimentos. Y este pudo aparecer vestido de tal manera, que no era cuerpo, sino que tanto el alma como el hábito tenían semejanza de cuerpo. Pues el alma no se extiende y se contrae en las vestimentas como en los miembros del cuerpo, para que también de allí se forme.

30. Después de la muerte, ¿qué poder de conocimiento reciben las almas liberadas de los cuerpos corruptibles, incluso las no buenas; para que puedan ver y reconocer con sentidos interiores tanto a las malas como a las buenas, ya sea en ellas mismas no cuerpos, sino semejanzas de cuerpos, o en las buenas o malas afecciones de la mente, en las que no hay como líneas de miembros, quién puede investigar? De ahí también que el rico en tormentos reconoció al padre Abraham, cuya figura corporal no le era conocida, cuya semejanza corporal, aunque incorpórea, pudo retener el alma. ¿Quién diría correctamente que conoció a algún hombre, sino en cuanto pudo conocer su vida y voluntad, que ciertamente no tiene masa ni colores? Pues así también nos conocemos a nosotros mismos más ciertamente que a los demás, porque nos es conocida nuestra conciencia y voluntad: que ciertamente vemos, y en ella, sin embargo, no vemos ninguna semejanza de cuerpo. Esta no la percibimos en otro, aunque presente, incluso cuya cara ausente conocemos, recordamos, pensamos. Pero no podemos conocer, recordar, pensar nuestra propia cara de esa manera, y sin embargo, decimos con toda verdad que nos conocemos a nosotros mismos más que a aquel: así queda claro dónde está el conocimiento más verdadero y mejor del hombre.

CAPÍTULO XX.

31. Entonces, cuando hay algo en el alma, por lo cual sentimos los verdaderos cuerpos, lo que hacemos con los cinco sentidos del cuerpo; algo por lo cual, además de ellos, percibimos cosas semejantes a los cuerpos que no son cuerpos, donde también nos contemplamos a nosotros mismos no de otra manera que semejantes a los cuerpos; algo por lo cual ni cuerpos ni semejanzas de cuerpos, como la fe, la esperanza, la caridad, sin colores ni hinchazones y sus semejanzas, percibimos más ciertamente y firmemente; ¿dónde debemos habitar más y de alguna manera más familiarmente, donde renovarnos en el conocimiento de Dios según la

imagen de aquel que nos creó? ¿No es en esto que puse en tercer lugar? Pues ciertamente allí no llevamos ningún sexo, ni ninguna semejanza de sexo.

32. Pues aquella forma masculina o femenina del alma, distinguida por miembros viriles y femeninos, si no es semejanza de cuerpo, sino cuerpo, quieras o no, es masculino, quieras o no, es femenino, cualquiera que aparezca masculino o femenino. Pero si según tu opinión es cuerpo, y es cuerpo vivo, y tiene pechos protuberantes y colgantes, y no tiene barba, y tiene vulva y genitales que tienen los miembros femeninos del cuerpo, y no es femenina: ¿no diré yo más verdaderamente, Y tiene ojo, y tiene lengua, y tiene dedo, y tiene otros miembros semejantes del cuerpo, y toda esta es semejanza de cuerpo, no cuerpo: cuando esto que yo digo lo prueba cada uno en sí mismo, cuando imagina los cuerpos de los ausentes; lo prueba ciertamente, cuando recuerda las figuras tuyas y de otros de sus sueños: pero de ti no se presenta ningún ejemplo en la naturaleza de las cosas de este monstruo, donde es verdadero, y es cuerpo vivo, y es cuerpo femenino, y no es sexo femenino?

33. Pues lo que hablas de la fénix, no tiene nada que ver con el asunto en cuestión. Pues aquella significa la resurrección de los cuerpos, no destruye el sexo de las almas: si es que, como se cree, renace de su muerte. Pero creo que no consideraste que tu discurso sería suficientemente plausible, si no declamaras mucho sobre la fénix al estilo de los jóvenes. ¿Acaso hay en su cuerpo genitales masculinos y no es masculino, o femeninos y no es femenino? Pero tú atiende a lo que dices, a lo que intentas establecer, a lo que intentas persuadir. Dices que el alma, difundida por todos los miembros, se ha endurecido congelándose, y desde la cabeza hasta los pies, desde las médulas internas hasta la superficie de la piel, ha tomado toda la forma de todo el cuerpo: por lo tanto, ha tomado en el cuerpo femenino todo lo que tienen las entrañas femeninas de las mujeres, y esto es un verdadero cuerpo, y estos son verdaderos miembros, y sin embargo, no es femenina. ¿Por qué, te ruego, en un verdadero y vivo cuerpo todos los miembros son femeninos, y no es femenina? en un verdadero y vivo cuerpo todos los miembros son masculinos, y no es masculino? ¿Quién se atrevería a creer, decir, enseñar esto? ¿O porque las almas no engendran? Entonces tampoco los mulos y mulas son masculinos y femeninos. ¿O porque tampoco podrán copular sin cuerpos carnales las almas? Pero esto también se quita a los que son castrados: y sin embargo, cuando se les quita tanto la obra como el movimiento, no se les quita el sexo, permaneciendo la figura por pequeña que sea de los miembros masculinos. Nadie jamás negó que un eunuco fuera masculino. ¿Qué pasa con que según tú las almas de los eunucos también tienen los testículos íntegros, y si a alguien se le quitan por completo los genitales, en su alma, según tu opinión, permanecerán completamente íntegros? Pues sabe sustraerse, como dices, cuando esa parte de la carne comienza a ser cortada; para que la forma que de allí se tomó, cuando aquello de donde se tomó es amputado, no perezca; sino que aunque se haya endurecido al difundirse, sin embargo, con un movimiento rapidísimo se arranca y se esconde dentro, para que se conserve a salvo: y sin embargo, no es masculino en el más allá, llevando consigo todos los genitales masculinos, quien cuando no los tenía en el cuerpo, fue masculino solo por el lugar de ellos. Estas cosas son falsas, hijo: si no quieres que haya sexo en el alma; que no haya tampoco cuerpo.

CAPÍTULO XXI.

34. No toda semejanza de cuerpo es un cuerpo. Duerme, y verás: pero cuando despiertes, discierne con atención lo que has visto. En sueños, parecerás tener un cuerpo: y no será tu cuerpo, sino tu alma, y no un cuerpo verdadero, sino una semejanza de cuerpo. Pues mientras tu cuerpo yace, ella camina: mientras la lengua de tu cuerpo calla, ella habla: mientras tus

ojos están cerrados, ella ve: y ciertamente los miembros de tu cuerpo yacen vivos, no muertos. Así, aunque aún no ha sido extraída como de su vaina, esa forma congelada, como piensas, de tu alma, en ella se percibe toda e íntegra la semejanza de tu carne. De este tipo de semejanzas corporales, que no son cuerpos como los cuerpos, son todas aquellas que al leer los Libros Sagrados en las visiones proféticas no entiendes: en las cuales se significan las cosas que ocurren en los tiempos, ya sea presente, pasado o futuro. Te engañas en ellas, no porque sean engañosas, sino porque no las recibes como deben ser recibidas. Pues donde se vieron las almas de los mártires (Apoc. VI, 9), en la misma revelación se vio un cordero como inmolado, con siete cuernos (Id. V, 6): allí caballos y otros animales, figurados como era necesario: allí finalmente cayeron las estrellas, y el cielo se enrolló como un libro (Id. VI y IX); sin embargo, el mundo no colapsó entonces. Por lo tanto, si aceptamos estas cosas sabiamente, aunque digamos que fueron visiones verdaderas, no decimos que sean cuerpos verdaderos.

35. Una discusión más extensa y cuidadosa sobre este tipo de semejanzas corporales, si los ángeles, ya sean buenos o malos, aparecen así cuando se presentan en forma de hombres o de cualquier cuerpo; o si tienen cuerpos verdaderos y se ven más bien en su verdad; o si en sueños o en éxtasis se perciben en estas formas, no como cuerpos, sino como semejanzas de cuerpos; mientras que a los que están despiertos les presentan cuerpos verdaderos para ser vistos, y si es necesario, también tocados. Pero no creo que estas cuestiones deban ser buscadas y tratadas en este libro. Ahora se ha dicho lo suficiente sobre el alma incorpórea: si prefieres creer que es corpórea, primero debes definir qué es un cuerpo; no sea que, estando de acuerdo sobre la cosa misma, discutamos en vano sobre el nombre. Sin embargo, creo que ya adviertes prudentemente cuántas absurdidades te han seguido al pensar en el alma como un cuerpo, tales como las que todos los eruditos llaman cuerpos, es decir, aquellas que ocupan espacios por la distancia de longitud, latitud, altura, menores en sus partes menores, y mayores en sus partes mayores.

CAPÍTULO XXII.

36. Resta mostrar cómo, aunque se diga propiamente espíritu, no toda el alma; sino algo de ella, como dice el Apóstol, "Y todo vuestro espíritu, alma y cuerpo" (I Tes. V, 23); o aquello mucho más expresivo en el libro de Job, "Has liberado mi alma de mi espíritu" (Job VII, según LXX): sin embargo, toda el alma se llama con este nombre; aunque esta cuestión de nombres parece ser más que de cosas. Pues cuando está claro que hay algo en el alma que se llama propiamente espíritu, excluyendo lo cual se llama propiamente alma, ya no hay contienda sobre las cosas mismas; especialmente porque también yo digo que se llama propiamente espíritu, lo que tú también dices, es decir, con lo que razonamos y entendemos, cuando estas cosas se dicen distintamente, como dice el Apóstol, "Y todo vuestro espíritu, alma y cuerpo". Pero parece llamar también mente a este espíritu, cuando dice, "Con la mente sirvo a la ley de Dios, pero con la carne a la ley del pecado" (Rom. VII, 25). Pues es la misma sentencia, "Y la carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne" (Gál. V, 17): para que lo que allí dice, mente; aquí se entienda que dice espíritu: no como tú piensas, "que se llama mente universal, que consta de alma y espíritu"; lo cual no sé dónde has leído. Pues no solemos llamar nuestra mente, sino a nuestro racional e intelectual: y por lo tanto, lo que dice el mismo apóstol, "Renovaos en el espíritu de vuestra mente" (Efes. IV, 23); ¿qué otra cosa dice, sino, Renovaos en vuestra mente? Pues el espíritu de la mente no es otra cosa que la mente, así como el cuerpo de la carne no puede ser otra cosa que carne: pues también está escrito, "En el despojo del cuerpo de la carne" (Col. II, 11); donde llama carne al cuerpo de la carne. Ciertamente, también llama de otro modo al espíritu del hombre, que distingue completamente de la mente: "Porque si oro en lengua," dice, "mi espíritu ora, pero mi mente

es infructuosa" (I Cor. XIV, 14). Pero ahora no hablamos de este espíritu, que está separado de la mente. Este tiene su propia y difícil cuestión: pues las Escrituras divinas llaman espíritu de muchas maneras y en diferentes significados: pero del que ahora tratamos, con el que razonamos, entendemos, saboreamos; está claro entre nosotros que también se llama propiamente espíritu, de modo que no es toda el alma, sino algo de ella. Sin embargo, si niegas que el alma también sea espíritu, porque su inteligencia se llama distintamente espíritu; podrías negar que toda la descendencia de Jacob se llame Israel, porque excepto Judá, también se llamó distintamente Israel en las diez tribus, que entonces estaban en Samaria (III Reyes XII, 28). Pero, ¿qué necesidad hay de prolongar más aquí?

CAPÍTULO XXIII.

37. Ahora, para mostrar más fácilmente, presta atención a que lo que es el alma, también se llama espíritu, cuando escuchas o lees, al morir el Señor, lo que está escrito, "E inclinando la cabeza entregó el espíritu" (Juan XIX, 30): quieres que se entienda, como si por una parte significara el todo, no que lo que es el alma, pueda también llamarse espíritu. Pero para poder probar más fácilmente lo que digo, te tomaré a ti mismo como testigo más rápida y convenientemente. Pues así definiste el espíritu, que los animales parecen no tener espíritu, sino alma. Los irracionales se llaman así porque no tienen la capacidad de inteligencia y razón. Por lo cual, cuando advertías al hombre mismo que conociera su naturaleza, hablaste así: "Pues como Dios bueno no ha creado nada sin razón, y ha creado al hombre mismo como un animal racional, capaz de intelecto, poseedor de razón, y vivaz en sentido, que distribuye prudentemente todo lo que carece de razón, lo ha creado." Con estas palabras tuyas has afirmado suficientemente, lo que es absolutamente verdadero, que el hombre es poseedor de razón y capaz de inteligencia, lo cual ciertamente no son los animales que carecen de razón. Por lo cual, también con testimonio divino, comparaste a aquellos que no entienden con los animales, que ciertamente no tienen intelecto (Sal. XLVIII, 13). Lo cual también está escrito en otro lugar, "No seáis como el caballo y el mulo, que no tienen entendimiento" (Sal. XXXI, 9). Dado que esto es así, presta atención también a las palabras con las que definiste y describiste el espíritu, cuando intentabas distinguirlo del alma. "Esta alma," dices, "que tiene su origen en el aliento de Dios, no pudo estar sin su propio sentido e íntima inteligencia, que es el espíritu." Y poco después: "Y aunque el alma," dices, "anima el cuerpo; sin embargo, lo que siente, lo que saborea, lo que vive, es necesario que sea el espíritu." También poco después: "Será otra cosa," dices, "el alma, y otra cosa el espíritu, la sabiduría y el sentido del alma." Con estas palabras indicas suficientemente qué piensas que es el espíritu del hombre, es decir, nuestro racional, con el que el alma siente y entiende; no como se siente con los sentidos del cuerpo, sino como es aquel sentido íntimo, del cual se ha llamado sentencia. Por esto, sin duda, somos preferidos a los animales, porque carecen de razón. Por lo tanto, los animales no tienen espíritu, es decir, el sentido de inteligencia, razón y sabiduría, sino solo alma. Pues también de ellos se dijo: "Produzcan las aguas reptiles de almas vivientes"; y, "Produzca la tierra alma viviente" (Gén. I, 20, 24). Para que sepas plena y claramente que lo que es el alma, según el modo de los discursos divinos, también se llama espíritu, se llama espíritu del animal. Y ciertamente los animales no tienen aquel espíritu, que tu Dilección, distinguiéndolo del alma, definió. Por lo cual, es manifiesto que con el nombre general de alma del animal, pudo llamarse así correctamente, como se lee en el libro del Eclesiastés: "¿Quién sabe si el espíritu de los hijos de los hombres sube hacia arriba, y el espíritu del animal desciende hacia abajo, a la tierra?" (Ecl. III, 21). También en la devastación del diluvio está escrito así: "Y murió toda carne que se movía sobre la tierra, aves, animales, bestias, y todo reptil que se mueve sobre la tierra, y todo hombre, y todo lo que tenía espíritu de vida" (Gén. VII, 21, 22). Donde, eliminadas todas las ambigüedades de duda, entendemos

que el nombre general de alma es espíritu. La significación de este nombre se extiende tan ampliamente, que incluso Dios es llamado espíritu (Juan IV, 24). Y este soplo aéreo, aunque es corpóreo, se llama en el Salmo espíritu de tempestad (Sal. LIV, 9). Por lo tanto, creo que, advertido por estos testimonios de las páginas divinas que he recordado, donde también se lee que el alma del animal, que no tiene intelecto, se llama espíritu, no negarás más que lo que es el alma también se llame espíritu. Por lo tanto, si comprendes y saboreas también lo que se ha discutido sobre el alma incorpórea, no hay razón para que te desagrade que haya dicho que sé que no es un cuerpo, sino un espíritu: porque se muestra que no es un cuerpo, y se llama con el nombre general de espíritu.

CAPÍTULO XXIV.

38. Por lo tanto, si tomas y lees estos libros escritos para ti con amor sincero, con amor correspondido; si en el principio de tu primer libro escuchas y te esfuerzas, como dijiste: (Arriba, lib. 2, n. 22), no defender tu opinión si se descubre que es incorrecta: evita especialmente esas once cosas, sobre las cuales te advertí en el libro anterior (Arriba, lib. 3, nn. 22, 23). No digas que "el alma es de Dios, de tal manera que no la creó de nada, ni de otra cosa, sino de su propia naturaleza": o que "por un tiempo infinito, y así siempre da almas, como siempre es Él quien da": o que "el alma perdió algún mérito a través de la carne, que tenía antes de la carne": o que "el alma recupera su antigua disposición a través de la carne, y renace a través de la misma carne, por la cual mereció ser contaminada": o que "el alma mereció ser pecadora antes de todo pecado": o que "los infantes muertos sin la regeneración del Bautismo, llegan al perdón de los pecados originales": o que "aquellos que el Señor predestinó para el Bautismo, pueden ser arrebatados de su predestinación, y morir antes de que se cumpla en ellos lo que el Omnipotente predestinó": o que "de aquellos que mueren antes de ser bautizados, se dijo lo que está escrito, 'Fue arrebatado para que la maldad no cambiara su entendimiento'" (Sab. IV, 11); y otras cosas relacionadas con este sentido: o que "hay algunas moradas fuera del reino de Dios, que el Señor dijo que hay muchas en la casa de su Padre" (Juan XIV, 2): o que "el sacrificio del cuerpo y sangre de Cristo debe ofrecerse por aquellos que han salido del cuerpo sin ser bautizados": o que "algunos de los que mueren sin el Bautismo de Cristo, son recibidos temporalmente en el paraíso, y luego obtienen también la bienaventuranza del reino de los cielos." Evita especialmente estas cosas, hijo, y no te deleites en ser llamado Vicente, si deseas ser vencedor del error. Ni pienses que sabes algo cuando no lo sabes: sino para saber, aprende a no saber. Pues no se peca ignorando algo en las obras ocultas de Dios, sino afirmando temerariamente lo desconocido como conocido, y presentando y defendiendo lo falso como verdadero. Sin embargo, creo que he persuadido a tu Caridad de mi ignorancia, si las almas de los hombres son nuevas o de los padres (que sin embargo no es lícito dudar que son hechas por el creador Dios, no de su sustancia), o no deben ser reprendidas, o deben serlo por aquel que puede enseñando y quitando: y que tienen en sí mismas semejanzas incorpóreas de cuerpos; pero ellas mismas no son cuerpos: y que, manteniendo la distinción de alma y espíritu, también universalmente el alma se llama espíritu. Si no he podido persuadirte, sin embargo, si he dicho cosas que debieron persuadir, quienes lean juzgarán mejor.

39. Si deseas saber quizás otras cosas, que me parecen muchas en tus libros que deben ser corregidas, no te sea oneroso venir, no como discípulo al maestro, sino como joven al anciano, fuerte al débil. Pues aunque no debiste publicarlos, sin embargo, con mayor y más verdadera gloria, cualquiera es corregido y se confiesa reprendido, que alabado por la boca de cualquier errante. Aunque en la recitación de esos mismos libros, no creo que todos tus oyentes y alabadores hayan sentido o consentido en esas cosas que la sana doctrina reprueba: sino que, con la agudeza de la mente afectada por el ímpetu y curso de tu recitación, pudieron

haber advertido poco estas cosas; o ciertamente también aquellos que pudieron haberlas advertido, no alabaron en ti la verdad clarísima de las cosas, sino la abundancia de palabras y la capacidad e índole del ingenio. Pues a menudo se alaba, se proclama y se ama elocuencia en la esperanza del joven; aunque aún no tenga la madurez y fidelidad del maestro. Por lo tanto, para que hables rectamente y lo que hablas pueda no solo deleitar, sino también edificar a otros, debes cuidar tus discursos, apartando los aplausos ajenos.